



SUSÚRRAMELO
AL OÍDO

PATRICIA
GELLER

«Olvida el pasado. Yo lo he hecho.»

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Nota de la autora

Agradecimientos

Cita

1. Días antes

2. Aquella primera noche...

3. La encerrona

4. La insistencia de Nacho Rivas

5. No soy tan romántica

6. Nuestro antiguo pacto

7. No me llames así

8. A veces no es sólo sexo...

9. Nada ha cambiado

10. ¿Y cuándo no lo estás?

11. Sentimientos a flor de piel

12. Inolvidable

13. El amor duele

14. El error de no abrir un corazón a tiempo

15. Prometiste no hacerme daño

16. ¿Poner punto y final?

17. El poder de las mosqueteras

18. Esto no tiene por qué acabar mal

19. Ni contigo... ni sin ti

20. ¿Duelo?

21. Susúrramelo al oído

Epílogo

Enamórate de las tres historias...

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Marta siempre ha sido una mujer liberal y ha buscado interminables excusas para huir de cualquier compromiso en pareja. Por ello, cuando Nacho Rivas le propone una relación estable, no duda en dar carpetazo a lo que ella considera «una aventura pasajera».

En la actualidad, aprovechando sus dos semanas de vacaciones y aunque es consciente de que él es propietario de uno de los locales de moda de Ibiza, casualmente decide irse a la isla para disfrutar de unos días tan inolvidables como apasionados, con amaneceres llenos de magia, tardes de ensueño y noches de descontrol. La tensión sexual entre ambos sigue viva, pero no todo es igual que antes.

Se dice que no te das cuenta de lo que tienes hasta que lo pierdes, y Marta teme enfrentarse a esa posible realidad. También se comenta que las segundas partes nunca fueron buenas, pero... ¿y si caes rendida a los encantos de un hombre que tuviste en el pasado y que sabes que no supiste valorar?

Espero que disfrutéis tanto de este proyecto como yo al escribirlo y editarlo de nuevo. Con *Dímelo en silencio*, *Susúrramelo al oído* y *Confiésamelo sin palabras* he revivido muchísimas emociones de mi primera trilogía, *La chica de servicio*. Con estos personajes he recorrido un viaje lleno de fuertes sentimientos que, ojalá, también sintáis vosotros.

Podéis encontrar las canciones que *suenan* a lo largo de esta obra en mi cuenta de Spotify, para poder adentraros aún más en la historia.

¿Me acompañáis?

Agradecimientos

Jamás me cansaré de decir lo agradecida que estoy a todas y cada una de las personas que dan una oportunidad a mis novelas, a mis personajes, con sus virtudes y defectos, amándolos y odiándolos a partes iguales.

Gracias a los lectores fieles, al grupo Las chicas de servicio de Matt Campbell, nuestro bipolar, a mis amig@s, los que están y siempre han estado, tanto en los buenos como en los malos momentos, sin pedir nada a cambio. Y, cómo no, a mi familia, por apoyarme y respetar siempre mis decisiones.

Gracias a ti, Esther, por hacerme sentir en casa.

No sé cómo vivió ella el pasado que tuvimos en común, pero ahora las tornas han cambiado. Si ya fue difícil tener a Marta Olivares, más complicado y doloroso me resultó olvidarla... aunque ¿realmente lo hice?

NACHO RIVAS

1. Días antes

¡Por fin libre! No hay nada mejor que salir de trabajar y tomarte unas copas en tu bar favorito, sobre todo si el camarero que te atiende es tan simpático como Mike... aunque quizá demasiado.

La sonrisa que me dedica desde el otro lado de la barra me hace reír, ¿no se cansa de que lo rechace? No me convence su personalidad y su trabajo no me trae buenos recuerdos. No pienso volver a caer en el mismo error, sería como remontarme al pasado y ¡de eso, ni hablar! Le doy un ligero sorbo al Cosmopolitan y saco mi teléfono, ignorando a mi insistente pretendiente.

Sé que no se rendirá.

Estoy pendiente de las noticias que puedan llegar desde Brasil, donde una de mis mejores amigas, Silvia, está a punto de ser madre. Todavía me cuesta asimilarlo; es muy fuerte, si hasta hace poco éramos compañeras de piso junto a Carolina, la mayor de las tres, y ésta en dos meses también se casará.

¿En qué momento pasamos de salir de fiesta a esto?

A pocos días de cumplir veintisiete años, no me planteo una estabilidad como la suya; no sé, será que voy a otro ritmo. Es lo que suelo decir y supongo que no ha llegado la persona por la que beba los vientos de esa forma tan exagerada como les ha sucedido a la rubia y a la morena. No me considero mejor ni peor, pero es cierto que últimamente me cuestiono si soy demasiado fría.

Aunque también depende de la situación; cuando conozco a un hombre e íntimo con él, no creo que me comporte precisamente con frialdad... ¿O sí? Ya no tengo ni idea de nada. ¡Qué rayada!

Menudas semanas llevo con las reflexiones profundas, ¡si yo no soy así! Me considero mucho más simple que todo esto...

No estoy llevando bien los cambios que se han generado a mi alrededor por culpa de ambas. Odio admitirlo, pero me siento un poco sola. Supongo que será algo pasajero... sin embargo, no me ayuda la fotografía que tengo en el perfil del chat en el que estamos las mosqueteras.

Es una instantánea que me trae muy buenos recuerdos.

Concretamente del día en el que Carolina, Silvia y yo dejamos Murcia para aventurarnos a venir a la capital. En la imagen aparecemos sonriendo e ilusionadas por el paso que estábamos dando. Después de llevar un par de años aquí, sus vidas han dado un vuelco y yo anhelo esos tiempos en los que compartíamos tanto... ¿Lo echarán de menos las dos? No me he atrevido a preguntárselo; por increíble que parezca, me he vuelto insegura si hablamos de sentimientos.

Una putada, sí. Siempre he de estar reservándolos.

—¿Todo bien? —llama mi atención Mike. Hoy el bar está muy solitario y él, aburrido—. Pareces pensativa y estás muy callada; no me tienes acostumbrado a esta actitud, con lo revoltosa que eres.

—Cómo si me conocieras suficiente como para afirmarlo. Deja el juegucito, anda.

—Pero ¿por qué?

—Porque no eres mi tipo —respondo con sinceridad—. No me gustan los creídos, ni los que van de egocéntricos por la vida. Y tú te caracterizas por ambas cosas.

—Será por algo. Quien pasa un rato conmigo, siempre repite.

Ruedo los ojos y decido terminarme la copa cuanto antes para marcharme. Está demasiado crecido desde que el otro día, después de un par de cervezas, nos diéramos tres besos tontos de los que me arrepiento. No me transmitió nada.

Bueno, sí, desencanto. Es un baboso que se considera superior.

—¿Vas a venir mañana? —pregunta, y me sirve unas aceitunas para entretenerme—. Ya sabes que me alegras el día.

—Dios mío, lo que eres capaz de hacer por un polvo. Pues no, no lo creo; a partir del lunes me han dado vacaciones forzosas en el trabajo y me iré a Murcia con mi familia. Por aquí no me necesitan hasta finales del próximo mes e incluso más...

—¿Vacaciones forzosas?

—Ajá. La empresa no va bien, tiene un bajón de actividad que creen que será temporal, y nos han recomendado cogernos dos semanas de manera excepcional. Según el convenio y mi contrato no podía negarme, sería estúpido por mi parte.

—Qué suerte, vas a librarte unos días de mí.

—Ni siquiera me lo había planteado. No eres tan importante, asúmelo —me burlo, pillando una aceituna y guardando el móvil en el bolso—. Bueno, me voy.

Tengo que comprar los billetes, organizarme y hacer las maletas. Es uno de los mejores días de mi vida.

—¿Tanto es así? —me reta, acortando la distancia al apoyarse en la barra—. ¿Por?

—Porque no me lo esperaba; además, intuyo que hoy nacerá el bebé de mi amiga y necesito realizar una escapada como ésta.

Después de dos años sin descansar más de dos días seguidos en estas fechas debido al sacrificado puesto de trabajo que tengo, este año me toca, aunque no precisamente gracias a buenas noticias. Aunque, siendo sincera, cuando llegué a Madrid jamás imaginé que ejercería tanto tiempo de secretaria. Sencillamente no es lo mío. A veces hay que adaptarse a los tiempos y a las circunstancias, y eso fue lo que hice, pero es verdad que la monotonía está haciendo mella en mí.

Tal vez no me vendrían nada mal algunos cambios. Dicen que no hay mal que por bien no venga, ¿no? No obstante, tomaré las decisiones a mi regreso. Ahora no me preocupa mi incierto futuro laboral. Prefiero centrarme en mis repentinos planes de presente.

—Martita, como despedida, podría acompañarte a casa —propone de pronto.

—Sigue soñando, Mike. Nos vemos a la vuelta.

—¿Ni un besito?

Divertida, me inclino sobre la barra y le doy un beso en la mejilla derecha. Él emite un sonido juguetón, girando la cara antes de que pueda evitar rozar sus húmedos labios. ¡Maldito traidor!

—Te has pasado —le advierto con el dedo en alto; por cierto, ¡qué uñas!—. Si sigues en este plan, dejaré de venir... y créeme que no será una decisión fácil. Es mi bar favorito por miles de razones, y en ninguna de ellas entras tú. ¿Te queda claro?

—Buenas, espero no interrumpir nada. ¿Todo bien, pelirroja?

«No puede ser.» Me quedo paralizada... Esa masculina voz que proviene de la entrada la conozco muy bien. Demasiado. Las manos empiezan a temblarme sin saber por qué. El corazón se me acelera hasta casi sentir que se me saldrá del pecho.

Entonces, con valor, me vuelvo ligeramente hacia atrás. He de parpadear varias veces, no me lo puedo creer.

¿Qué hace Nacho aquí?

Me impacta, pues ha cambiado muchísimo y, aunque me cueste admitirlo,

está más guapo. También más rubio, y ya no tiene el cabello tan corto; incluso no va tan peinado, lo lleva más informal.

Distingo, en mi exhaustivo examen, que también está más fibroso, maduro, hombre. Ahora va marcando estilo propio.

Su vestimenta no es tan corriente o indefinida como antes. Lleva pantalones rotos por las rodillas y camisa blanca, básica de manga corta, que deja al descubierto sus fuertes brazos, en los que se ha hecho varios tatuajes, pues es la primera vez que los veo.

Me percató de que él, mientras avanza hacia mí, no es menos descarado observando mi odioso uniforme de secretaria...

La tensión aumenta con cada paso.

Un inesperado nudo me cierra la garganta.

—¿No saludas a los viejos amigos, pelirroja?

Alza una ceja irónicamente, entrecerrando esos ojos tan claros que me transmiten algo nuevo... picardía quizá.

Su chulería también me sorprende, y añade:

—No esperaba encontrarte aquí; he estado viniendo estos últimos días y, como no hemos coincidido, pensaba que ya no frecuentabas el bar.

Intento responderle, pero queda en eso, un intento.

No me salen las palabras.

—¿Qué? —espeta sonriendo—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

—C-claro que no. ¿Qué tal...?

—¿Qué tal? —repite—. ¿Y esta frialdad? Un poco seco y soso, el saludo, ¿no te parece? — Detiene sus pasos, manteniendo la distancia—. Creía que te alegrarías de verme, pero veo que estaba equivocado.

—Ehh... Es sólo que no imaginaba que tú tendrías ganas de hacerlo después de...

—Hacer, ¿el qué? —me interrumpe precipitadamente, con un tono menos indulgente—. El rencor y el despecho pasaron a la historia. Asumí que fui tu pasatiempo. He descubierto otro mundo y, créeme, es mucho más divertido que el que tú me ofrecías.

¡Zas! Recibo su comentario como un cubo de agua helada.

—Entonces no es necesario que te muestres tan prepotente. No te recordaba así.

—Ni yo a ti tan distante y calmada. ¿O será impresionada?

—Más bien cansada —respondo a la defensiva—. ¿Quieres algo más,

aparte de vacilarme? Porque no me gusta que me tomen el pelo.

—Ahora que estás aquí, por supuesto que quiero algo, no te vayas tan rápido. Déjame disfrutarte, ¿no? Perdóname, pequeña.

—Nacho —me tiembla la voz al pronunciar su nombre—, no estoy de humor.

Me sujeto al taburete.

Él se muerde el labio inferior, cruzándose de brazos, serio.

—Ya veo, ¿es por él? —Señala a Mike. ¿Qué? ¡No! Niego como si la respuesta fuese obvia—. ¿Nos dejas solos, por favor?

—¿Os conocéis? —lo ignora el moreno—. Marta, ¿quién es?

—No creo que te importe. Vete a servir a otro cliente. Aquí molestas.

—Marta...

—Tranquilo, Mike, Nacho es un viejo conocido —aclaro incrédula. Luego me dirijo a éste—: ¿Quién eres tú? ¡Ese papel tan descarado era mío!

—Pues te lo he robado. ¿Te he dicho que estás preciosa?

Tras soltar la frase, realiza un exhaustivo e invasor examen por todo mi cuerpo. Acto seguido, frunce el ceño y, premeditadamente, camina poco a poco, sin dejar de estudiar mi reacción.

A medida que se acerca, unos indomables estremecimientos, que intento disimular, me sobrecogen. ¿¡Qué diablos está pasando!?! ¡Estoy temblando como una quinceañera que acaba de volver a ver a su primer amor, y eso no es propio de mí!

Finalmente llega a mi lado, me sujeta por la cintura y, muy despacio, deposita un beso en mi mejilla, arañándose con su incipiente barba. Se queda ahí un largo e interminable segundo, trayéndome de vuelta su inolvidable y exquisito olor, acompañado de vivos recuerdos que calan en mi piel de gallina.

Reconozco ese toque, ese tacto tan... ¿cómo explicarlo?

Instintivamente cierro los ojos, a la vez que logro disfrazar un quejido.

—¿Tomamos algo? —susurra muy bajito junto a mi oído. Oigo cómo traga—. He venido a pasar unos días a Madrid después de un duro ritmo de trabajo, pero ya me voy. Tengo que estar en el aeropuerto en tres horas. Antes, te invito a una copa, aquí, en el bar donde nos conocimos, donde me mentiste afirmando que era tu cumpleaños para que te saliera gratis la ronda. Y lo conseguiste.

Confusa y sin poder articular palabra, echo la cabeza hacia atrás. Me cuesta hablar cuando se encuentran nuestras miradas, al fusionarse. Se me seca la boca por la descabellada necesidad de probar la suya. ¡No, Marta! Las respiraciones

de ambos se alteran al estar tan cerca, al inhalar casi el aire del otro.

Y tengo la tonta impresión de que los meses no han pasado, que somos los mismos vehementes que se buscaban rendidos al placer para satisfacer sus más fieros y apasionados deseos carnales. La tensión sexual era tan potente cuando estábamos juntos que no sabíamos ni podíamos controlarnos...

—No puedo —murmuro, esquivándolo. Luego me alejo—. Tengo cosas que hacer y quiero ayudar a Carolina con las invitaciones antes de irme a Murcia de vacaciones. ¿Te has enterado de que se casa con Héctor a finales de septiembre?

—¿Por qué Murcia y no Ibiza?

—¿Q-qué?

—Podemos recordar viejos tiempos —insinúa con un punto de burla y arrogancia que no me ha mostrado nunca—. En mi habitación, siempre que no esté ocupada, habrá hueco para ti y, tienes suerte, ahora mismo no lo está. Admito que en ese terreno te he echado de menos. Es difícil olvidar tu entrega, pelirroja.

—Nacho, b-basta, ¿qué pretendes? No terminamos lo que se dice bien y no nos hemos llamado en todos estos meses.

—Pero ahora estoy aquí y, para pasar un buen rato, no nos hace falta nada más. Somos adultos y, hasta donde sé, nunca te han asustado estas propuestas tan directas y repentinas. De hecho, fuiste tú quien se lanzó... y la primera noche.

«Ni te lo plantees, Marta.» ¿Por qué remover el pasado?

Aunque camuflara mi estado cuando *acabamos*, estuve mal. Su ausencia dejó un vacío en mí que no imaginé que sentiría.

Nadie lo sabe. ¡Ni lo desvelaré nunca!

No pienso ponerme melancólica a estas alturas. Lo peor ya pasó.

—Contéstame —demanda, rozando el interior de mi muñeca y encerrándome entre la barra y su rígido cuerpo—. Lo estás deseando. Te conozco.

—¿Por quién me tomas?

—Por la mujer a la que le apetece lo mismo que a mí. Sin complicaciones ni ataduras. Era así, ¿no? No recuerdo bien la frase, aunque te empeñabas en recalcarla.

Mi pecho sube y baja acelerado debido a su proposición, sobre todo ante el gruñido que exterioriza cuando enreda los dedos en los mechones de mi cabello, ese que tanto le gustaba. Estoy al límite; soy impulsiva e irracional si se trata de

sexo y él sabe cómo avivar mi deseo. Con su actitud, me recuerda que he de huir de aquí y finalizar la conversación para no caer en este peligroso juego.

Lo peor... es que sólo hay un modo de interrumpirlo.

—Gracias por la invitación —musito antes de que sea demasiado tarde—, pero no acostumbro a recaer con antiguos amigos. Resulta repetitivo y aburrido. ¿Me sueltas?

—Marta, te lo advierto, no juegues conmigo.

—A mí háblame bien. ¡Y suéltame, he dicho!

Me libera a duras penas, con el mentón en alto, y asiente mientras retrocede con las manos en los bolsillos.

—No cambias, Martita. Algún día te arrepentirás de usar a los hombres para luego desecharlos como pañuelos cuando te cansas de ellos —masculla. Me guiña un ojo y añade, abriendo la puerta—: Y estaré ahí para verlo. Recuérdalo.

—Lo dudo, ¿y adónde vas? ¡Nacho, te estoy hablando!

Suelta una risa sarcástica, confundiéndome.

Pero ¿este tío qué se cree?

—Ay, pequeña, qué poco me conoces ya. Estaré esperando tu llamada; hazlo cuando madures y te animes a descubrirme de nuevo.

—No creo que volvamos a vernos —replico, asumiendo que ésta será la última vez. Me lanza algo que cojo al vuelo—. ¿Y esto?

—Por si acaso, toma, mi tarjeta. Es de un lugar muy especial, porque, a pesar de lo mal que te has portado hoy conmigo, tienes las puertas abiertas. Lo necesitarás.

—Nacho...

—Cuídate, pelirroja.

Tiro la tarjeta al suelo y la pisoteo, fingiendo que su propuesta no me interesa, y acepto que este encuentro es otra anécdota más para mi querido diario. Un diario que guarda entre sus páginas su nombre, su esencia, el recuerdo de sus caricias y confidencias. Hojas antes en blanco y que ahora están repletas de él.

2. Aquella primera noche...

Carol, Silvia y yo llegamos a aquel bar como de costumbre.

La música estaba bastante alta; el ambiente, como siempre, y se ajustaba a nuestras necesidades para pasar una noche entretenida entre amigas. No dejamos de bailar de camino a la barra; en esa ocasión me tocaba a mí pedir la ronda, por lo que no rechisté. Iba despistada hasta que me detuve a centímetros de allí. Entonces un camarero que jamás me había atendido posó sus ojos en mi escote, luego los subió hasta mi rostro y sonrió. Me impactó aquella mirada azul, lo marcado que era su mentón... y esa boca. ¿De dónde salía ese hombre?

—¡Tres Cosmopolitan, por favor! —vociferé, guiñándole un ojo—. ¿Eres nuevo?

—Sí.

—Pues bienvenido. Yo frecuento mucho este local y hoy, además, celebro mi veinticinco cumpleaños. ¿Alguna copa gratis como obsequio?

Disfracé una carcajada, juguetona, por la mentira que acababa de soltar. En realidad los había cumplidos dos días antes, pero ¿cómo iba a descubrirlo él?

Por su parte, me pareció confuso por la familiaridad con la que lo traté, pero así era yo, excesivamente extrovertida.

—Felicidades —murmuró, sirviéndome con agilidad—. Y, por supuesto, estás invitada a la próxima ronda.

—Oh, gracias. Soy Marta, Marta Olivares.

—Nacho Rivas.

—Mmm... —me aproximé a él, quien se apretó el nudo de la corbata, incómodo—, ¿siempre eres tan cortante o tratas de ser correcto de cara al público?

—Lo segundo, por supuesto.

—Ah, es bueno saberlo... Porque, Nacho, he venido con unas amigas y, si les encuentro plan, puedo quedarme por aquí, dar un paseo y, no sé, tomar algo más tarde contigo. Si te apetece, claro.

—Vaya, a eso lo llamo yo ser... —Continuó sirviendo al chico de mi derecha. Aun así, sus ojos seguían pendientes de mí. Parecía intrigado, y controlado. ¡Qué calor!—... muy directa.

—¿Para qué andarnos con rodeos? A no ser que...

—Soltero.

¡Madre mía! Cuanto más lo veía gesticular o moverse, más me gustaba. Tenía algo que llamaba mi atención, más allá de su atractivo físico, que era indiscutible. Resultaba un bombón que estaba deseando desenvolver.

Ése era mi lema, disfrutar sin posponer momentos.

¿Para qué? Trataba de vivir el presente a tope.

—Te anoto en la servilleta mi número. —Pille un bolígrafo de la barra y no tuve reparos en dejarle la nota allí—. Llámame cuando te apetezca y, si es esta noche, tanto mejor.

Me miró mordándose el labio inferior y sonreí.

—Termino a las tres de la madrugada más o menos y saldré por la puerta trasera. Un placer, Marta.

—Igualmente —me despedí, bailando más risueña que de costumbre, y añadí con un coqueteo—, Nacho.

—Espera mi llamada.

¡Sí, ya tenía planes para esa noche!

Me dirigí hacia donde estaban las chicas y, una vez allí, las incité a que se acercaran a dos morenos que parecían interesados en alguna de ellas, o tal vez en ambas, no lo sabía. La verdad es que estaba distraída. El tiempo se me estaba haciendo eterno; las tres de la madrugada quedaban todavía muy lejos en mi reloj y la zona en la que servía Nacho Rivas no se despejaba de mujeres que jugaban a gustarle.

Como yo.

—Te lo van a quitar, peque —se burló Silvia. Carolina soltó una carcajada—. Ataca o, por primera vez, saldrás perdiendo. Corre, que ha entrado ahí y debe de ir a buscar algo. Que te encuentre a ti.

—Esa Marta, esa Marta, eh, eh —me animó la rubia.

—Esperadme aquí, no tardo. A mí nadie me pasa por delante.

No lo pensé más; tuve que avanzar mis planes, al presenciar cómo nuevas admiradoras lo habían estado rodeando durante los escasos sesenta minutos que habían transcurrido desde nuestra presentación.

A pesar de ser un completo extraño para mí, decidí abordarlo. Lo sorprendí

reponiendo bebidas en el almacén. La zona olía a humedad, a cerrado, pero no me importó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ronco al verme.

—¿Tú qué crees? No me apetece esperar más...

—Así que, además de directa, impaciente.

—Cuando algo me gusta, sí.

Me recordé que para tener sexo no era necesario más. Aquello no era un flechazo, sí una fuerte atracción. ¿Para qué aplazarlo?

Nacho no se pronunció y yo me limité a acercarme, esperando que tomara la iniciativa de inmediato, allí. No pensaba permitir que otras se lanzaran a por él y perder la oportunidad de conocerlo en la intimidad. El camarero acababa de aterrizar en el bar y quería ser la primera. Así de caprichosa era yo.

La conexión fue repentina, excesivamente extraña, y no hizo falta mucho más. Lo esencial ya lo teníamos: las ganas. Como dos desesperados por tocarnos, sucumbimos a la pasión y nos dejamos llevar sin importarnos el lugar, la gente... nada.

Fue el mejor polvo que había echado en mi vida, el más salvaje, a pesar de ser fugaz.

3. La encerrona

—Marta, despierta de una vez y mira, saluda a la cámara —me presiona Olaia con el tonito gritón.

—Tía, ¿tú no duermes nunca? —protesto, incorporándome—. ¿Qué haces? Apaga eso, que lo único que me falta es la babilla en la boca para dar asquito.

—No te preocupes, sales divina. Estoy grabando un videoblog, más conocido como vlog, para mi canal de YouTube; lo abriré en breve.

—¿Un qué? No te entiendo, pero da igual. ¡Deja de sacarme a mí!

—Tú te lo pierdes, borde.

—Podré vivir con ello...

Vuelvo a dejarme caer sobre la cama, mientras libero un intenso suspiro.

¿Dónde me he metido? Mejor dicho, ¿dónde me han metido Carolina y Silvia? Me han convencido para venir, o más bien, y dadas las circunstancias, me han coaccionado.

Olaia, la hermana pequeña de Silvia, que además tiene mi edad y nos conocemos desde niñas, no está pasando por un buen momento personal. El tipo con el que llevaba un año de relación le ha puesto los cuernos y ella, oyendo las maravillas que él mismo le había contado de Ibiza, ha decidido pasar unos días aquí para desconectar, olvidarlo y, a ser posible, buscarle sustituto.

¿Y qué pinto yo en todo esto? Silvia estaba preocupada, pero no podía acudir porque hace unos días que ha sido mamá y está fuera de España. Carol, metida de lleno en la organización de su boda, que será en poco más de un mes y medio, está muy liada con los preparativos. ¿Y quién quedaba libre? Sí, la menda.

¿Ventajas? También las tiene: me han pagado las vacaciones, pues, de lo contrario, con mis modestos ahorros, me hubiese sido imposible permitirme esta calidad de vida. No es un destino que yo hubiese escogido ni por asomo... pero tampoco vamos a ponernos quisquillosas. Fiestas, sol, lujo y diversión. ¿Cómo negarme?

Ha sido una decisión muy meditada, pues en un principio me resistía a venir; sin embargo, tras llegar al famoso hotel que está en primera línea de playa, he caído rendida a los encantos de la isla. Se ha convertido en mi paraíso soñado.

Una fantasía hecha realidad.

—Marta, levántate ya, joder. ¿No ves que no puedo grabar la habitación contigo en medio?

—Pero ¿qué es eso del vlog y por qué has decidido hacerlo justo ahora? —protesto contra el colchón—. Me tienes un poco nerviosa, te lo advierto.

—Un vlog se crea con contenidos en formato vídeo que se publican luego en Internet, principalmente en YouTube, como es mi caso; con las imágenes muestras tus... vivencias, viajes, experiencias, día a día, etcétera. Max se va a morir cuando sepa lo bien que me lo he pasado aquí. Se va a arrepentir toda su vida de haberme puesto los cuernos. Siempre decía que Ibiza era el lugar perfecto para que los solteros se desinhibieran... y lo va a ver él mismo, pero a través de mí.

—¿En serio? —Me incorporo sobre los codos, mirándola con cara de póquer—. No te hace falta demostrarle nada a ése, se ha comportado como un capullo contigo. Será por hombres... Y deja de enfocarme, que no estoy presentable.

—Pues fuera de la cama, no todos los días se ve una habitación como ésta.

—Ya... pero te recuerdo que ésta es mía, ¿aún no te han asignado la tuya?, ¿o es que ni siquiera has ido a averiguarlo?

—Ahora pregunto; quítate de ahí, cumpleañera.

—Voy —refunfuño, de camino al baño—. Y gracias por la felicitación.

—De nada, boba. Hoy lo celebraremos a lo grande. Es bonita la *suite*, ¿verdad?

—¿Bonita? La palabra se queda corta, es increíble.

Todavía me pregunto si esto es real, ya que, desde que llegamos sobre las siete de la tarde de ayer, no he podido quitar ojo a las instalaciones del hotel. Pocas veces algo me ha impactado tanto. El blanco y negro son los colores elegidos para la decoración, que casa a la perfección con el diseño moderno y atrevido de la edificación. La *suite fashion* tiene un estilo vanguardista que me parece una pasada.

Espacios abiertos, amplios y ciertamente, como decía Carol, para dejarse llevar; si no, ¿a cuento de qué incluyen un *kit* erótico?

El ambiente es glamuroso, sensual...

Destaca una moderna ducha, cerrada por cristales, en el centro de la estancia y, junto a ésta, una cama circular. Con ese detalle aún sigo alucinando. Y aún hay más: jacuzzi en la terraza y, desde la misma, las vistas a las cristalinas piscinas desde esta planta, la séptima, son todo un espectáculo. Sin mencionar la paradisíaca Playa d'en Bossa, que está a escasos metros.

—Despertar aquí es como estar en otro planeta —reflexiono en voz alta. Un defecto odioso de mi impulsivo carácter—. Las vacaciones no pintan mal.

—¡Ya te lo dijimos!

Entro en el aseo y, al verme en el espectacular espejo, se me escapa un suspiro. Mi cara da bastante pena, de modo que la refresco con agua helada, para eliminar los restos de maquillaje que aún conservo tras la fiesta de bienvenida que nos dimos anoche. Por último, me lavo los dientes con la típica pasta de sabor a menta y, una vez que he acabado, vuelvo a la habitación arrastrando los pies. A decir verdad, estoy agotada.

Hacía muchísimos meses que no me recogía tan tarde.

—Voy a recepción y, de paso, pido que nos suban el desayuno, ¿te parece?
—propone Olaia.

—Sí, que me muero de hambre. Me siento floja con este calor.

—Pues espabila, que tenemos que bajar a la playa.

Ni hablar, por ahí si que no paso. Odio que me manden o que intenten manejarme, de modo que la señalo con el dedo y le advierto muy seria mientras enciendo el aire acondicionado:

—A mí no me agobies, he venido a relajarme.

—Entre otras cosas... Y se te olvida un detalle: tu cumpleaños.

—Bah, qué pesada, chica. Reclama tu habitación, anda.

—Con gusto, simpática —masculla con ironía—. Ve preparándote.

—Que sí.

—Que sí, ¿qué? —insiste, soltando una carcajada.

Madre mía, me saca de quicio. Bien es cierto que no es la compañía que hubiera elegido para disfrutar de mis vacaciones ni en broma y que, si hago todo esto, es por Silvia.

Finalmente, para mi tranquilidad, pero no sin antes chincharme alguna que otra vez más, se marcha a hacer los recados, dejándome sola por primera vez en horas.

Echo un vistazo a mi alrededor y sonrío; hoy es uno de esos días especiales y no sólo porque es mi cumpleaños, sino porque vuelvo a sentirme tan libre

como necesitaba, reencontrándome con esa Marta más jovial, que últimamente ha estado muy apagada.

Los rayos de sol ya alumbran con fuerza fuera y, como no quiero perderme nada de este maravilloso viaje que espero que sea inolvidable, pillo el iPhone de camino a la terraza, allí donde el calor funde mi cuerpo mientras reviso los wasaps.

Me recuesto en la tumbona mientras voy respondiendo mensajes de mis padres, a quienes adoro y con quienes tengo una relación especial por ser hija única. También contesto a mis compañeros de trabajo y, cómo no, hablo con las mosqueteras.

Silvia: ¡Felicidades! ¿Cómo fue el viaje? ¿Cómo habéis amanecido? ¿Estáis bien?

Carolina: Felicidades, peque. Disfruta de tu día. Te echamos de menos.

Sonrío de nuevo. Adoro cuando me llaman así; no sé, es una sensación extraña. Me hacen sentir arropada.

Marta: ¡Gracias, madrugadoras! Por aquí todo en orden, excepto porque Olaia se pasa todo el día grabando con el móvil. ¡No sé qué mosca le ha picado! Durante el vuelo, venga hacerme confesiones sobre Max, pero, en cuanto aterrizamos en el hotel, nos preparamos y bajamos a la fiesta que se organizó en la piscina principal, se le olvidó todo. Esto es una gozada. ¿Qué tal vosotras?

Silvia: Ya sabes cómo es Olaia, totalmente imprevisible, tiene a quién parecerse... así que paciencia... En cuanto a mi familia y a mí, ¡qué bonito suena!, aquí en Brasil los tres solos, ¿qué os puedo contar? ¡Felices! Álex y la pequeña se están echando una siesta juntitos y a mí se me cae la baba con la escena.

Marta: Qué ñoña, nena. Y Carol estará pegada a Héctor como de costumbre; la rubia es insaciable, menuda luna de miel les espera. ¡Os dejo, que me empalagáis! Dale un beso a la bebé de mi parte. ¡Hablamos!

Silvia: ¡Espera! ¿Qué tal se te dio la noche? ¿Conociste a algún chico...?

Marta: No, Silvia... si la pregunta es si me tiré a algún tío, negativo. Sigo en la línea de los últimos meses. *Bye.*

Eso último quiere decir que ya no soy tan atrevida, que me he vuelto más selectiva; en diez meses sólo me he enrollado con dos chicos. He repetido un par de veces con ambos, pero no acaban de ser lo que busco para prologar estos encuentros en el tiempo.

«Bah, Marta, deja las reflexiones. ¡No empecemos!» Es cierto, ¿a qué he venido? Es hora de desmelenarme y, ya que gozo de esa soledad de la que no suelo quejarme, la de esos momentos al día tan necesarios para uno mismo, busco música en mi móvil y elijo una canción de Roxette; se ha convertido en mi favorita.

Después de cantar a pleno pulmón, me pongo manos a la obra. Primero me doy una ducha más que rápida por si aparece la *paparazzi* de nuevo. Ya en el vestidor, escojo un biquini, en esta ocasión color turquesa para que resalte mi blanquecina piel y, de atuendo, un peto corto, sin mangas y verde, como el color de mis ojos. En cuanto al calzado, opto por unas sandalias amarradas y cómodas. Todo, de las últimas rebajas de Zara, pues odio ir de compras. En el pelo no me hago nada especial: ondulo un poco las puntas con las tenacillas y listo. En ocasiones mi larga cabellera pelirroja es un poco indomable, pero, sorprendentemente, esta mañana está bastante bien. Con el maquillaje tampoco me esmero: un poco de corrector, que no viene nada mal para las ojeras, máscara de pestañas para resaltar la mirada, colorete natural y lápiz labial rojo, que siempre favorece.

—Marta, ¿dónde estás? El desayuno ha llegado, como yo.

—Acabando de prepararme. Déjalo en la terraza y así disfrutamos del sol.

¡A saber qué me espera! Cuando llego hasta allí, me sorprende que haya hecho justamente lo que le he pedido. Olaia no es de obedecer y, como sabe que yo tampoco soy muy dada a ello, solemos tener nuestros piques cuando estamos juntas.

Eso no es muy a menudo, pues ella, hasta ahora, sigue residiendo en Murcia, pero, como en breve me despediré de la última compañera de piso que me queda, ha decidido que, tras las vacaciones, se mudará a la capital conmigo.

Trabjará en la revista de Alexander Muñoz, su cuñado y, a la vez, hermano de Héctor, que es el prometido de Carolina.

Sí, menos yo, todos han quedado en familia.

Aun así, no me siento desplazada. Soy una más para ellos.

—¿Qué piensas? —Olaia interrumpe mis cavilaciones, sentándose frente a mí—. Tú concentrada, nada bueno puede ser.

—Estoy cansada, alguien me ha hecho madrugar sin sentido.

—Ya...

Madre mía, qué pinta tiene todo. Nos han servido un succulento surtido de frutas, pan, bebidas, mermeladas, cremas y bollería, esta última de la que solemos prohibirnos, pero que está de muerte.

—¿Y esa cara? —le espeto, al saberla tan meditabunda.

—¿Por qué dudaste acerca de pasar las vacaciones aquí?

No puede ser. ¿¡En serio vamos a hablar de esto!?

Sé dónde quiere llegar y me niego a caer en la trampa.

—Porque también quería visitar a mi familia, pero iré el primer fin de semana de septiembre. —Me sirvo café y cubro un par de tostadas con Nutella—. No me mires así, tu hermana se estaba preocupando en exceso por ti y acaba de ser madre.

—¿Pretendes que lo disfrute sin sentirme mal? Has antepuesto tu amistad a tus deseos, apoyándome, ya que ella no puede venir; has dejado de lado tus necesidades familiares.

—Vamos, Olaia, no seas dramática, aunque... tienes razón, la adoro. Tuve mis dudas, pero... si además me pagaba unas vacaciones de lujo, ¿qué razón tenía para negarme?

—¿Un posible encuentro con Nacho?

—¡Oh, no, por ahí sí que no! —Hago un exagerado aspaviento y estoy a punto de derramar el café—. No me amargues el desayuno, te lo advierto. Ni siquiera me acordaba de él...

—¿De verdad?

—Pues claro...

—Silvia me ha comentado que hace poco Nacho pasó unos días en Madrid y que coincidisteis un ratito, que te propuso tomar algo pero que tú te negaste.

—¿Y por qué iba a aceptar? —respondo como si fuera obvio.

Doy un sorbo al capuchino, creyendo que la conversación ha terminado, pero la morena parece esperar una respuesta más convincente. ¡Buf! No sé ni por dónde empezar.

—¿Qué? Hacía diez meses que no nos veíamos.

—Pero anteriormente estuvisteis juntos...

Mastico de malas maneras el primer bocado de pan y añado:

—A ver, quedábamos cuando nos apetecía, echábamos un polvo y, hasta el próximo, a seguir con nuestras vidas.

—¿Y?

—Y nada, lo típico. Un día me vino con eso de formalizar la relación, si a eso se le podía llamar así, que ni de coña. Terminamos porque decidió mudarse a Ibiza para emprender algo que, por cierto, parece que le ha ido bien, y se acabó; no hemos vuelto a tener contacto. Me dejó claro que era lo mejor. ¿Qué sentido tendría vernos ahora?

—No sé... Silvia dice que, desde el encuentro, tú estás más... ¿melancólica? Frunzo el ceño, estudiándola.

Me cabreo a medida que soy consciente de lo que está insinuando. Ahora entiendo a qué viene la charla. ¿¡Cree que soy idiota!? Hago el esfuerzo de controlarme y no explotar, pero los Olivares no conocemos esa palabra.

—Si quieres que nos llevemos bien, ¡¡ni lo menciones!! Y déjame desayunar, que me has puesto de mal humor con los chismes. ¡Hablando a mis espaldas! Me parece muy fuerte que Silvia haya hecho algo así. ¿Y ahora de qué te ríes, boba?

—Que te pasas el día advirtiéndolo. Puedes llegar a dar miedo... Vale, olvídalo.

—Será lo mejor.

* * *

Una vez que acabamos en silencio el variado desayuno, decidimos dar un largo paseo por el espectacular hotel. No le falta detalle: spa, gimnasio, tiendas, restaurantes, escenario...

Sobre las doce del mediodía, optamos por bajar a la playa.

Es como la de las películas, o así me lo parece; tampoco he viajado demasiado como para comparar. El mar, tranquilo y cristalino; la arena, fina, y música de fondo. ¿Puedo pedir más?

—¿Una de éstas? —Olaia señala una de esas típicas camas balinesas que hay en algunas playas ibicencas, aunque no en la mayoría—. Venga, Marta, deja el enfado. Eres una exagerada. Ha sido una tontería.

—Sobre un tema que no me mola nada. ¿Por qué os empeñáis en querer solucionar mi vida amorosa? Estoy bien así y, joder, no soy una anciana, acabo de cumplir veintisiete. Ah, y mi abuela se volvió a casar con setenta años, así que ojo al dato.

—Que sí, lo siento. Ve a darte un baño, que yo voy a pedir algo. ¿Un cóctel?

—Está bien. —Le sonrío enterrando el hacha de guerra—. ¿Y unas patatas fritas? También frutos secos, ya que estamos. A la vuelta le daremos caña al gimnasio.

—Vale; no tardo, borde.

—Perfecto, boba. Eres muy pesada, pero te quiero.

¿Para qué seguir molesta? No sé por qué me sorprende su comportamiento, no varía mucho del de su hermana. En el fondo sé que esto será un constante tira y afloja. Ya menos tensa, contemplo el paisaje, la gente, enamorándome más de la isla a medida que la descubro. Cierro los ojos y respiro este aire cargado de energía. La adrenalina corre por mis venas imaginando lo que puede suponer para mí esta aventura.

Necesito emociones nuevas, me niego a seguir estancada.

—¡Vamos, Marta! —me anima Olaia desde lejos.

—Allá voy —le sigo el juego.

Me despojo de las prendas y, cogiendo impulso, me doy un refrescante chapuzón. ¡Dios! El agua está a la temperatura perfecta para contrarrestar el calor que hace. Como una niña pequeña, chapoteo sin frenarme ni avergonzarme; no soy la única. Hay quien, además, juega, ríe y, para qué mentir, ¡los envidio! Quisiera que Silvia y Carol estuvieran aquí... Nuestras escapadas siempre han sido divertidas y repletas de anécdotas. Con Olaia no sé qué esperar.

Por cierto, ¿qué está haciendo?

Desde la orilla puedo ver que se ha acercado a nuestra cama y está depositando algo en ¿mi bolsa? Mira hacia mí con el teléfono en la oreja y como si realmente la hubiese pillado en una situación comprometida; luego se aleja unos metros, llega de nuevo al chiringuito y recoge las bebidas, que al volver deposita en la mesilla del espacio que ocupamos. ¿¡Qué demonios está pasando!?

Salgo disparada, levantando sin querer la fina arena que se desliza entre mis pies por la espontánea carrera. Una vez aquí, me agacho y reviso mis pertenencias. ¿Acaso las ha registrado?

A simple vista no parece faltarme nada.

Todo está en orden, ¿entonces?

Me escurro el cabello, ya que empaparé el teléfono, y, confusa, llamo a la única que me puede sacar de dudas en este momento.

—Cumpleañera, ¿qué tal? —responde en seguida Silvia.

—Tu hermana me va a volver loca. ¿Tan tocada la ha dejado el tipo ese? Tía, que creo que ha estado husmeando en mi bolso. Estoy paranoica, ¿o qué?

—¿Dónde está?

—Se ha alejado unos metros al ver que venía pitando hacia aquí; me está dando la espalda desde que se ha percatado de que la miraba mientras hacía no sé qué... Espera, ¿esto es una invitación?

—¿Ya la tienes?

—¿Cómo? —No sé si reír o llorar. Voy a matarlas—. ¿Q-qué sabes de esto?

Leo detalladamente la invitación de cumpleaños a una fiesta que no es otra que la mía propia. ¿Lo peor? El nombre del local me suena, y bastante. Lo descubrí en una tarjeta parecida a ésta.

No puede ser. ¡Pensaba que lo teníamos en la otra punta!

O eso fue lo que me hicieron creer las traidoras de mis amigas.

Al ser consciente de ello, no puedo ni respirar. La boca se me ha quedado como un zapato de tan seca. Cojo la copa, me humedezco los labios y me atrevo a preguntar:

—¿Me habéis hecho una encerrona? Dime que no me has mentido para obligarme a venir hasta aquí, Silvia Millán. No serías capaz, ¿verdad?, y mucho menos Carol. Tampoco creo que tu hermana se prestase a este juego, ¿o me equivoco?

—Escucha, no te lo tomes a la tremenda. Max existe y la historia que te hemos contado de él y mi hermana es cierta, la viviste de algún modo por el chat; el resto tiene una explicación...

—No, no me jodas, Silvia. ¿Nacho sabe que estoy aquí? ¡Pensará que he venido a buscarlo!

—Le pedí a Olaia que lo localizara y que le propusiera preparar una fiesta sorpresa allí, en su local —susurra, y sé por su tono de voz que está avergonzada. Nos conocemos—, pero la advertí de que no le dijera que se trataba de ti, que le comentara sencillamente que era para una amiga. Como no se conocen... Pretendía que él tampoco esperara tu presencia. Puedo explicártelo. ¿Y Olaia? ¿La tienes cerca?

—Yo no...

—¡Ah, mira, ahí está mi amiga! —le anuncia una sonriente Olaia a Nacho. Éste busca en mi dirección. La expresión se le endurece al verme—. Es la cumpleañera.

«Madre mía.»

Camisa ancha y negra, pantalones blancos remangados hasta los tobillos. Tiene algo más de barba. Va descalzo, y sostiene unas gafas de sol en las manos que parece que va a destrozar en cualquier instante ante mi presencia.

¿Lo peor en esta ocasión? Me he quedado embobada.

Me doy la vuelta sin saber cómo actuar. La situación es bochornosa. Es uno de esos momentos en los que quisiera que la tierra me tragara. Y sé que no hay forma de escapar. No la hay porque yo no la he evitado. ¿A quién pretendo engañar? Aun así, no lo asumo en voz alta, pues no sé cómo he caído tan bajo.

—¿Por qué lo has hecho, Silvia? —le reclamo a ésta, histérica—. ¡Joder!

—¿El qué, exactamente?

«Volver a ponerlo en mi camino sin previo aviso, recordándome que ningún otro hombre me ha hecho sentir lo que Nacho Rivas con tan sólo una fugaz y a la vez intensa mirada.»

—Eh, quieta. Has venido antes de lo que imaginaba, pelirroja.

—No es lo que estás pensando —me defiendo, guardando mis cosas sin atreverme a mirarlo. Incluso corto, sin querer, la llamada con Silvia—. Olaia, te espero en el hotel; ya hablaremos con calma.

—Ven aquí, Martita.

Nacho me intercepta por el codo y me obliga a colocarme de cara a él. Sus ojos recorren con intensidad mi silueta escasa de ropa.

A continuación, pregunta furioso:

—¿A qué has venido? ¿Qué buscas?

—De ti, nada. Es una casualidad organizada por mis amigas.

—Chicas listas, supongo que ellas siempre han intuido que este momento llegaría.

—¿Qué insinúas? —Doy un paso atrás, colgándome el bolso—. No. Mejor cállate.

—¿No quieres oír lo que ellas ya saben?

—¿De qué hablas?

—Siempre fue más que sexo, pelirroja.

—¡No es verdad! —Aprieta los dientes. Entonces añado, retándolo—: Sólo lo fue para ti.

Inesperadamente y en un arrebato de ira, me arranca la invitación de la mano. Olaia deja escapar un gemido asustado; el mío suena muy diferente, acelerado, delatándose.

Siempre me ha gustado ese lado oculto de Nacho, salvaje.

—Así que quieres una fiesta de cumpleaños a lo grande, como tú mereces y aquí —gruñe, intimidándome con su cuerpo. Miro hacia arriba, tragando con dificultad—. Pues la vas a tener y, escúchame bien, no la olvidarás jamás. Bienvenida, Marta.

—Yo no he pedido ninguna fiesta... y... y no me llames así —se me escapa el inapropiado reproche.

—Vas a tener que acostumbrarte a muchas cosas; entre ellas, ésta. Te espero a las nueve. Pelirroja, no me falles y te enseñaré algunas novedades como regalo de cumpleaños.

—¡Espera! No vendré —confieso hecha un mar de dudas. No entiendo qué está pasando—. Las incógnitas no me gustan, ni las sorpresas envenenadas.

Chasquea la lengua y entrecierra los ojos.

Por último, deja escapar un suspiro.

—Nunca te haría daño; te lo prometí, ¿recuerdas? No lo olvides, Marta... aunque sé que es complicado, ya que tienes facilidad para hacerlo y, además, con bastante rapidez.

—Nacho... —intento detenerlo sujetándolo por su musculoso brazo. Él clava la mirada en mi mano, en mis temblorosos dedos—, yo...

—Esta noche —sentencia antes de largarse sin mirar atrás.

4. La insistencia de Nacho Rivas

Eran las cuatro de la madrugada del siguiente domingo cuando me desvelé debido a las típicas y odiosas ganas de ir al baño.

El piso estaba en silencio, las chicas, dormidas, por lo que corrí en seguida de vuelta una vez que acabé de hacer mis necesidades.

Antes de procurar conciliar el sueño de nuevo, cogí el móvil para cerciorarme de que había programado la alarma. En el trabajo no estaba la situación para faltar... o pronto me vería de patitas en la calle... Me senté de golpe al percatarme de que tenía un wasap. ¿En serio? Era de escasos minutos atrás.

Al principio me asusté pensando que podría tratarse de mis padres; luego, al ver de quién procedía, me relajé y sonreí.

Nacho: Soy Nacho Rivas, no sé si te acuerdas de mí.

Marta: Claro que me acuerdo... Menudas horas para charlar, ¿no? Si digo tonterías, no me lo tengas en cuenta, pero es que he ido al baño a hacer pis y al volver me he encontrado con esto. No te esperaba... ¿Necesitas algo?

Nacho: Quiero volver a verte; esta vez aquí, en mi casa, sin que nadie nos moleste.

Su forma de recalcar cada palabra me chocó un poco, pero lo pasé por alto, ya que esperaba la invitación con ansias.

Marta: Vale... pero no te acostumbres. No soy de esa clase de chicas.

Nacho: Entonces busquemos lo mismo. ¿Cuándo estás disponible?

Marta: Para un rato, mañana mismo. ¿A qué hora?

Nacho: Entro a las nueve de la noche a trabajar, hasta las tres o cuatro de la madrugada.

Marta: Imposible, salgo a las ocho y mientras llego a casa... ¿El viernes después del cierre?

Nacho: Demasiados días. Será una semana larga.

Su insistencia me halagó, para qué mentirnos. El rollo del almacén me supo a poco, aunque no porque no estuviera a la altura, todo lo contrario. Había jugado bien sus cartas, a pesar de que el tiempo corrió en nuestra contra, y quería más.

Marta: Mejor. Así me coges con más ganas, que es como a mí me gusta. Y recuerda, no te encapriches.

Nacho: Te cojo con más ganas... Explícita frase. Te encanta dominar la situación, provocar y controlar, ¿no?

Marta: *Yes*. No me dejes manejar por nadie y menos por hombres. Me voy a dormir, nos vemos el viernes.

Nacho: Tendré paciencia... y te aseguro que no te arrepentirás de haber aceptado. Te complaceré como nadie te ha complacido y te será difícil librarte de mí. No porque yo no te lo permita, sino porque tú misma así lo decidirás.

Desde ese momento, supe que era diferente y que ese punto era justo lo que lo hacía especial. La necesidad de volver a verlo se multiplicó y, aunque tenía claro que no era positivo, no me frené. Mi lema seguía siendo el mismo: vivir el momento; eso sí, marcando ciertos límites que no estaba dispuesta a sobrepasar.

5. No soy tan romántica

—Marta, espera, ¿adónde vas?

—A la habitación, Olaia; hoy no estaba preparada para...

—¿Para qué?

Detengo mis pasos y reparo en la playa, en el sol, recordándome por qué acepté venir.

¿Cuánto tiempo llevo soñando con descansar en un sitio tan paradisiaco como éste? Ciertamente la pregunta es otra, ahora que asumo, aunque en silencio, que me moría de ganas de verlo tras nuestro último encuentro en Madrid. ¿Cuántas veces me he imaginado aquí después de su insinuación en el bar? Recordé que si alguien sabía hacerme disfrutar no era otro que Nacho y, como mujer, echo de menos esa conexión en la intimidad. Necesito volver a sentir las emociones fuertes que él me proporcionaba. Lo ha vuelto a dejar claro hoy mismo... no hay por qué temer, no habrá confusiones, y podemos darnos placer mutuo sin dañar al otro. Es lo que siempre he buscado y ahora él está dispuesto a dármelo.

—¿Qué piensas, Marta?

—No te importa, pesada —farfullo de malas maneras y continúo ocultándole la verdad—: Me quedaré porque quiero disfrutar de esto.

—Pues eso, no te marches si no tienes nada que ocultar o temer. ¿O me estoy perdiendo algo?

—¡Claro que no!

Como muestra de que no me intimida la situación, levanto la cabeza buscando a Nacho entre la gente. Éste está apoyado en la pared de la terraza Paraíso Ibiza. No me quita ojo, incomodándose, pues antes siempre era yo la que lo retaba y... ganaba. Hoy no me siento vencedora en absoluto.

—Ni me hables, ¿eh?, y esas dos se van a enterar cuando las pille. Te lo advierto: estoy muy cabreada con todas vosotras —insisto, más ofendida—, pero no voy a abandonar mis vacaciones. Sigo sin creerme lo que me habéis hecho.

—Joder, Marta, habla con...

—Nadie. —Suelto el bolso en la arena; más bien lo tiro—. No me apetece hablar con tu hermana, ni con Carol, y punto. Y dile a ése... que deje de mirarme así.

—Madre mía, pues, si tú no quieres aprovecharlo, déjamelos.

—¿A qué viene esto? —la increpo indignada y dejo de buscar el protector solar.

—Compruébalo tú misma. —Señala al fondo—. Es todo un espectáculo. No te lo pierdas.

La curiosidad supera mi orgullo y caigo en la maldita tentación. Nacho se está quitando la camisa y, al acabar, la deja sobre la barandilla de madera blanca —el color estrella aquí— que separa la terraza de la playa. Enciende un cigarrillo, otra novedad para mí, ya que antes no fumaba... y se queda contemplando el horizonte, pensativo, con esa expresión seria que últimamente lo caracteriza a pesar de la ironía y la burla que emplea.

Su cambio en todos los sentidos me sorprende.

Es imposible negarlo. Está tan interesante y guapo con esa pinta de chico malo... ¿Y qué significarán los tatuajes que ahora envuelven su cuerpo? Son muchos y todos desconocidos para mí.

Pasan por el cuello, los brazos, el pecho.

—¿Qué te parece, Martita?

—Ehh... pues que no sé por qué llaman a eso *pub* de moda —comento con un carraspeo y me tumbo en la cama que hemos alquilado a modo de hamaca—. Supongo que lo será por la noche. De día es un chiringuito como los de toda la vida.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? No me lo creo.

—Pues no hay más. Eres muy cansina, chica.

—Vaya, ¡cómo te pones!

—Déjame tomar el sol de una vez —protesto, ignorándola a continuación.

—Bah, bah.

Rebusco entre mis pertenencias de nuevo el protector solar; una vez que doy con él, me lo aplico tratando de mostrarme tranquila y me coloco el sombrero, en tonos tierra, con lazo azul, que combina con mi traje de baño. Ibiza no carece de estilo y he traído los complementos que las traidoras me han aconsejado. Según ellas, para no pasar desapercibida... Ahora entiendo el motivo por el que estaban tan insistentes con respecto a mi vestuario: el encuentro con Nacho.

—Voy a darme un chapuzón, Marta.

—No es necesario que me estés dando explicaciones. No soy tu hermana y mucho menos tu madre.

—Más que borde.

—Gracias, yo también te quiero.

—Ay, qué humor me traes, y conozco el motivo. —Me atrapa la cara y me come a besos—. Cómo no quererte, gruñona.

—¡Para, Olaia!

—Venga, te dejo un rato.

Le dedico una falsa sonrisa y, con disimulo, miro a mi izquierda.

Nacho se ha ido.

—Volverá —murmura la morena, riéndose.

—Vete ya, anda. ¡Me agotas!

Necesito distracción o me volveré loca. El destino me ha jugado una mala pasada. Esto no tenía por qué haber sucedido así, pero el universo ha conspirado en mi contra. Estoy acostumbrada a que las cosas sucedan cuando y como yo quiera... Y era en unos días cuando teníamos que habernos visto... «¡Basta, Marta!», me reprimo una vez más sin permitirme flaquear.

Cojo el móvil, ya que somos inseparables, y me echo hacia atrás derritiéndome por el calor, ya que estamos a cuarenta grados de temperatura. Pongo música mientras tomo el sol y, en esta ocasión, selecciono una canción de Austin Mahone.

Cómo no, los mensajes siguen llegándome, pero los ignoro. Todavía me niego a hablar con Silvia, no me siento preparada para mentirle y... ¿Qué está pasando allí? ¿Estoy viendo lo que creo?

«¡No me jodas, tía!»

Me despojo de las gafas y confirmo que no, no me equivoco de persona. Esa silueta delgada y fina es la de Olaia. Está en la orilla, jugueteando con las suaves olas que rompen en sus pies. Junto a ella, Nacho, exponiendo en su totalidad los tatuajes que cubren gran parte de su bronceada piel. Ambos me dan la espalda; no puedo ver sus facciones, pero la imagen, sin saber por qué, me causa un malestar que no soporto y que me enfurece.

¿¡De qué van!?! «¡Que os den a los dos!»

Me incorporo de mala hostia y decido marcharme antes de hacer una tontería de la que me arrepienta más tarde.

* * *

A las nueve de la noche observo desde la terraza de la *suite* la iluminada Ibiza. A esta hora tendría que llegar al local de Nacho, pero no he ido; aun así, me he vestido para la ocasión y no sé qué hacer... Llevo todo el día dándole vueltas a la emboscada que me han organizado, a lo que yo esperaba una vez aquí y a lo que me he encontrado...

No he querido volver a hablar con Silvia; tampoco he respondido a las llamadas de Carolina ni le he abierto la puerta a Olaia.

No me apetece comunicarme con ellas. Simplemente no tengo nada que decir y no quiero escuchar sus excusas, pues con las mías tengo más que suficiente. Silvia y Carolina no tendrían que haberme mentido. Sé que cometí el error de aconsejarles mal en sus relaciones, pero precisamente por ello consideré que las tres habíamos aprendido la lección. Hoy sé que no nos ha servido de nada.

¡Si con haberme traído hasta aquí habría bastado! El resto habría surgido, seguro. Lo tenía asumido. Y Olaia, bueno, ella no debería coquetear con Nacho en mi presencia.

¿Lo que más me duele? Verme tan decaída, pensativa y confusa. Odio este estado. ¡No soy así!

—Marta, ¿me vas a dejar pasar? —pregunta Olaia desde la terraza contigua, la de la habitación que le han asignado. Sólo nos separa un muro de media altura—. Guau. Qué guapa.

—*No-me-hagas-la-pelota.*

—Es la verdad. Por favor, no estés tan mosqueada. ¿Qué te sucede? ¿Bajamos?

—Nada. Ve tú sola, te lo pasarás mejor. —Desvió la mirada—. No he debido venir.

—No digas tonterías, me haces falta aquí.

—Te hace falta alguien, no yo —especifico con la claridad que me define.

—¿Sabes qué? He tenido paciencia contigo, pero ya me la estás agotando. ¿Puedes considerar por un momento que tal vez Silvia ha tenido sus motivos para planear todo esto? Quizá ahora no lo entiendas, pero hazte un favor: baja y averígualo.

—Sois muy pesadas hablando en clave. Y no finjas, te has dado cuenta de que me he ido una hora después... ¡os he visto tontear!

—¿Qué? ¿En serio me crees capaz de hacer algo así? —Me encojo de hombros, mirándola de reojo. Ella sonrío, comiendo unos cacahuètes—. Respeto a los hombres que han tenido algo con mis amigas, y a ti te considero una de ellas, aunque no de las mejores...

—Cállate, hablando me recuerdas a Silvia.

—Y la echas de menos, ¿no?

—A ella, a Carol, a mis padres... Este viaje me está trastornando.

Olaia apoya los codos en el muro, de cara a mí, y pregunta risueña:

—¿Cómo conociste a Nacho? Nunca os habéis extendido en explicaciones. Simplemente era el chico con el que echabas buenos polvos. ¿De verdad significó sólo eso para ti?

—Supongo que sí...

No me atrevo a admitir que ahora no lo sé. Lo que sí hago es resumir la historia, pasando por alto detalles que alargarían el relato y con los que podría empezar a especular, y no es eso lo que pretendo. Ellas siempre lo atribuyen todo al amor y, a veces, las cosas son mucho más simples, por lo menos para mí.

Con Olaia embobada mientras le cuento cómo transcurrió aquella noche de finales de julio de 2014, termino mostrando frialdad y puntualizando:

—El chico dio la talla y, claro, decidí que tenía que aprovecharlo más tiempo... Allí no tuve suficiente y el sitio era el menos indicado.

—¿En el almacén? —repite Olaia, flipando—. Pensaba que había sido en un hotel.

—Venga ya, tía. No soy tan romántica...

La empujo bromeando al entender su plan y, contra todo pronóstico, ha conseguido su propósito. Hacerme reflexionar.

¿Es obra de las tres, también?

—Eres más lista de lo que imaginaba. Te he subestimado. Voy a bajar, tienes razón. No sé vivir con la incertidumbre y por algo estoy aquí. Necesito ver qué ha preparado y por qué. Mañana aclararé todo este lío con ese par de mentirosas.

—Ésta sí es la Marta que yo conozco.

—Diles a las chicas de mi parte que, a pesar de todo, las adoro.

—Lo saben. Espérame abajo, ¿vale? Voy al baño, tengo la barriga un poco suelta y me cago en cualquier parte. —Pongo cara de asco, ¿es necesario ser tan explícita?—. Quédate por el paseo de la playa. Cualquier cosa, llámame.

—No tardes. Solamente iré un rato.

—Okey.

Entro en la habitación, cierro la terraza y cojo el bolsito de mano con la documentación y poco más.

Todavía no he desecho las maletas y todo está hecho un caos, por lo que no localizo la mitad de lo que busco, pero tampoco me preocupa.

Me miro en el espejo antes de salir y sonrío. No me puedo creer el surrealista día que llevo, mucho menos que ya vaya a ir al encuentro de Nacho. Me aparto el cabello liso a un lado y me plancho por última vez, con las manos, el vestido que he elegido. Reconozco que soy más de pantalón, siempre opto por la comodidad, pero, en teoría, hoy la ocasión requería un poco más de elegancia.

Tampoco voy muy allá.

El atuendo es sencillo; eso sí, rojo pasión, como mis labios.

Después de posponer la bajada analizando mi aspecto, algo que no suelo hacer, ya que significa una pérdida de tiempo, termino sentada en uno de los bancos que separa la entrada del hotel y la puerta trasera del famoso *pub* que, según puedo imaginar por los gritos de euforia y la música, está a tope.

Estoy nerviosa, no puedo evitarlo. En realidad, *perdida* es la palabra.

Ni siquiera he cenado, tampoco tengo hambre. Aun así, engaño al estómago comiéndome una chocolatina rellena de avellanas.

Mis favoritas.

—Creí que no vendrías, pelirroja. —Doy un salto, sorprendida por la inesperada aparición de él, Nacho. En seguida deduzco que no se trata de una casualidad—. ¿Entras?

—Olaia te ha avisado, ¿no?

—Qué más da.

Extiende su mano derecha hacia mí con prepotencia. Su *look* es similar al de esta mañana, excepto por la chaqueta que ha agregado a su atuendo.

—Ven.

—Nacho... —Casi es más una súplica que otra cosa.

—Pequeña, olvida el pasado; yo lo he hecho.

—Entonces, ¿qué pretendes?

—¿La verdad? —Asiento sin saber si quiero oírlo—. Hacerte mía hasta quedarme sin aliento. Como el año pasado por estas fechas, en tu cumpleaños, aunque no pude ofrecerte más que una cena barata y unas copas en el bar donde trabajaba.

Se me pone la piel de gallina. Las palabras se atascan en mi garganta, como

la chocolatina, por lo que guardo el resto que me queda en el bolso. Veo que ha pasado página, sí, de lo contrario estaría dolido. Así se fue. Ahora su actitud me confunde; me extraña que se comporte como si el tiempo no hubiese pasado, como si no hubiéramos mantenido aquella conversación profunda en la que nos dijimos adiós definitivamente... o así lo creí en aquel momento.

¿Y por qué, entonces, me he cohibido, si nos encontramos en el mismo punto? Dos personas solteras, sin compromisos y con ganas de disfrutar en la cama. Qué importa lo que haya sucedido...

Somos adultos y tenemos claras las cosas.

—¿Qué piensas? ¿No querías que fuese claro? He aprendido, pelirroja. Han pasado meses, sí, pero tú y yo sabemos que no dejamos de vernos porque el fuego se hubiese apagado. Y sí, me sigues atrayendo tanto como el primer día, cuando nos conocimos.

Deja caer la mano al vacío y añade con dureza, apretando los puños en los costados:

—¿Elegiría lo contrario de poder hacerlo? Sin duda. No desearía otra cosa que ignorarte, pero enganchas en la intimidad y ya te lo dije hace unos días... ahí ha sido complicado reemplazarte y sé que a ti te pasa lo mismo. Si no, dime, ¿cuántos te han hecho sentir como yo cuando te follaba? Apuesto a que pocos o ninguno.

—Eres un gilipollas.

—Eh, quieta.

Me agarra del brazo cuando me levanto, ofendida.

—Nos esperan.

—Nacho... déjame. ¡Suelta! ¿Adónde me llevas? Voy a...

Me arrastra hacia el local del que es propietario, Paraíso Ibiza, y, cuando estamos dentro, la música se apaga. El DJ me nombra, felicitándome, y el resto de los presentes, muchísimas personas, por cierto, se unen con gritos a sus palabras, aplaudiendo. Pocos minutos después, un foco de distintos tonos me ilumina cuando globos enormes y confetis níveos caen del techo, dando paso a una canción que me dedican para, así, retomar con naturalidad la fiesta que han pausado por mí, sorprendiéndome con el precioso gesto. Todo pasa tan rápido que me cuesta asimilar que sea real.

Tanto como que esté con Nacho y que me haya recibido así.

No puedo explicarle cómo me siento, pues quedo desorientada, sin saber qué decir, sin atreverme a mirarlo. Intento disimular, fingiendo que voy

observando la estética elegante del lugar a medida que seguimos caminando y, de este modo, procuro arrinconar la emoción que me embarga. No mostraré debilidad ante él.

Nada me asombra, es más de lo mismo, o tal vez soy yo, que tengo la cabeza en otro sitio. El blanco reina sin duda en cada pequeño y gran detalle, tanto en el escenario que hay enfrente como en la amplia barra situada a la derecha o en la zona *chill out*.

«No puede ser. No me hagas esto.»

Gracias a mi escrutinio, y para mi sorpresa, descubro que en todas las esquinas cuelgan unas telas con un mensaje escrito:

Felicidades, Marta. Bienvenida a mi paraíso.

Me rindo, es imposible que siga ignorándolo.

Conmovida, busco a Nacho, que observa con orgullo la maravilla que ha montado sólo para mí.

—Esto, ¿por qué? —pregunto despacio para que me lea los labios. Siendo sincera, tampoco me salen las palabras, ni podría decir algo coherente.

—Porque cumplo mis promesas —me confiesa junto al lóbulo de mi oreja. Menos puedo moverme aún—. El año pasado te prometí que éste podría ofrecerte el cumpleaños que creí que merecías. Todo ha cambiado, pero tengo palabra y no hay mayor satisfacción que presumir de lo que he conseguido desde que me marché.

—Entiendo... egocentrismo, pero gracias.

—¿Te gusta? —Me agarra del mentón y reclama mi mirada.

—M-me encanta.

Se me escapa una sonrisa y él, cómplice, me devuelve el gesto.

Entonces recuerdo por qué recurría a Nacho una y otra vez.

Solo él sabía sorprenderme con cualquier tonto detalle, nadie se curraba los encuentros como él. Antes jamás había conocido a un hombre que me tratara con tanto tacto en público y con tanta fiereza en privado, haciéndome sentir mil y una sensaciones que me obligaban a necesitarlo de una manera diferente.

Era cariño, atracción o complicidad; nunca fue más que eso. Me llenaba y agobiaba a partes iguales. Odiaba sentirme atada, aunque respetaba mis espacios. Y me recibía en seguida cuando lo reclamaba de vuelta, incluso de madrugada.

Se convirtió en una persona muy especial en mi vida. Y sí, me marcó. Hoy sé cuánto.

—¿Estás bien, pelirroja? —Da un toque en mi nariz—. ¿Eh?

—Por supuesto...

—Pues ven, acompáñame.

Me ofrece de nuevo la mano que antes no acepté, con la diferencia de que esta vez no dudo. Ambos nos tensamos al entrelazar nuestros dedos tan fuerte y caminar así en medio de las personas que disfrutaban del evento. Parecemos una pareja...

—Barra libre, pequeña; disfruta de tu noche.

—Espera, ¿te vas?

—Ya he cumplido —apunta soltándome—. Feliz cumpleaños.

—Quédate un rato, hasta que baje Olaia.

—¿Es una orden o una petición?

—La segunda, idiota. Brinda conmigo, anda —comento, risueña—. Dos copas de champán, por favor. Una para el jefe y otra para mí, la cumpleañera. ¿Y me puedes guardar el bolso por aquí? Es una molestia llevarlo encima.

—Claro —me responde el camarero—. Y en seguida le sirvo, señorita

No miente. En poco más de quince segundos tenemos las copas en la barra. Le guiño un ojo agradeciéndoselo y, más animada, le ofrezco a Nacho su champán. Éste lo acepta con una expresión contradictoria; aun así, brinda por mí en cuanto se hace con la copa. Da un largo trago, pausado, sin retirar la mirada de mis labios, que humedezco ligeramente con un breve sorbo.

Mi necesidad por beber de los suyos se vuelve urgente. La cabeza empieza a darme vueltas, dividida entre abandonarme a lo que pueda suceder, lo que espera y yo deseo con desesperación... o detener esta locura y marcharme para no volver.

¿El problema? El mero hecho de pensarlo me atormenta. No quiero separarme todavía de él, no ya que estoy aquí.

—¿Bailas? —le propongo con valentía. No espero su respuesta. Tiro de su mano libre y lo guío hasta el centro de la pista con la mía en alto para no mancharnos con las copas—. ¿Puedes pedir de nuevo la canción que me han dedicado antes?

—Es más bien lenta.

—Mejor. —Cierra los ojos momentáneamente—. Es fantástica para este momento.

Levanta los dedos, los chasquea y da la orden. No sé cómo le entienden desde la distancia y con el bullicio que hay, pero de pronto suena de fondo la voz de Charlie Puth.

Yo, sin reparos, le rodeo el cuello con la mano derecha, pues en la izquierda mantengo la copa que me hará falta. Los malditos temblores me dominan de nuevo, aunque advierto que no soy la única a la que le causa esta sensación. Nacho no sabe controlar la agitación que experimenta su cuerpo al ceñirse al mío.

—Estás jugando con fuego, pelirroja.

Aposta los dedos en mi cintura y descansa su frente contra la mía. ¡Dios! Sus facciones están agarrotadas.

—No te muevas así —me advierte contenido.

—¿O qué?

Me contoneo al ritmo de la sensual melodía.

—O te vas a quemar.

Le acaricio la nuca y el tatuaje que esconde ahí detrás, un león, dejándome llevar.

—Ya sabes cómo me pones. No tiene sentido que me provoques así. Has bajado con esa intención; de lo contrario no te estarías luciendo con este vestido y esos labios que... —chirría los dientes, sonrojándome a medida que habla—. Da igual. No voy a volver a decirte lo preciosa que sigues siendo.

—Gracias. Cualquiera diría que aún te tengo a mis pies.

—Error, ya sólo me arrodillo ante una mujer para...

—Te hablaba de mí —lo interrumpo, molesta—. ¿Cómo te va la vida aquí?

—Nunca se te ha dado mal cambiar de tema. Me va muy bien.

—Me alegro...

Me percató de que somos el centro de atención para muchos. La cercanía y contención entre ambos es más que evidente. Nuestros labios están a un centímetro de rozarse y ambos estamos deseando dar el siguiente paso... Seductor, aprovecha la situación y me da a probar un poco de su copa, que acepto acelerada y, al acabar, se derrama un poco por mi mentón. Él lo elimina con la yema de su pulgar, sensual, derritiéndome.

—¿No te importa que te vean cariñoso con una chica?

—No es la primera vez. Ni será la última.

Me aparto como si hubiera recibido una bofetada. ¿De qué va? Odio que me compare con el resto de mujeres sin motivo. Para él siempre he sido especial y

me produce rechazo escuchar lo contrario.

—Acabo de recordar que tengo mejores cosas que hacer, como celebrar mi cumpleaños con otra persona. Nos vemos en otro momento —me excuso y camino hacia atrás—. Voy a por mi bolso.

—Marta, ven aquí. Tu fiesta es ésta.

—*No-te-atrevas-a-detenerme.*

Minutos después, me marchó sin intención de regresar. No soporto su chulería, no ésta tan extrema; menos aún cuando he decidido entrar en el juego que él ha iniciado, incitándolo a continuar... Desde luego, eso no le da derecho a menospreciarme.

—Imbécil —susurro, abrazándome a mí misma.

Un ruido o más bien unos pasos me alertan de que no estoy sola. Miro hacia atrás, topándome con una sombra masculina, que me inquieta hasta que la luz de las farolas nos alumbró. Nacho me persigue con las manos en los bolsillos, en silencio.

No sabe disimular lo enfadado que está. La forma en la que acorta la distancia lo expresa como no es capaz de hacer con palabras.

Se ha vuelto un idiota con mayúsculas.

—Tampoco me sigas, prefiero ir sola.

—Te acompañaré. Haz como si no me vieras.

—¿Para colmo eres tú el ofendido? —lo increpo, deteniéndome en medio de la calle sin ocultar mi decepción—. No era necesario que me humillaras así. No es la primera vez que lo haces, utilizando frases desafortunadas, desde que coincidimos en Madrid.

—Nunca me ha gustado mentir y contigo no haré excepciones.

Me adelanta al cruzar la calzada.

Una vez en el otro extremo, se gira y añade:

—Y no me jodas: me calientas y te vas después de lo que he organizado para ti, ¿cómo cojones quieres que esté? Me da igual si nos hemos vuelto a reencontrar hoy; nos conocemos, nos atraemos y punto. El resto sobra. No me van estos juegos, ya no, Marta.

—¡Deja de llamarme así!

—Es tu nombre y para mí te has convertido en una más.

—Mientes. —Le cierro el paso, imponiéndome al colocarme justo enfrente—. No es verdad.

Deja escapar una carcajada e intenta acariciarme la mejilla.

Le doy un manotazo.

—Sube. —Señala el ascensor de cristal que tengo detrás, el del exterior del hotel—. Vamos, vete.

—No es lo que esperas, lo sabes.

—¿Qué diablos estás insinuando? —Se rasca el mentón y seguidamente se pasa la mano por el cabello, agobiado—. Habla, sé clara. Antes se te daba muy bien.

—Pasar la noche conmigo; eso es lo que quieres, ¿no?

—No me hagas reír, no acepto las sobras que me quieras ofrecer, pelirroja. ¿Para qué quieres ponerme a prueba? Podré encontrarte sustituta en cuanto vuelva a Paraíso Ibiza, no te preocupes.

—¡Tú no eres así!

—Aprendí de ti —gruñe, empujándome hacia el ascensor—. Fuiste mi maestra.

—No te creo. Hablas haciéndote el macho, pero te da miedo tocarme. Sabes lo que eso supone: volver a caer rendido a mis pies, como ya he conseguido otras veces.

—No me retes, y he dicho que te vayas, maldita sea.

—Te arrepentirás.

Una vez dentro del elevador, éste se cierra y se pone en marcha. Lo observo mientras subo y a través de los cristales distingo cómo me alejo de él. Nacho no me escolta con la mirada, sino que se vuelve y da un puñetazo a la pared que tiene detrás, frustrado.

Seguidamente se dirige hacia la entrada del hotel.

Cuando llego a la puerta de la *suite* que ocupo, está esperándome con la mandíbula desencajada. Las rodillas casi se me doblan por la impresión al descubrir a este nuevo Nacho. Me va a dar algo. Tiene la respiración entrecortada y la tarjeta de mi habitación en una mano; la está introduciendo en la ranura de ésta. Una vez que consigue abrir, entra y se echa a un lado, cediéndome irónicamente el paso hasta que yo también estoy dentro. Cierra y se acerca poco a poco, propiciando que me sacuda de pies a cabeza

—Lo siento, pelirroja. Lo has pedido a gritos.

No le respondo, no puedo.

Me acorrala en la entrada y, sin esperarlo, me embiste con su pelvis, arrancándome un gemido. Su fortaleza me domina, su posesión me atrapa y mis sentidos se rinden cuando al fin, y tras rozarla antes levemente, aplasta su boca

contra la mía.

Ya no soy capaz de pensar en otra cosa que beber los gruñidos que brotan de su garganta y perderme en el sabor tan excitante de sus labios. Deseo disfrutar de la sensación de volver a sentirlo tan entregado, desesperado y ardiente por mí.

Me aprieto contra su cuerpo y hundo los dedos en su pelo. Su lengua me busca, se enreda con la mía y me devora hasta que casi no puedo respirar. Yo no soy menos exigente: lo muerdo, arrastrando mi boca por la comisura de la suya con la necesidad de volverlo loco, provocándolo.

Puedo sentir cómo intenta controlarse, a pesar de acariciar con violencia mi espalda desnuda. Percibo que le gustaría despojarme de mis prendas con la misma urgencia que yo de las suyas. Admito que me muero por besar cada uno de los tatuajes que adornan su piel, y acariciarlos hasta que perdamos la razón.

—¿Qué estamos haciendo, Nacho? —Poso la palma de la mano en su pecho, emitiendo un quejido ante el contacto que nos hace sacudirnos a ambos —. No tiene sentido volver a caer otra vez, pero no sé cómo evitarlo.

—No lo intentes —ordena, y tira de mi cabello hacia atrás.

—Y, d-después, ¿qué?

Me acuna el rostro, lamiéndose el maquillaje que me ha robado con su ferocidad.

—No te preocupes, pelirroja, se te da bien olvidar.

6. Nuestro antiguo pacto

Allí me encontraba, sin faltar a la cita, cabalgando sobre él con soltura, ya que sabía que a muchos hombres ese movimiento de caderas los hacía perder la cabeza...

Me mordía el labio, con los ojos entrecerrados, y me tocaba a mí misma; acariciaba mis redondos pechos al mismo tiempo que él introducía los dedos en mi interior. Estaba empapada, excitada, y Nacho demostraba ser insaciable. Era la segunda vez que me follaba esa noche y, siendo sincera, seguía deseando más.

—Joder —gemí y rodé al colchón en cuanto nos corrimos—. Madre mía, qué calor. Necesito una ducha urgente.

—Al final del pasillo tienes una.

—¿Qué? —Negué horrorizada—. No me quedo ni de coña.

—Nadie te ha pedido lo contrario.

—Mira, vamos a dejar algo claro...

—Chis. —Me cubrió con su cuerpo, a lo que respondí tensándome, desconfiada; tanto que le rehuí la mirada—. Quiero que vengas aquí cada vez que necesites echar un polvo; sin complicaciones ni ataduras, como has mencionado antes.

—No sé si es buena idea...

—¿Por qué? —me retó, arrancándome una sonrisa. Me gustaba su juego—. ¿Te da miedo algo?

—No conozco esa palabra. De acuerdo, acepto el trato, pero nada de exclusividad. No me gusta sentirme atada. Vendré cuando me apetezca y tú me llamarás cuando te dé la gana, pero siendo igual de libres, sin darnos explicaciones.

—Ya te dije que no espero otra cosa... aunque intenta desahogarte conmigo.

—¿Por qué? —No me gustó su última frase. Me sonó a orden—. Escúchame...

—Porque la necesidad será mayor, no hay más misterio.

—Ah... Entonces ya veremos; igual nos cansamos del otro en el próximo encuentro.

—Lo dudo —masculló, lamiéndome los labios. Jadeé, aferrándolo por la nuca, calentándolo—. Todavía nos queda mucho por compartir.

—De este modo... puede que sí.

Solté una carcajada y me escapé de sus brazos con una desenvoltura que lo confundió. Salí corriendo hacia el baño, riéndome de su desconcierto. Una vez allí, me miré en el espejo y me avergoncé del cabello tan desordenado que me había quedado tras el sexo. Empecé a desenredármelo con los dedos, tarareando una canción y bailando desnuda como si realmente estuviera escuchando música. Era algo que hacía en casa.

En una de éstas intuí que Nacho se hallaba en la puerta, observándome en silencio. ¿Por qué? Me desconcertaba...

A su lado experimentaba sensaciones desconocidas. Con dos encuentros y algunas charlas subidas de tono durante toda la semana, de madrugada, ya me tenía enganchada sexualmente. Y, para ser franca, las aventuras a largo plazo me producían un poco de vértigo. Aunque disfrutaría de una gran ventaja: de ese modo no tendría que buscar a nadie más, sobre todo cuando con Nacho quedaba completamente satisfecha.

—Oye —me llamó.

—Ah, hola... ¿vienes a enjabonarme?

—Todos esos champús huelen a hombre —me recordó, señalándolos.

—Mmm, oler a ti no estará mal. Me gusta.

Mi respuesta pareció complacerle. ¡Hombres!

—¿Vendrás mañana, pelirroja?

—¿Por qué me llamas así? —protesté divertida y le mostré cómo el agua se deslizaba por mi piel—. Aunque, la verdad, no suena mal. ¿Sabes? No sé qué me pasa contigo, pero tengo la sensación... como si nos conociéramos desde hace mucho.

—A veces dos personas conectan sin más.

—En la cama —recalqué como si me viera en la obligación de hacerlo—. ¿Vienes o no? Me marcho en un rato.

—¿Te pasarás por el bar mañana?

—Vaya, que insistente. Igual voy a tomarme unas copas con mis amigas, sí.

—¿No te importará que te vean con un camarero?

—¿Por qué tendría que importarme? —Me encogí de hombros—. No todo el mundo tiene las mismas oportunidades en la vida. Y para echar un polvo no suelo pedir que tengan un máster; no, de momento. Yo también soy una *simple*

secretaria. ¿Y a ti te parece respetable mi puesto de trabajo?

—Por supuesto, y tienes razón: tuve que dejar de estudiar desde muy pequeño para ayudar en casa. Pero aspiro a mucho más, a ser mi propio jefe; quizá no un gran empresario de los que a veces os vuelven locas por eso del morbo de topar con un tío millonario, guapo y potente en la cama. Es ésa la combinación, ¿no?

—Pues no lo sé... No tengo prototipos ni preferencias. Pero, si te sirve de consuelo, sólo te falta lo primero, porque de lo segundo y de lo tercero vas sobrado...

—Esa frase me ha gustado demasiado.

Le di la espalda, sonriendo. Me eché gel en la palma de una mano y, mirándolo por encima del hombro, empecé a extenderlo por mi cuerpo. Me divertía torturarlo y a él le fascinaba que lo hiciera.

Lo descifré en su mirada.

7. No me llames así

«No te preocupes, pelirroja, se te da bien olvidar.»

Su frase duele como las caricias que emprende por mi erizada piel, pero me niego a decirle que no tiene ni puta idea de lo que siento o sentí. No cuando lo único que necesito es tenerlo.

Esta noche mi cuerpo pide reclamarlo con la intensidad de antaño, enloquecerlo hasta que entienda que, pese a creer lo contrario, ninguna otra mujer hasta ahora se ha entregado en la cama como yo, que vea que soy única.

—Háblame, como antes, como siempre; no estés tan callada.

—No sé qué decir...

—Entonces grita, gime, demuéstreme que sabes que estás conmigo y no con otro de tus amiguitos.

Se me escapa una risita tonta, pero la carcajada pronto se convierte en un quejido de dolor. Nacho me empotra contra la pared, mete las rodillas entre mis piernas y empieza a despojarse de mi vestido sin tacto alguno. No llevo sujetador y los pezones se me endurecen con sólo imaginar lo que vendrá a continuación.

Sin embargo, éste no es el trato que busco ni espero.

—N-Nacho...

—Dime, joder.

Intentando escapar de sus lamidas, bocados y besos, cometo el error de mirarlo a los ojos, arrinconando en seguida el reproche que estaba a punto de hacerle. Simplemente con una mirada consigue que mi hambre sea tan desmedida como la suya.

Hambre de esos labios húmedos y violentos.

De esas manos que me desnudan sin compasión.

De esa pasión que no he sentido en otros brazos.

—Te he echado de menos —susurro, rendida ante su juego de seducción. Entonces, consciente de mi error, añado—, en el sexo.

—Lo sé.

Su boca desciende por mi mandíbula, el cuello, la clavícula. El vestido cae a la orilla de mis pies. «Madre mía.» Aguanto la respiración cuando llega a mis pechos ya desnudos.

Nacho los contempla, apretando los puños cerca de éstos.

El tiempo se congela hasta que la situación lo supera y abarca con sus dientes mi pezón izquierdo. Dios, echo la cabeza hacia atrás, controlando el impulso de confesarle más de lo que debo, pues la emoción me embarga como jamás imaginé.

—Tócate —ordena, chupando y lamiéndome los senos—. Hazlo.

Resbalo con lentitud la palma de la mano y hago una pausa donde empieza el triángulo de mi intimidad. Mantengo los ojos cerrados cuando me acaricio con el dedo corazón el clítoris, dibujando círculos ficticios en éste.

La tortura aumenta.

No puedo evitar gemir sabiendo que quien gruñe y goza conmigo no es otro que Nacho, mi fiel camarero. Hacía más de diez meses que estas sensaciones tan fuertes no me sobrecogían. El mismo tiempo que ha transcurrido desde que él se marchó.

—Me estás volviendo loco, Marta.

Freno las caricias, contrariada por su forma de dirigirse a mí. Aun así, mantengo el tipo. El orgullo no me permite mostrar vulnerabilidad, pero, como de costumbre, no sé controlar mi carácter, ni mi impulsiva lengua.

—No me llames así —susurro, rabiosa. Lo deletrea de nuevo, repetidas veces, y termino empujándolo—. Odio que me trates como a una desconocida.

—Basta, Marta. No seas la caprichosa de siempre.

—¡Que dejes de llamarme Marta! —Intenta tocarme. Lo evito caminando hacia la cama—. Para ti soy pelirroja o pequeña.

—Y la misma niñata de antes. ¿Me puedes explicar a qué cojones viene esto?

Me paro frente a la cama y examino mi cuerpo.

Las marcas en mis pechos me recuerdan su pasión de segundos atrás... pero no es suficiente, no conociéndolo. Estoy en braguitas y con los tacones aún puestos. ¿Desde cuándo es capaz de controlarse tanto? Jamás supo hacerlo. No conmigo.

—¿Qué es lo que te pasa? —Me besa el hombro. Me encojo—. Dímelo.

—Has reconocido querer follarme, a mí, tu pelirroja, hasta quedarte sin aliento; entonces, ¿a qué viene meterte conmigo?

—No cambias, pequeña. —Chasquea la lengua—. Siempre pidiendo más de lo que se te ofrece.

—Estás inventando excusas para no...

—¿Esto es lo que quieres? —Me gira hacia él repentinamente y señala su abultado miembro—. Ya me tienes duro. ¿Qué más necesitas? Vamos, Marta, pide por esa boquita.

—*Que-no-me-llames-así.*

—¿O qué, Marta?

Nos desafiamos en silencio, con la mirada.

—Ven aquí, pequeña.

Nacho sonrío con burla, atrayéndome hacia él. No me controlo; le quito la chaqueta y, desesperada, me desprendo de su camiseta. Oigo cómo se le acelera la respiración. Percibo la tensión en su mandíbula apretada, sintiéndome triunfadora de esta primera batalla de una guerra que sé que ganaré.

Marta 1 - Nacho 0.

—Madre mía... —jadeo.

Toda su piel tintada finalmente queda expuesta.

Y descubro que ahora, tocarlo, incluso me da miedo.

—¿P-por qué tantos tatuajes?

—Una frase y vivencias que me han marcado estos meses, nada importante —confiesa agarrotado—. Otro día te las cuento.

Abro la palma de la mano y rozo levemente esos dibujos tan novedosos para mí, también las palabras en una lengua que no entiendo. Lo rodeo lentamente y deslizo los dedos por los que le cubren la espalda, al tiempo que abandono sensuales besos por su nuca, abrazándolo desde atrás.

Huele a él, a esa esencia que sin motivo memoricé en cuanto fui consciente de que no volveríamos a vernos.

—Marta —me advierte.

—No me llames así, por favor. —Lo estrecho con fuerza, descansando la mejilla en su erizada piel. Con mis brazos envuelvo su pecho, sintiendo el desbocado latido de su corazón—. Extraño tus apelativos cariñosos en la intimidad.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—No has dado señales de vida hasta ahora y me rechazaste hace unos días, en Madrid, cuando en realidad deseabas lo contrario.

—¿Quieres saber el motivo?

—Ya no.

—¡Nacho!

En un abrir y cerrar de ojos, me encuentro encima de la cama, bocarriba, con él colándose entre mis muslos. Se inclina sobre mí y me besa con posesión, descontrol, llevándose mi labio entre sus dientes cada vez que lo reto con una nueva mordida, a la vez que se fricciona más conmigo a medida que siento cómo lo recibo.

—Quítate el pantalón —le imploro sin voz.

—Quítamelo tú.

Se arrodilla y, con las manos temblándome como si fuera mi primera vez, hago justo lo que pide. Su exigente mirada persigue cada uno de mis movimientos hasta que finalmente consigo bajarle unos centímetros la gruesa tela.

Nacho se incorpora y se libra del resto, también del bóxer. En seguida me inquieto en la cama, observando su erección... recordando la sensación de tenerlo en mi interior.

—¿Sigues tomando la píldora?

—Sí... pero desde que, bueno, te fuiste, siempre utilizo además otro tipo de protección.

—¿No confías en mí?

Me quita un zapato de tacón y va a por el siguiente, con expresión mordaz.

—Yo también me he cuidado con otras, pelirroja. No hay nada que temer. Todo sigue en orden. Eres la única con la que tengo esa necesidad de sentir piel con piel, de estar dentro sin barreras.

Pese a la tensión, sonrío. Marta 2 - Nacho 0.

Él me contempla de pies a cabeza, pensativo. Estiro la mano en su dirección para que se acerque. Entonces la contención queda en un segundo plano. Simplemente nos dejamos llevar.

Somos él y yo, Nacho y Marta.

Nada parece haber cambiado.

—Esto nos sobra —masculla, arrancándome un jadeo.

Se libera de mi braguita y, con un fuerte y duro impulso, lo siento dentro, muy dentro de mí. El placer es tan elevado como el grito que ambos, y a la vez, emitimos como dos animales heridos.

Nuestros cuerpos se mueven al mismo compás, encajando y formando uno

solo. Aun así, no tengo suficiente, me muero por acariciarlo, pero, antes de poder acceder a él, me encarcela con sus manos y afianza las cuatro encima de mi cabeza, limitándome en todos los sentidos.

—Nacho...

—Chis.

Asiente embistiéndome tantas veces como es posible. Sus labios reclaman de nuevo los míos con necesidad, dureza. El sudor nos baña, pero nada importa. Mis paredes vaginales se contraen, recibéndolo con calidez, humedad. Insisto en querer tocarlo.

Nacho me lo prohíbe, penetrándome cada vez más rápido. Entra y sale sin pausa. Nuestros cuerpos se mantienen tan ceñidos que el roce de su marcado pecho contra mis senos no cesa, encendiéndonos más si cabe por el morbo que nos envuelve.

—Rodéame, pequeña.

Rompe mis esquemas al llamarme así, confundiéndome con su repentina ternura. Y tengo la certeza de que mentía cuando ha intentado hacerse el duro.

No sé por qué quiero creerlo, sólo sé que necesito hacerlo.

La complicidad sigue estando presente, la burbuja que nos aislaba tampoco se ha roto ni ha desaparecido. Por eso, satisfecha al descubrirlo, me arqueo sin dejar de cederle mi boca y lo envuelvo hasta abrazarlo con las piernas por completo.

—N-no puedo más.

—Pues vamos, córrete para mí, pelirroja.

Me dejo ir rozando nuestros labios antes de que se retire al profundizar con un rudo y último empujón. Busca mi rostro, las muecas que no sé controlar debido a lo que estoy viviendo.

Los temblores se adueñan de mí. Sin embargo, cada uno de mis sentidos es para él, maravillada por lo que he sido capaz de hacerle sentir. Nacho se sacude, vaciándose en mi interior.

Con los espasmos del final, cae agotado contra mi cuello, liberando nuestros dedos, que hasta este momento se han mantenido entrelazados. No sé qué sucede, pero una congoja desconocida para mí me hace su prisionera. No sé cómo definir el miedo que me produce no volver a sentirme justo como ahora, tan plena.

Ese poder sobre mí, el efecto que me produce, sólo lo ha conseguido Nacho Rivas.

—¿Te vas a quedar esta noche? —pregunto, acariciándole el cabello, temblando tanto como él—. ¿Lo harás?

—No lo creo.

—Sigue siendo mi cumpleaños y ni siquiera he cenado.

—¿Estás intentando retenerme?

Levanta la cabeza y me mira. Sus ojos claros están más bonitos aún tras el sexo. Su carnosa boca, enrojecida, me produce unas terribles ganas de volver a besarlo. Pero sé que he de controlarme.

—Olaia me ha dejado tirada... —Hago un puchero para convencerlo—. Y me debes una.

—¿Por qué?

—Te has colado en mi habitación sin pedirme permiso.

—Tengo contactos en este hotel y me han hecho el favor, confiando en mi palabra acerca de que aceptarías verme... y no me equivocaba; que estemos aquí desnudos y sudorosos me parece suficiente consentimiento.

—¿Te quedas o no? —insisto. Con un suspiro, le beso la nariz—. Quiero más.

—No lo dudaba.

Las alarmas se encienden en mi cabeza cuando, a pesar de mostrarse complacido tras mi confesión, se incorpora de un salto y coge su pantalón del suelo para cubrir su desnudez.

—Sólo voy a pedir que te sirvan la cena, son las diez y media.

Me guiña un ojo y yo, sin fuerza y más relajada, me acurruco de lado en la cama. La imagen de él, ahora, es algo que no olvidaré.

—Pareces hasta tierna así.

—Lo soy, idiota.

—No tengo el placer de conocer esa parte de ti.

Cierro los ojos sin prestar atención a su reproche. ¿Qué más va a echarme en cara?

Es cierto que estoy demasiado cómoda con él, pero, a lo largo de las horas y como otras veces, necesitaré libertad, espacio, y esta pasajera melancolía que me impulsa a estar más ñoña me abandonará como ya lo hizo una vez.

* * *

—Pelirroja, despierta.

Me incorporo sobresaltada, también un poco desorientada, sospechando que todo haya sido un maldito sueño, hasta que localizo a Nacho sentado a mi lado en la cama y, sobre ésta, bandejas con la cena.

Champán, chocolate, frutas y ensalada de pasta.

A pesar de que el estómago me ruge ansioso, mi mirada se queda clavada en él, que se halla sin camisa, con el pelo mojado y una toalla blanca envolviendo su sexy cadera.

—No me puedo creer que me haya quedado dormida —susurro, estirándome.

—Han sido sólo veinte minutos. ¿Estás bien?

—Pues claro, vaya pregunta.

—Parecías inquieta durante la pequeña siesta.

Me encojo de hombros.

Conociéndome, habré soñado con castillos de princesas y cuentos de hadas de esos que me producen alergia. Últimamente es una pesadilla muy recurrente en mí.

—Me he dado una ducha, espero que no te importe —dice sirviéndome champán mientras picoteo de la ensalada; riquísima, por cierto—. ¿Todo a tu gusto?

—Mmm, sí. ¿Quieres probarla?

—No, gracias.

—Te encantará, ya verás.

De rodillas, me acerco y le ofrezco con el tenedor en alto un poco de la deliciosa pasta. Nacho me contempla, aceptando mi ofrecimiento al tiempo que me acaricia la pierna derecha. Las cosquillas se extienden por todo mi ser. El tacto de sus manos siempre me ha causado mil y una sensaciones.

—¿En qué piensas? —musito preocupada—. Estás muy ausente.

—En nada importante. Admito que verte desnuda no ayuda.

—¿A qué? —lo provoco pestañeando y bebo un sorbo de champán—. ¿En qué sentido no ayuda?

—A tener la cabeza despejada.

—Ya... —murmuro con desgana.

—No te gusta nada que estemos aquí y así, ¿verdad?

No respondo.

—Te conozco, Marta. Apuesto a que no entiendes que estemos comiendo sin más cuando podríamos estar follando sin parar, como hacíamos antes. Sobre

todo ahora que, en teoría, las ganas, tras meses sin tocarnos, tendrían que ser mayores, ¿no?

Dejo de lado las bandejas y bajo la mirada.

No quiero que saque conclusiones erróneas.

—Si mencionas las palabras *en teoría*, me queda clara la respuesta. Pero eso era de esperar, no somos nada del otro.

—Lo sé, pero sigues sin llevar bien el hecho de no controlar la situación. Te tenía mal acostumbrada.

Con un dedo, me alza el mentón y me exige que lo mire a la cara.

—Quizá yo también necesito que seas la chica impaciente que conocí, la misma que tomaba la iniciativa y que no se intimidaba ante nada ni con nadie.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—No, pero esta vez buscamos lo mismo: una relación esporádica, sin condiciones ni ataduras, y me niego a ser yo quien tenga que ceder ante ti como otras tantas veces para que tu ego se multiplique. Quiero lo mismo que estoy dispuesto a dar.

—Que difícil me lo pones. —Me muerdo el labio inferior—. ¿Qué pretendes, Nacho?

—Nada, Marta.

—Deja de hacer el gilipollas llamándome así.

—¿Te has cambiado el nombre? —se burla y me atrae hacia él—. Déjame averiguarlo... tienes cara de Manolo.

—¡Qué tonto! —Se me escapa una carcajada—. Te gusta picarme, ¿eh?

—No sabes hasta qué punto, Martita.

Resoplando, me acerco y me siento a horcajadas sobre sus piernas. Nacho me rodea con sus enormes manos, abrazándome, o más bien apretándome, por la espalda. Al tenerlo de frente no puedo evitar acariciar sus misteriosas facciones.

Él cierra los ojos mientras hago el recorrido con la yema de mis dedos. La sensación es grandiosa. Nunca hemos estado así.

—Te quiero sentir otra vez. —Es más una súplica que una petición—. Por cierto... gracias por formar parte de un cumpleaños muy especial. Uno de los mejores de mi vida.

—¿Por qué? —demanda y me vuelve a tirar del cabello hacia atrás, evitando que siga tocándolo con tanta ternura, esa que dice no conocer de mí.

—¿Qué más da? —contraataco, meciéndome. La dureza a través de la toalla es tan potente como la atracción entre ambos—. Se me da bien olvidar,

¿recuerdas?

Enfurecido, se apodera de mi boca, deshaciéndose de esa tela que nos separa. Un segundo después introduce su miembro en mi interior y me folla sin paciencia, manejándome a su antojo, impulsándome para levantarme y caer entre gritos de placer, dolor... esa mezcla excitante a la que no quiero renunciar. Me obliga a que lo envuelva con todas las partes de mi cuerpo, instándome a mover la cadera en círculos hasta que nos corremos a la vez.

Al acabar, sigo apoyada en su frente, donde he estado mientras me empalaba sin descanso. Quedo satisfecha, confusa y débil tras el segundo orgasmo de la noche.

—¿Cansada, pelirroja?

—Sí...

—Pues aún no he acabado. Contigo me convierto en una persona insaciable.

—Sabes que me gusta oírlo —musito, aferrándolo del rostro.

—Eres así de caprichosa y ególatra.

Me empuja suavemente hacia atrás.

Yo me dejo hacer, no tengo fuerza después de lo sucedido hace escasos minutos. Las sábanas, llenas de champán, de chocolate y restos de comida, dan fe de que no exagero. Las bandejas por el suelo son otro detalle más, así como nuestros pegajosos cuerpos, y no sólo por el sudor, sino por el caos que nos rodea tras habernos dejado arrastrar por la pasión. Según me embestía, mis cabalgadas han ido aumentando y el resultado es evidente.

—¿Q-qué haces, Nacho?

—Complacerte, pelirroja. Y saciarme hasta que no pueda más.

Sin respiración, bajo la mirada hacia él, que recorre con su lengua la zona de mi ombligo. La bordea con sensualidad, erotismo. Me aferro a las sábanas curvándome a media que va descendiendo y voy sintiendo su aliento cerca de mi intimidad.

—Yo también he echado de menos esto —confiesa y, antes de que pueda responderle, lame y chupa desesperado el centro de mi placer—. Maldita seas, Marta.

—N-no te detengas, por favor.

Me arqueo y levanto la pelvis, ofreciéndome como sé que él está deseando. Sus dedos se unen al juego de su lengua y no tienen compasión de mí. Entran y salen al mismo tiempo, profundizando hasta dejarme sin respiración. El calor se

vuelve insoportable; el olor a sexo impregnado en toda la habitación me excita, recordándome lo que hemos compartido, provocando que, después de escasos minutos, no soporte la tensión y libere mi esencia en su boca. Reconozco que he anhelado hasta la saciedad su forma de satisfacerme. Incluso he despertado empapada y a punto del orgasmo en medio de la noche tras soñarlo.

Son confesiones que no me atrevo a pronunciar, aun reviviéndolas. Nacho Rivas dejó huella y ahora, tras compartir tanta intimidad, no sé cómo actuar para no delatar mi estado.

—¿T-te quedarías a ver el amanecer como hacíamos a veces? —pregunto, más frágil de lo que jamás he estado. Nacho sonrío desde abajo—. ¿Q-qué?

—¿Es todo lo que tienes que decir después de esto?

Se arrastra por mi cuerpo hasta que lo cubre de nuevo con el suyo y me da a probar con brutalidad su boca. Sé que es puro morbo para que paladee mi propio sabor, ese que ha barrido con su lengua sin piedad alguna mientras me retorció con su cabeza entre mis temblorosas piernas.

—Te lo repito, ¿esto es todo lo que me vas a decir?

—Que te quedes es lo único que necesito.

—¿Por qué? —demanda más tenso. Le rehúyo la mirada—. Marta, habla.

—No lo sé...

Odio admitir lo confundida que me siento.

Me halaga que se haya comportado justo como el animal hambriento que anhelaba, pero a la vez me da miedo que esto nos lleve de vuelta al error que cometimos en el pasado.

En el que él se enganchó más de lo que debió.

Estoy hecha un mar de dudas. ¿¡Cómo comportarme entonces!? La verdad es que no quiero que se vaya.

Me muero por pasar la noche entera con él.

—Ven, vamos a darnos una ducha. —Es Nacho quien decide romper el silencio, yo soy incapaz. Temo lo que pueda decir sin pensar—. Y luego ya veremos si me quedo hasta que lleguen esos primeros rayos de sol que tanto te apasionaba ver.

—Nacho...

—Basta, Marta. Nunca nos hemos tenido que dar explicaciones y ahora menos... aunque yo me ofrecí libremente en dártelas.

—Lo sé, no es preciso estar recordándolo continuamente.

Me coge en brazos y me lleva hasta la moderna ducha que nos permite ver

el resto de la habitación, si se le puede llamar así...

Es vergonzoso cómo la hemos dejado.

—Ahora recogemos un poco para disimular —bromea, quitando tensión al extraño malestar que se ha instalado entre nosotros—. ¿Agua fría o caliente?

—Como prefieras.

—Entonces caliente. Como yo. No puedo parar.

—Estás zumbado.

—Por ti, pelirroja. —Mi pulso se acelera—. ¿No es lo que te satisface escuchar?

—Sólo si es cierto.

—Tendrás que descubrirlo.

Abre el grifo, me agarra por detrás para que nos mojemos a la vez y terminamos riendo, cómplices, como si se tratara de una pareja que se acaba de reencontrar. Las palabras vuelven a sobrar... Me doy la vuelta, echo mi gel favorito en las palmas de mis manos, el de vainilla, y me arrimo para enjabonarlo. Nacho no se lo espera, pero tampoco se opone cuando, coqueta, las deslizo por su piel.

—Estás más moreno...

—Y guapo, admítelo.

—También...

Me arrodillo y miro hacia arriba, cubriéndolo despacio de jabón.

—Marta, me vas a volver loco.

—No me llames así —le recuerdo, y agarro su virilidad entre los dedos, rozándola luego con los labios—. Madre mía, Nacho...

—Maldita sea, abre la boca. No lo soporto más.

Me incita agarrándome por el cabello, mordiéndose el labio inferior en señal de contención. No lo hago esperar más y abarco su miembro con mi osada boca. Chupo y lamo sin control la humedad que desprende su excitada hombría.

—¿Te vas a quedar? —insisto, atormentada porque no sea así.

—Sí, Marta, sí.

Marta 3 - Nacho 0.

Mueve las caderas obligándome a callar, prohibiéndome que confiese que sí, que ha sido uno de los mejores cumpleaños gracias a él. Y que el más especial fue el anterior... porque él, Nacho Rivas, fue el culpable de que fuera inolvidable.

8. A veces no es sólo sexo...

Contra todo pronóstico, los encuentros se alargaron en el tiempo. Ya hacía cinco meses desde que aquel rollo pasajero había empezado y, a pesar de haber marcado unos límites, él los estaba sobrepasando. Era sábado, casi amanecía y el teléfono no dejaba de sonar. No le respondí. ¡Era un pesado!

Solía repetir que le costaba entender lo fría que era fuera de la cama, la distancia que marcaba en cuanto a los sentimientos, que parecía no sentir nada más allá del sexo y del placer.

¿Y qué tenía eso de malo?

Después de tantos meses manteniendo relaciones, Nacho aseguraba que era inevitable que un vínculo naciera entre ambos, pero yo era ambigua; lejos de hacerle saber que no me veía con nadie más, me encantaba ponerlo celoso, aunque él fingiera que nada le afectaba. Además, no mostraba preocupación si la situación era al revés, ¿¡para qué!?. Si le apetecía estar con otras... allá él...

A las once menos un minuto, según marcaba mi reloj, decidí responderle.

No se daba por vencido.

—Dime —contesté adormilada.

—¿Te pasas por aquí y comemos juntos?

—¿Qué? —Hice una pausa y añadí—: Ya sabes que no.

—Sé hacer una carne con la que te chuparás los dedos.

—Nacho...

—Somos amigos, ¿por qué no podemos quedar para almorzar?

—No sé... La idea no me mola mucho, la verdad. Y no quiero que parezca que estamos dando un paso más. Qué pensarían...

—Diles que vas a correr —me interrumpió, consciente de que me refería a Silvia y Carolina. Me preocupaba qué dirían si no me comportaba distante con él del mismo modo que siempre lo había hecho con el resto de mis líos temporales —, o que te apetece dar un paseo sola. No sé, invéntate algo, pero ven. Me apetece verte.

—¿No se lo contarás a nadie?

—A nadie, ni cuando coincida con ellas en el bar.

Era así de complaciente y yo, de cabezona...

Solía salirme con la mía ; en realidad, continuamente.

—Te espero a las dos, pelirroja.

—Está bien... pero más te vale que esa carne esté buena.

—Nunca dudes de mi palabra, Marta, nunca.

—Oh, qué profundo —me burlé bostezando.

—Pues todavía no conoces esa parte de mi personalidad.

—Nacho...

Cortó antes de que pudiera responderle. «Chico listo.»

Desvelada por completo, me levanté, me lavé la cara y los dientes y fui hacia la cocina. Allí desayunaban juntas Silvia y Carol, que hablaban del monotema últimamente en casa, Alexander Muñoz...

Menudo aburrimiento.

—Buenos días, ¿no? —me regañó en broma Silvia.

—Buenos... ¿Hay café?

—Claro, ¿y esa cara? —inquirió Carolina—. ¿Has dormido mal?

—Algo así... Creo que me iré a correr un rato antes de comer.

Les di la espalda y me preparé un capuchino bien cargado.

¡Falta me hacía!

—Uh, qué rara estás tú —insistió Silvia—. No tendrá que ver con Nacho...

—No empecéis, que os conozco.

Pero lo hicieron. Se burlaron mientras me tomaba, inquieta, el puto café. ¿Qué les pasaba? ¿Cuándo iban a entender que los cuentos de hadas con finales felices no existían y que, además, me producía rechazo el hecho de pensar en una historia tan ñoña como ésas? A cuál más tonta de las dos... No aprendían, no.

—Ay, Martita, a veces no es sólo sexo.

—Imagino que hablas de lo tuyo con Álex —protesté a la defensiva.

—Claro... claro...

Las dos soltaron una carcajada, mofándose de mí.

¡Serían estúpidas!

9. Nada ha cambiado

Me muevo un poco hacia la izquierda, incómoda por la dureza del colchón; recordaba la cama más confortable. ¿Y esta claridad? Apunta directamente a mis ojos e, incluso teniéndolos cerrados, me molesta... Los abro brevemente.

La luz que percibo es el sol y casi se podría decir que el causante de que me haya despertado. Me encuentro en la tumbona de la terraza, cubierta con la delicada sábana de seda roja del hotel.

Me incorporo en seguida y miro a mi alrededor; Nacho no está. Eran las cinco y media de la mañana cuando decidimos salir a contemplar el amanecer, como habíamos hecho en otras ocasiones. Hecho que nadie conoce. Es el último recuerdo que tengo, ambos acurrucados mientras el silencio nos acompañaba.

—Nacho, Nacho... huyendo antes de tiempo, como hacía yo.

Compruebo si se ha llevado su camisa y sonrío al vérmela aún puesta. La huelo, reviviendo cada escena de horas atrás.

Echaba de menos ese olor, su pasión y entrega.

«Bah, Marta, no seas imbécil. A otra cosa, mariposa.»

Entro en la habitación, sorprendiéndome por lo recogida que está. Por supuesto, otro detalle de Nacho. ¡Es un mentiroso! Después de lo de anoche, no puede negar que lo sigo teniendo a mis pies. Su comportamiento no varió más y se comportó como el chico que conocí en Madrid... aunque más maduro; entonces tenía veintiocho años, ahora está a punto de cumplir treinta y uno.

El tiempo ha transcurrido tan rápido... Estuvimos un año y tres meses *juntos*. Han pasado diez meses desde que estamos *separados*, pero nada ha cambiado. Conectamos más allá de la piel, ya lo dijo él una vez.

Me dejo caer en la cama, bocabajo, y cojo el móvil. Joder, qué empanada tengo. Y es que apenas son las nueve de la mañana. Ignoro todos los wasaps del día anterior y entro en el grupo donde además de las mosqueteras también está Olaia.

¡Van a flipar!

Marta: ¿Hay alguna traidora por aquí? Me voy a dormir un rato, que apenas he pegado ojo... Me he conectado por si tenéis algo que decirme. No sé, ¿unas disculpas? Tú incluida, Olaia, que aún podría estar esperándote. Supongo que Carol y Silvia conocen el motivo de tu repentina ausencia anoche, ¿me equivoco?

Silvia: ¡Presente! Estoy intentando dormir a la peque. Álex se está duchando para espabilarse, aquí todavía es de madrugada. Ejem... ¿lo siento? Aunque, según las últimas noticias, tendrías que estarnos agradecida.

Marta: ¿Y cuáles son esas noticias, según vosotras? Dale besos a Alexia. También a Alexander. Para ti, ninguno.

Silvia: Mala amiga, acabas de romper mi feliz corazón. A ver, la rubia y yo últimamente te estábamos notando muy decaída y ya, para colmo, te encontraste con Nacho en Madrid. Estabas extraña, Marta. Ambas pensamos que ahí te diste cuenta de cosas que igual, teniéndolo tan lejos, no admitías. Por otro lado, mi hermana también estaba mal, así que conspiramos para llevar a cabo este ¿maligno plan?

Marta: Pues os equivocasteis. Sí, quizá he estado más agobiada por el trabajo y porque me siento un poco sola... No sé, os echo de menos. Tú estás lejos y Carol se pasa veintidós horas al día de veinticuatro con Héctor...

Silvia: Entonces me estás dando la razón, peque. No te hemos dejado de lado y jamás pienses que así ha sido. Ya sabes lo que he vivido con Álex y necesitábamos disfrutar de este vínculo tan especial los tres. Perdóname.

Marta: ¡Pero si yo me alegro! No seas tonta y aún menos te disculpes por centrarte en tu familia. Sólo es que, ¡no sé!, es el verano, que me pone un poco estúpida. No me hagáis caso. ¿Qué tal todo?

Carol: ¡Hola! Por aquí, trabajando ya. Joder, Marta, te leo y me siento culpable por estar tan desaparecida. Prometo recompensarte en cuanto vuelvas. Cuéntanos a qué se debe que no hayas pegado ojo.

Marta: Apuesto a que ya lo sabéis...

Carol: Pero queremos detalles.

Olaia: Hola, gracias por la parte que me toca, ¿eh? ¿Sola? Me tienes a mí de algún modo, pero, captado, soy invisible para ti. En fin... me he asomado esta mañana a la terraza y seguías dormida, así que he bajado a desayunar. Por cierto, anoche también eché un vistazo. ¡Estaban mirando al

cielo! Más monos, los dos abrazados.

Silvia: ¡No te creo! A ella no le ha ido nunca ese rollo romántico. ¡Cuéntalo tú, Marta! Lo último que supimos es que subisteis juntos al hotel. El resto lo podemos intuir. Vamos, desahógate. Hasta Álex está intrigado.

Álex... Si ella supiera que la conversación con su marido fue crucial para que yo tomara ciertas decisiones. Pero a éste le pedí que no se lo contara. No quería que mi amiga descubriera esa parte de mi personalidad que suelo ocultar.

Aunque sé que, a pesar de todo, la intuye. Alexander Muñoz la captó aquella noche en la que desnudó su alma conmigo cuando pasaban su peor crisis y estaba destrozado.

«Acéptame un consejo: no vayas de dura por la vida y, si en algún momento dudas sobre tus sentimientos hacia otra persona, házselo saber. Supongo que ya me entiendes. Nacho no se lo merece y tú podrías darte una oportunidad con él... esa que Silvia no ha valorado conmigo por su inmadurez. No caigas en el mismo error. Aprende del suyo.»

Sus palabras aún retumban en mi cabeza. ¿Y qué hice? Liberar a Nacho de mí. Me prohibí hacerle daño.

Yo no era lo que él necesitaba en su vida, estabilidad.

Carol: ¿Marta?

Olaia: Borde, ¿dónde estás?

Silvia: Peque, ¿todo bien?

Marta: Sí, estaba haciendo pis... Pasó lo que tenía que pasar. Nos enrollamos y poco más. A Nacho le apetecía ver el amanecer mientras nos tomábamos unas copas y nos fumábamos unos cigarrillos y, bueno, lo complací.

Olaia: ¿A Nacho? Mmm... eso no fue lo que yo oí.

Marta: Deja de inventar cosas... Nada ha cambiado; lo tengo a mis pies y me he levantado con las cosas más claras que hace unas horas. Sí, me sentí un poco confusa. ¡Pero ya ha pasado! Vuelvo a ser yo. Los polvos de anoche me han dejado como nueva. Reconozco que en la cama no he conocido a otro como él, ¡pero llegará!

Carol: ¡Qué desilusión! Ya os veía viniendo juntos a la boda.

Silvia: A este paso, no; Marta es dura de pelar. Hablamos más tarde, que Álex y yo nos vamos a echar un rato...

Olaia: Déjala, que siga como va. ¡Terminará fatal! ¿Subo a por ti o no, Marta?

Marta: No, me voy a dormir. Luego comeré algo y ya bajaré más tarde a la piscina. Y os advierto de que no pienso ir a buscarlo, que venga él. Ya sabe dónde encontrarme. ¡Chao! Besitos para todas. Os quiero mucho...

* * *

—Pues ése está bueno —comenta Olaia más tarde, señalando al moreno tumbado en la hamaca de enfrente—. Voy a seguir grabando, ¿te apetece salir en mi canal?

—Que no, pesada. Y cuidado: si te acercas con la cámara, lo vas a asustar.

—*Nah*, a estos tíos musculitos les gusta lucirse. Ahora vengo.

—Vale, yo sigo a lo mío.

Coloco el esmalte blanco encima de nuestra mesilla y, mientras termino de comerme la exquisita hamburguesa a pie de piscina, preparo lo necesario para cambiarme la manicura. No soy muy dada a ello, pero no quiero ser la única aquí que no vaya acorde con el resto.

Me flipa todo lo que tiene que ver con la isla, no sólo el ambiente. De hecho, ya me estoy planteando volver las próximas vacaciones. ¡Si puedo permitírmelo, claro! Aunque hoy estoy optimista, pletórica diría, así que cuento con darme una escapada pronto. Es de locos que sólo lleve tres días aquí, aún no me haya ido y ya esté pensando en volver, cuando ni siquiera quería venir. Así soy yo...

—Hola, ¿está ocupada? —Miro al chico rubio que me pregunta por la hamaca de Olaia. Afirmo con la cabeza sin prestarle mucha atención—. ¿Y tú?

Alzo una ceja, sonriendo.

—Pues depende de para qué.

—¿Para compartir conmigo ese mojito que te estás tomando?

—Ya estaba a punto de irme —me excuso, picoteando las patatas bravas—. Me está esperando mi novio en la habitación.

—Me suena a la típica mentira que soltamos para librarnos de alguien.

—Mmm, chico listo. —Le enseñó el pulgar hacia arriba—. Buena suerte con la caza.

—Hasta luego, simpática.

—Gracias por el piropo, machote.

Abro la bolsa de golosinas y escojo las nubes de algodón para tenerlas a mi alcance mientras me hago un apaño en las uñas. Son las siete de la tarde y Nacho no ha dado señales de vida, algo que me mosquea, para qué engañarnos. He tenido tiempo de dormir, almorzar, darme varios chapuzones, picotear, tomarme unos mojitos... y el teléfono continúa sin sonar. ¿Dónde se ha metido?

No es nada propio de él.

—Ya estoy de vuelta —anuncia Olaia, ¡como si no fuese obvio! Casi se sienta encima de mis piernas, la muy bruta—. ¿Te ayudo?

—Será mejor, así acabaremos antes.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —Le doy el esmalte para que empiece ya—. Nada.

—Pues ándate con ojo, que te vas a ahogar con tantas nubes. Tienes un humor muy cambiante, pasas de estar contenta a estar taciturna o malhumorada en un santiamén. Eres muy cambiante.

No pienso decirle que mi mala hostia se debe a la ausencia de Nacho. Después de lo de anoche, espero un mensaje, una llamada o, qué demonios, una visita. ¡Es lo lógico!

—Lo he visto hace un ratito abajo —comenta Olaia adivinando mis pensamientos, y me mira de reojo—. A Nacho, quiero decir.

—¿Sí...? ¿Y qué hacía?

—¿Por qué no vas a averiguarlo? Deja el orgullo, tonta. ¿Qué puedes perder? Has venido a disfrutar. En unos días te irás y habrás perdido la oportunidad de aprovechar esto al máximo.

—Tienes razón, abortamos manicura. A la vuelta me las pintas.

—Entonces, ¿te espero aquí?

—Sí...

Me dirijo a la salida con el biquini, sin cubrirme con nada más. No puedo esperar para saber qué ocurre, la impaciencia me domina y la curiosidad me mata. De camino al local de Nacho, me hago dos trenzas en el pelo, ya que con el cloro de la piscina se me queda encrespado y por lo menos quiero estar presentable...

«Venga, Marta, otra mentira más.»

Vale. La verdad es que quiero estar guapa para él.

«No, joder, no.»

—No puede ser...

Ralentizo el ritmo al doblar la esquina.

Se me forma un angustioso nudo en la garganta al poner el pie en la entrada de Paraíso Ibiza; no es preciso dar un paso más para distinguir con claridad la escena. ¡Maldito seas! Justo debajo del porche está él, Nacho, besándose con una impresionante morena, y la ciñe a su cuerpo con la misma posesión y necesidad que a mí escasas horas atrás... Me escondo tras la pared y observo el interminable beso con el corazón en un puño.

Cuando por fin se separan, descubro una realidad que anoche no quise creer; no importa por qué motivo no lo hice.

Veo cómo la mira y soy consciente de que no mentía.

«Para mí te has convertido en una más.» Es lo que soy ahora para él. Una de tantas amigas con la que puede pasar el rato.

Me doy la vuelta sin interrumpirlos, sin hacerle saber que lo he visto todo. No encuentro el por qué me decepciona tanto ni por qué me duele de esta manera tan aguda. Es dolor es casi insoportable, como si me estuvieran desgarrando lentamente por dentro.

Nunca he sentido algo así... Marta 3 - Nacho 1.

Todavía en *shock*, consigo llegar de nuevo hasta Olaia, pero una vez allí hago de tripas corazón. Me niego a derrumbarme. No me lo he permitido nunca frente a nadie y no haré ahora una excepción.

—Qué rápido estás de vuelta. ¿Ya habéis hablado? ¿Qué te ha dicho?

—N-nada... Estaba ocupado y he preferido no interrumpirlo.

—Ah, pues luego vamos las dos —me anima sonriendo—. Venga, esas manitas, que te hago la manicura. En un rato empieza la fiesta de la espuma, ¿nos quedamos?

—Como quieras.

—Entonces no hay excusa, no nos movemos, que tienes que celebrar conmigo tu cumpleaños en nombre de todas.

Me ofrece un hueco a los pies de su hamaca y me acomodo sin rechistar. No me apetece ni hablar. La cabeza me da vueltas rememorando la imagen de Nacho con esa chica... Es la primera vez que lo he visto tan cariñoso con otra mujer.

Cuando empezamos a *salir* hicimos un *pacto*: ser y sentirnos libres de hacer lo que quisiéramos con otras personas, siempre que el otro no fuera consciente

de ello. Nos considerábamos los típicos amigos con derecho a roce. Pero hoy, analizándolo todo, admito que nunca fuimos simplemente eso. Él me confesó el día que *rompimos* que no había podido estar con nadie más. Me contó que no podía, que me había respetado mientras había durado *la relación*. Yo también lo hice, aunque jamás se lo he contado a él, a nadie. Ni siquiera a mis amigas.

Hoy todo aquello ha quedado muy lejos, pero su promesa está más presente que nunca, pues acaba de romperla, fallándome por primera vez y cuando menos lo esperaba.

«Nunca te haría daño; te lo prometí, ¿recuerdas? Jamás lo olvides, Marta...»

«¡Te odio, Nacho Rivas!»

El que parece haberlo olvidado ha sido él.

Tengo grabado a fuego lento el momento en el que pronunció la frase ante el miedo de creer que yo no volvería a buscarlo. ¡Qué iluso! Lo que esta tarde reconozco como celos, fue lo que desencadenó aquella situación.

—¿Qué tienes ahí? —Olaia me señala la mejilla. Al tocarla, me doy cuenta de que es una lágrima, que seco rápidamente—. ¿Estás bien?

—Eh... sí, se me ha metido una mota en el ojo. —Agito la cabeza y sonrío sin ganas—. ¿Te queda mucho? Necesito beber algo.

—La mano izquierda y que se seque. Están quedando divinas.

Miro la hora, desesperada por levantarme. Espero el tiempo que me indica y, en cuanto puedo, me escapo al bar que hay unos metros más allá, justo al final de la larga y amplia piscina.

Las luces de colores ya están encendidas e iluminan toda el área que nos rodea; también el escenario, en el que en breve pondrán música, dando inicio a la fiesta de la espuma... Sin embargo, sólo deseo emborracharme y olvidar la estúpida pesadilla en la que me hallo envuelta. La situación me supera y no tengo idea de cómo afrontarla. Son sentimientos difíciles de controlar.

Me atormentan.

—Dos mojitos por aquí —pido en la concurrida barra.

—Hombre, si es la simpática.

No me jodas, lo que me faltaba... el baboso de hace un rato. Entonces recuerdo que no estoy en la posición de antes; me digo que prestarme a su juego no sería tan malo, pues así he sido siempre y es la única manera de reconocermé, de reencontrarme conmigo misma... comportándome de forma liberal, sin tapujos... anulando las emociones.

—Me llamo Marta, Marta Olivares.

—Raúl Martínez. —Me saluda con dos besos y sonrío al retirarse—. Ya no te espera nadie en la habitación, ¿no?

—Lo siento, a veces me comporto como una idiota.

—Te perdono si bailas conmigo.

Me bebo el mojito de un tirón y me adueño del de Olaia, que no me quita ojo desde la hamaca. Su ceño está fruncido, en señal de desconcierto. Le doy la espalda, evitando tener que ofrecerle la explicación que tanto me martiriza.

—¿Vamos, Marta?

—Sí... Un segundo. ¡Un mojito más, por favor!

En minutos me he bebido dos y he empezado el tercero.

—¿Ya, guapa?

—Claro.

Acepto la mano del chico, colocándonos entre la multitud; junto al filo de la piscina, nos paramos. Él no duda en posar sus manos en mi cintura como si me conociera o tuviera permiso para hacerlo. Yo me limito a beber sin pausa.

—Vaya, pero qué sedienta estás.

—¡Marta! —me llama Olaia, intentando llegar a mí—. ¡La espuma! ¡Ven!

—¡Pasa a este lado, te espero!

Suena una famosa canción de Nelly Furtado, animándome gracias a los mojitos. Raúl se pega más a mi cuerpo a media que el vaso se va vaciando y yo, contra todo pronóstico, no lo detengo a sabiendas de lo que busca.

Ése ha sido siempre mi lema en cuanto a los hombres, mi manera de vivir y de ser: disfrutar de ellos y con ellos, sin permitir que ninguno me haga daño... y es lo que quiero seguir haciendo.

La espuma empieza a caer, formando un revuelo con el que pierdo de vista a Olaia, que no ha conseguido llegar hasta aquí. Cuando hago el intento de ir a buscarla, el rubio de ojos oscuros niega con el dedo.

—Ya no te me escapas. —Me ofrece su vaso, ya que en el mío no queda nada. No dudo en aceptarlo—. ¿Te he dicho que las pelirrojas son mi perdición?

—No, pero tampoco me importa.

Me bebo el mojito y le devuelvo el vaso vacío.

—Más —le pido con una sonrisa pícaro.

—No te muevas de aquí.

Lo ignoro y miro hacia arriba con los ojos cerrados y las manos abiertas, sintiéndome libre, tan independiente como siempre, mientras me empapo de la liviana espuma que cae sobre todos los huéspedes que disfrutamos de la fiesta.

—¡Marta!

Un empujón me obliga a retornar a la realidad.

—Eh, ¿quién es ése?

—Déjame, Olaia. No seas plasta. —La hermana de Silvia no se da por vencida e intenta arrastrarme hasta nuestras pertenencias—. Tía, suéltame.

—Que no, ¿qué coño estás haciendo? ¡Que anoche te liaste con Nacho, joder!

—¿Y qué? —Me libero a duras penas—. ¡No tienes ni puta idea!

—Pero ¿qué te pasa?

—¡Nada!

—A ver, Marta, para. Subamos a la habitación. No estás bien y encima has bebido. ¿Qué me he perdido?

—Que me dejes.

—Nacho te está llamando al móvil.

Mi corazón casi se paraliza cuando Olaia me muestra las llamadas perdidas... Un poco mareada, le quito el teléfono con la intención de apagarlo, ¡pero no es lo que quiero!

Mi amiga me mira con cara de circunstancias, empujándome para que salga antes de que Raúl vuelva a por mí... En ese sentido es muy parecida a Silvia, protegiendo a los que adora... Más que nunca soy consciente de cuánto me gustaría llamarla y pedirle consejo, para acabar con esta inquietud que me consume.

Quiero llorar de rabia, importancia, necesidad.

—Venga, Marta. Vete, yo me encargo de todo; nos vemos arriba en un rato.

—Gracias por soportarme —balbuceo dándole dos besos.

—De nada. Vamos, fuera de aquí ya.

Tira de mí y me ayuda a ponerme su vestido, ya que es lo primero que pilla. Es sencillo, de tirantes, blanco, ceñido y por encima de las rodillas. En los pies no llevo nada, qué más da.

Recorro el mismo camino que la vez anterior, con la diferencia de que en esta ocasión, antes de volver a doblar la fatídica esquina, decido llamarlo. No quiero sorpresas. No lo soportaría.

—¿Marta?

—Sí. —Me muerdo la lengua, controlándome para no mandarlo a la mierda por llamarme así y por lo que no sabe que yo sé. Tampoco se lo diré—. ¿Querías algo?

—¿Tú qué crees?

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —repite confuso—. ¿Qué te pasa?

—Nada...

—Me conozco esa respuesta. Cuando la pronuncias, pasa algo, y muy malo.

—¿Estás en el local? —Desvío el tema y añadido, advirtiéndolo—: Estoy llegando.

—Perfecto. Te espero en la puerta trasera.

Cojo aire antes de encontrarme cara a cara con él.

No sé cómo voy a hacer para fingir que no pasa nada, cuando me muero por darle una bofetada que recuerde toda su puta vida.

Pero soy consciente de que no tengo derecho a reclamarle nada, aunque duele. ¿¡Por qué tiene que doler!? «¡No siento más que atracción y cariño por él!», me machaco una y otra vez.

—¿Pelirroja? —No levanto la mirada. No estoy preparada—. ¿Por qué vienes así? Ah, ya. Estás borracha y no eres capaz de enfrentarme como has hecho otras veces, ¿no?

—¡Por tu culpa! ¡Maldito seas, Nacho!

Éste me obliga a caminar hasta la orilla del cristalino y precioso mar; está empezando la puesta de sol. Una vez ahí, me pide que me agache y me moja la cara con delicadeza, con tacto... sin decir o reclamar nada, recordándome al chico que yo dominé y al que hoy echo de menos sin tener por qué. Empiezo a entender que venir no ha sido tan buena idea, mucho menos haberme reencontrado con él.

—¿Qué te he hecho para tener la culpa? —me pregunta finalmente y me acuna la cara. ¡Cínico! Su toque me desarma—. Habla, Marta. ¿Por qué me miras así?

—No es nada, ya estoy mejor. Déjame.

—Ven aquí, quieta. —Me encarcela la mano y la entrelaza con la suya. Me está haciendo pedazos. Esto no puede estar pasando—. ¿Anoche hice algo mal?

—Ya te he dicho que es cosa mía. He bebido y he dicho tonterías, punto.

—Tú, en tu línea. Demos un paseo, desahógate o lo que te dé la gana. Quizá, mejor, vomita la mierda que has bebido y suelta de una vez la verdad. Estás muy rara, pero allá tú.

Me confunde su inestable actitud.

¿Qué es lo que pretende? ¿Lo hace aposta o realmente le importa todo una

mierda y juega con quien puede y cuando puede? Aun así, y contra mi personalidad a sabiendas de lo que calla, acepto el paseo por la orilla cogida de su mano.

El hecho de no caminar muy firme es la excusa que me hago creer para no admitir que necesito ir con él así, anhelando que me calme como hacía antes.

—¿Qué es lo que está pasando? —insiste, guiándome.

—No importa... —le quito hierro. Tengo tantas preguntas sobre él y su nueva vida...—. Dime algo, ¿echas de menos Madrid?

—No —masculla estrechando sus dedos con más fuerza.

—¿Y su gente? No hablo de tu familia.

—Entonces, no.

Apoyo la cabeza en su hombro y guardo silencio.

Es suficiente por hoy.

—Pelirroja. —Aprieto los párpados al oír ese apelativo tan cariñoso en sus labios tan distantes. Aun así, debilita mi voluntad—. Eh, ¿qué pasa? Marta, mírame.

—No quiero.

—Pelirroja, ven aquí.

Me impulsa hacia él. Quedamos cara a cara.

Su nariz roza la mía y estoy a punto de escupir el veneno que guardo dentro. Sé lo que vendrá a continuación y no estoy preparada para recibirlo. Necesito irme de aquí, volver a casa...

Pensar con claridad, pues con su presencia soy incapaz.

—No me gusta nada verte tan callada. —Intenta besarme, lo esquivo—. ¿Qué haces?

—No me apetece, Nacho.

—¿Has conocido a alguien en la isla?

«¡Yo no, maldito cínico!»

—¿Es eso? —insiste persiguiendo mi mirada, entrecerrando la suya—. Ya veo.

—Pues será que no me conoces tan bien como pensaba.

—Entonces, ¿qué mierda te pasa?

—¡A mí, nada! —Le golpeo el pecho y suelto—: ¡Eres tú, por primera vez eres tú!

—¿Qué estás diciendo?

—¡No-me-toques!

Mi rechazo lo enfurece.

Me aprieta contra su cuerpo y, a pesar de mi negativa, oprime violentamente su boca contra la mía. Lo empujo, me agarra. Me obliga a abrir los labios y recibir los suyos...

Marta 3 - Nacho 2.

En medio de esa estúpida lucha, percibo su ansiedad, su desmedida necesidad, demostrándome la debilidad que siempre ha sentido por mí. Y es mi perdición.

No puedo negarme frente al revuelo de sentimientos que despierta en mi confuso interior. No debo, ni quiero de este modo, pero no sé cómo evitar rendirme ante él.

10. ¿Y cuándo no lo estás?

—Tengo que irme —le dije otra de las noches que quedamos. Acabábamos de enrollarnos y yo me vestía a toda prisa. Habíamos vivido unas horas intensas—. Te llamo mañana u otro día, ¿vale?

Me sorprendió lo callado que estaba. Miré hacia atrás mientras acababa de ponerme el pantalón. Nacho se encontraba aún tumbado en la cama y el móvil lo tenía distraído.

—¿Con quién hablas? —Mi tono sonó más molesto de lo que hubiera preferido—. ¿Qué? ¿A qué viene esa sonrisa?

—¿Estás celosa?

—Menuda estupidez.

—¿Entonces? —insistió burlándose. ¿¡Qué le hacía gracia!?. Lo peor era que seguía sin contestar la pregunta—. Ven aquí, pelirroja. Sabes que eres mi debilidad.

Me ablandó y sonreí buscando mi camisa, pero el teléfono volvió a sonar y Nacho soltó una carcajada al intuir mi excesivo interés por conocer al remitente de esos wasaps.

Eso me cabreó hasta odiarlo.

—Mira, vete a la mierda. A mí no me van estos juegos de niños y, si tu intención es ponerme celosa, vas mal. Si ya me has encontrado sustituta, no pinto nada aquí.

—Eh, pequeña, espera.

—Que no me llames así. Ese apelativo es muy cercano para alguien que sólo está de paso en mi vida.

Levanté el dedo índice para prohibirle que se acercara. Estaba más que indignada. Él se quedó observándome; primero parecía ofendido, pero segundos después su expresión varió y, no sé qué fue lo que percibió en la mía, pero prometió:

—Jamás haría nada que te causara daño.

—Aunque lo intentaras, tampoco podrías —repliqué a la defensiva—. Te repito: tendrías que significar mucho en mi vida para que consiguieras hacerme sentir así.

—Ya, pero sólo soy uno de los tipos con el que follas cuando te apetece, ¿no?

—Supongo que no hace falta que te responda. Me voy, ahí te quedas. Y piensa bien las cosas antes de hacer estupideces.

—¿No vas a venir mañana? —Se interpuso entre la puerta y yo, sin tocarme. Su pecho desnudo subía y bajaba tan rápido que me asustó—. Respóndeme, por favor.

—No lo sé. Tu nueva amiguita igual sí.

—Hablaba con mi jefe —aclaró lleno de impotencia—. Cuando estoy contigo, sólo tengo ojos para ti.

«¿Y cuando no lo estás?» No me atreví a formular la pregunta en voz alta.

—Quédate un rato más, aclaremos esto. No te vayas así, pequeña.

Rodé los ojos por el apelativo. Pelirroja lo aceptaba; pequeña, no. Aun así, no se retractó. Ya había mencionado con anterioridad que, por momentos, me veía así, como una niña indefensa y temerosa de abrirme ante alguien que me pudiera hacer daño. Por supuesto a mí me parecía una gilipollez como otras tantas.

—No puedo... Mis amigas se van a preocupar —me excusé nerviosa. Nacho no me cedió el paso y accedí—: Tú ganas; mañana, en cuanto salga de trabajar, me paso por el bar.

—No, dime que vendrás aquí.

—Yo...

—Chis. ¿Te acuerdas de lo que te he dicho hace un rato mientras te retorcías debajo de mi cuerpo? —me interrumpió ronco—. Quiero que las cosas bonitas siempre me las digas al oído.

—¿Y e-esto te lo parece? —tartamudeé.

—Sí.

Temblorosa, me acerqué y susurré, con los ojos cerrados:

—Mañana vendré aquí... por ti.

—No me vuelvas a hacer esto —me advirtió, y acto seguido me obligó a palpar su acelerado corazón. La necesidad de irme fue urgente—. Eres muy loca e inestable, pelirroja.

—Lo sé y es lo que tanto te gusta de mí...

—No tienes ni idea de cuánto.

Enredó las manos en mi pelo, estremeciéndome por la ternura empleada, se aproximó a mi boca muy despacio y recalcó antes de besarme:

—Sé que no te importa, pero no olvides que nunca te haría daño.

11. Sentimientos a flor de piel

No, no sé cómo evitar rendirme ante él y abro la boca cediéndome a su placer, reclamándolo con ardor, con agonía.

Me sujeta el rostro y lo aplasta contra el suyo, recorriendo mis labios como si fuera la primera vez. Todo se vuelve tan intenso como caótico. Nacho camina hacia atrás y finalmente terminamos dentro del mar, con ropa, sin soltarnos, besándonos con ese anhelo que me hace falta.

La herida que él ha abierto sigue siendo profunda, pero entre sus brazos no duele tanto... o así me lo parece. Y me da miedo pensar en lo que me estoy convirtiendo en este viaje, en lo que soy capaz de consentir por estar a su lado. No me reconozco.

—Prométeme que, cuando te vayas, no volverás a mirar atrás; ya lo hiciste una vez, prométeme que lo harás de nuevo —me pide aferrándose por el mentón tan fuerte que me lastima—. Hazlo.

—¿Por qué me dices esto ahora?

Me sube a horcajadas sobre su cintura, pero sumergidos hasta el cuello como estamos apenas se nos ve. El mar es el único testigo de las caricias y roces que no acaban entre nosotros.

—¿Q-qué pasa, Nacho?

—Prométemelo. —Sus facciones están desencajadas—. Marta, por favor.

—T-te lo prometo.

Cubre de nuevo mi boca con la suya, gimiendo a medida que me arrastro de arriba hacia abajo con la necesidad de sentir a través de la tela cada músculo de su cuerpo, pues hoy, con más impaciencia que nunca, no soy capaz de frenarme.

—Ven a mi casa un rato —musita, chupándome la mandíbula. Yo echo hacia atrás la cabeza, gimiendo—. Ayer pasé la noche contigo porque así me lo pediste.

—¿Y q-qué?

—Es mi turno.

—Nachó...

—No me rechaces.

He de estar completamente chiflada, pero accedo a sus caprichos y asiento, concediéndole mi sumisión.

—¿Ya no quieres saber qué me pasa? —musito temblorosa.

—No...

—¿Por qué?

—Qué más da, olvidémoslo... Estás preciosa con las trenzas. —Me acaricia una mejilla. Está incómodo, esquivo—. Mira cómo me tienes, pelirroja. Despiertas mi lado más salvaje.

«Tú, en mí, otras emociones que desconocía.»

Es cierto, lo noto... está excitado, su miembro late con dureza contra mi sexo. Hace horas habría sido suficiente; ahora quiero más que un apasionado revolcón.

Lo abrazo por el cuello y descanso la frente sobre la suya.

—Invítame a cenar. Solo iré a tu casa si antes me invitas a cenar.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. —Posesivo, pasa el pulgar por mi labio inferior—. No me conformaré con menos. Ya sabes lo caprichosa que soy.

—Marta —advierte.

—Basta de llamarme así. Y no, no acepto una negativa.

—Bien —masculla con un suspiro, obligándome a soltarlo. ¿Qué calla?—. Entonces vamos, no perdamos tiempo.

—¿Te has enfadado?

—¿Acaso importa? ¿Cambiarías de opinión?

—No... Me descolocas, hace unos segundos estabas... y...

—Déjalo.

No entiendo su mal humor, su cambio, su frialdad tras la intensidad e insistencia que ha mostrado con la absurda promesa. ¿Qué es lo que le atormenta? Tiene la frente arrugada y una expresión mortificada, taciturna.

En silencio, vamos hasta la orilla, aunque admito que necesito de su fuerza para llegar. El cuerpo no me responde como debería. No sé si son los mojitos de antes lo que me tiene tan lacia o que, a pesar de estar aquí, mi mente está muy lejos; concretamente en todas las promesas que me juré no romper.

Me siento tan pequeña que Nacho es capaz de pisarme con uno de sus ahora ya habituales e inoportunos desplantes.

Y no estoy acostumbrada.

—¿Qué piensas? —pregunta, quitándose la camisa. Trago con dificultad y

me escurro el vestido, distrayéndome para no devorarlo con la mirada—. Dímelo.

—Nada, cosas del trabajo que me tienen preocupada, sólo eso.

—¿Preocupada, tú? —Su amargo sarcasmo me agota—. No te creo, pelirroja.

—¿Y crees que me importa?

—Conmigo no te hagas la dura, me gustas más incluso.

—¿Eres bipolar o qué? —le recrimino sin entender su nueva personalidad—. Si es un papel para despistarme y devolverme el trato que te di en Madrid, eres muy buen actor... porque empiezo a pensar que te has convertido en un imbécil.

Se aprieta los párpados, suspirando nuevamente.

Hay algo en él que no va bien.

—Lo siento —cede más serio—. No te enfades, no hoy; ven.

En presencia del mágico atardecer que planea sobre nosotros, me vuelve a besar y yo me dejo sin más. Odio sentirme como una muñeca en sus manos, percibir esa fiereza mezclada con una distancia que insiste en interponer entre los dos.

No me gusta y me hiere.

—Vivo justo encima de Paraíso Ibiza —susurra y me da un suave bocado. Madre mía—. ¿Vendrás conmigo?

—Sí, para disfrutar de una succulenta cena. Cocinabas muy bien.

Tuerce el gesto, frunciendo el ceño.

— Así que ahora me retas y sólo vendrás si te invito a cenar... se trata de otro de tus juegos para que sea como y cuando tú quieras.

—No lo había visto así —replico, simulando que nada me afecta—, pero sí.

—Tienes tanta facilidad para conseguir que quede en el olvido lo que acaba de suceder hace segundos, que me sorprende. Tu osadía te hace especial, no tu chulería.

¡El colmo! ¿Cómo me puede culpar de algo que ha hecho él?

—No soy la única que pasa de un extremo al otro. ¿Vamos?

Coge aire y se presiona la sien antes de echar a andar sin esperarme. Está acabando con mi poca paciencia con su actitud, ya que avanza esperando que lo siga sin más, justo lo que hago, comportándose como si no me hubiese invitado a ir a su casa previamente. Miro en la misma dirección que él y descubro que un grupo de chicos y chicas están pendientes de nosotros y ríen entre sí.

Me percató de un significativo detalle que no paso por alto.

—¿Ahora no me das la mano? —El mentón le tiembla por la tensión que acumula, mirándome de reojo cuando lo adelanto—. Oh, claro, comerme la boca frente a tus empleados y tu público o rozarte conmigo queda mucho mejor que ir agarrado de mí mientras caminamos hacia ellos. No entiendo nada.

—No digas tonterías, antes he paseado contigo.

—Porque estábamos lejos.

—Basta, Marta. Se acabaron los numeritos.

Recorremos los metros que nos faltan distantes, callados. No tiene ni puta idea de la impotencia que siento al ver a esos estúpidos prácticamente burlándose de mí y él, consintiéndolo.

—Adelante, hemos llegado. —Me ofrece subir por las escaleras traseras de Paraíso Ibiza—. Y deja ya el berrinche. Si vas a venir para pelear, ahórranos el mal trago.

—No, vengo a cenar. ¿Qué hay de menú?

Libera un suspiro y se cruza de brazos.

—¿De qué vas, pelirroja?

—¿Y tú? —rebato subiendo antes de que se arrepienta. Tenemos mucho de que hablar—. ¿Te vas a quedar ahí?

Lo hace. Al pie de las escaleras, abandona la camisa en la barandilla; lo pierdo de vista un fugaz segundo y al aparecer de nuevo en escena trae un cigarrillo al que da seguidas caladas.

La imagen no tiene desperdicio, con ese pantalón colgando de su definida cintura y el cabello tan alborotado como cuando los tipos de los anuncios salen del agua en plan sexy, por no mencionar esos tatuajes que en él me vuelven loca.

«Joder, Marta. ¿En serio?»

Me produce tanto rechazo mi patético comportamiento...

—Toma las llaves, voy a pedir la cena. —Ahora es él quien me desafía—. Ya sólo cocino para visitas especiales, mi familia y poco más. Tú dejaste de serlo y yo nunca lo fui para ti.

—Imbécil.

—Gracias.

—Si estás buscando que me marche, no lo conseguirás.

Me lanza las llaves y abro en cuanto estoy frente a la impoluta y, cómo no, blanca entrada. El estilo interior no me sorprende, prevalece el mismo color, aunque sí me llama la atención lo reducido que es el apartamento. Aquí tiene

cocina, baño, sala y una única habitación, la suya, que es donde permanezco.

Me desnudo y abro el armario.

Está muy ordenado, por lo que no tardo en encontrar una de esas camisas anchas que suele llevar ahora. Sin pedirle permiso, me la pongo junto con un bóxer gris. No llevo sujetador, ni zapatos. Voy descalza, como si de mi casa se tratara. Antes de salir, recojo mi ropa, sin saber dónde dejarla, hasta que distingo al fondo del salón una puerta. Ahí descubro una terraza casi tan amplia como el apartamento, en la que no falta la recurrente sombrilla, ni hamacas para tomar el sol, una mesilla y algunos aparatos de hacer ejercicios: elíptica, pesas y bicicleta estática.

—Qué pronto te has familiarizado con mi casa —¡joder, qué susto! Nacho me vigila desde la entrada del abierto espacio—, y con mi ropa.

—Estaba empapada.

—Ya, y lo de pedir permiso no va contigo.

—¿Para qué me pides que venga si luego estás a la defensiva? —Cuelgo el vestido y el bikini en la silla para que se sequen—. No lo entiendo. Pero ya te lo he dicho, no me iré.

—De igual manera, resuelvo tu duda: mis planes eran otros hasta que has decidido autoinvitarte a cenar.

—¿Todo es porque no puedes echarme ya el polvo? Paciencia, Nacho.

—Voy a cambiarme —dice de malas maneras, ignorándome—. Espérame aquí.

Como de costumbre, hago caso omiso y paso a la sala. Me acerco al mueble que hay cerca de la terraza, en el que está la televisión, y miro la única fotografía que he visto desde mi llegada.

En ésta, Nacho duerme de lado, como un bebé, aunque con expresión aturrida. Aparece desnudo de cintura para arriba y aprieta con los dedos una... una braguita. Los recuerdos no tardan en acecharme. Esa instantánea se la hice yo y bromeamos durante días con ella por su obsesión con mi ropa interior.

—¿Qué estás mirando, Marta?

—¿Por qué está esa foto ahí? —El pulso se me acelera ante la añoranza—. No sabía que la tenías impresa. La última vez que la vi seguía en tu teléfono.

—Es simpática, nada más.

Llaman a la puerta, interrumpiendo una conversación que parece incomodarlos. Sus andares transmiten ese nerviosismo contenido al que no le encuentro sentido. A no ser que oculte algo...

...Y parece lo más evidente. ¿El jodido beso con la otra chica?, ¿que esa mujer signifique más en su vida de lo que me ha hecho creer?

De ser esto último, me ocultaría frente a los demás, ¿no?

¡Ya no sé qué pensar o creer con respecto a él!

—Gracias, Kevin. Más tarde bajo y reviso lo que tenemos pendiente —oigo que dice. Deduzco que es el chico que trae la cena—. Luego hablamos.

Me siento en el mueble, estudiando cada uno de sus movimientos. Se ha quedado únicamente con un pantalón corto, blanco. El cabello, mojado y hacia atrás. Está preparando la mesa que hay en la terraza; es pequeña, sólo para dos personas.

—Pizzas de jamón y queso —murmura invitándome a acompañarlo—. Comida rápida; si no recuerdo mal, te encantaba.

—¿Tanto te urge que me vaya?

—No, lo que me urge es follarte.

Controlándome, me sitúo justo delante de él.

¿Por qué ha de estar vacilándome así? No es preciso que me recuerde a cada instante lo que soy para él.

—Tú lo hacías y entonces no te molestaba tanto —se defiende, como si me leyera el pensamiento—. ¿Refresco o agua?

—Cerveza.

—Ya has bebido demasiado hoy, ¿no crees?

—Cerveza —deletreo, y empiezo a cortar las porciones, ya que él no toma la iniciativa—. Eres un anfitrión pésimo.

Regresa de la cocina con un par de cervezas que sirve en vasos, se sienta y apoya los codos en la mesa, cruzando los dedos debajo del mentón. Sus rasgados ojos brillan más que de costumbre; ciertamente tiene una mirada que puede hipnotizar. Es profunda y enigmática.

—Quiero preguntarte algo, Nacho.

—¿Desde cuándo necesitas consentimiento? A ver, sorpréndeme.

—¿Has traído a muchas chicas aquí?

—Supongo que a tantas como hombres han pasado por tu cama estos meses.

—¿¡Cómo puedes ser tan capullo!? —Le lanzo un trozo de pizza, que esquiva—. Te estás pasando.

—Era una mera comparación. ¿O me vas a negar que te liaste con... Mike?

—No lo hice, estúpido... Será mejor que me vaya.

—Marta, espera.

—¡Que no me llames así! —Le doy un manotazo, quitándome sus manos de encima cuando pretende sujetarme—. Venir ha sido un error.

—Quizá sí... pero siéntate, por favor.

Cierro los ojos y cuento hasta diez, fracasando en el intento de querer relajarme, pues en seguida las imágenes de él con otra en la puerta de su local me abordan. Para colmo, soy consciente de que ahora sólo está tratando de convencerme para echarme el maldito polvo que está deseando. Su mirada está pidiendo a gritos que me desnude.

Lo conozco.

Su forma de mirarme de pies a cabeza exterioriza lo que no pronunciará con palabras. Ya me lo confesó una vez: «cuando llevas puesta mi ropa, me vuelves loco. Estás jodidamente sensual».

—Quédate un rato, no te pediré más. Te lo prometo.

—Cenaré y me iré —accedo, ocupando mi lugar. Bebo un poco de cerveza, pues tengo la garganta reseca—. Antes me gustabas más.

—Pues tú a mí me sigues gustando hasta enfadada.

Le dedico una mirada envenenada y, aunque no tengo apetito, cojo un trozo de pizza, ya que tiene una pinta riquísima. Jamás pensé que lo diría, pero el problema es la compañía.

Con la cabeza gacha, disfrazo mi decepción, ya que ni siquiera es enfado. Mastico la pequeña porción sin disfrutar del sabor; tengo una sensación agria en el paladar, así como en el alma...

Las ganas de llorar son aterradoras.

Nunca he sentido este vacío en mi pecho.

—Marta... —estira una mano hacia mí—, oye...

—No me apetece quedarme. —Me levanto sin más, recupero mis prendas de la terraza y voy a su habitación. No quiero romperme aquí—. Nacho, no entres.

Percibo sus pasos. Al cerciorarme, lo encuentro justo detrás. Está cabizbajo, arrepentido, con el vaso de cerveza en la mano izquierda y pasándose la derecha por la nuca.

—Esto no es fácil —susurra con un hilo de voz—. Quizá nos hemos precipitado.

—Entonces no entiendo para qué me quieres tener cerca. Me estás jodiendo las vacaciones con tus repentinos cambios de actitud. Voy a vestirme, vete.

—No.

—Haberlo pensado antes. —Golpeo su escritorio—. ¡Fuera!

—No me voy a mover. Ésta será la última vez que te moleste y no pienso desperdiciar la ocasión de verte

—Ya. Haz lo que te dé la gana.

Como no se va, le doy la espalda y me quito la camisa. En cuanto cae a la orilla de mis pies y me quedo sólo con el bóxer, advierto su calor sin ni siquiera haberme tocado. Sé que está a unos centímetros y que a pesar de mi negativa ha acertado la distancia.

—Lo siento. —Me rodea la cintura desde atrás, estremeciéndome—. No lo volveré a hacer, te lo he prometido.

—Esto suena a despedida —digo con una congoja desbordante.

—No lo sé.

Quizá soy yo o que tengo la sensibilidad a flor de piel, pero, cuando presiona sus fríos labios en mi cuello, esa intuición se convierte casi en una certeza. Por ello, temerosa, decido quedarme. Esto no puede acabar tan mal, no de nuevo.

Esta vez no lo superaría con facilidad.

—No ha sido difícil convencerte, pelirroja.

—Porque para mí tú sí eres alguien especial y no quiero marcharme así.

—Es la primera vez que lo admites en voz alta —gruñe, y me besa un hombro, obligándome a arquearme para él—, aunque no la primera que yo lo siento.

—¿Qué?

Con delicadeza, empieza a deshacerme las trenzas, a la vez que va imprimiendo un reguero de besos por la zona de mi espalda, estremeciéndome. Sus manos abarcan luego mis pechos y los acaricia despacio... Emito un agónico gemido.

—Sigo adorando este pelo tanto como antes. El color del fuego, algo que te caracteriza tanto dentro como fuera de la cama. Eres vehemente, pasional, intensa.

—Entonces, ¿por qué, conmigo aquí, buscas a otras?

—Deja de hacer preguntas que hoy no contestaré.

—Nacho...

—Chis.

Repasa mi silueta desde arriba con ambas manos, acariciándome a media

que desciende hasta la cadera. Entonces me libera del bóxer y quedo completamente desnuda. Luego transcurren varios segundos en los que se mantiene en la misma posición, detrás de mí, pero sin rozarme.

¿Se está despojando de sus prendas?

Antes de que pueda girarme, me atrae hacia él, me insta a tumbarme bocabajo en la cama y se coloca encima de mí. Una vez sobre mi cuerpo, gruñe con violencia y me empala hasta colarse en lo más profundo de mi interior.

Me aferro a las sábanas y gimo desesperada sobre éstas.

—Joder, pelirroja.

—Tócame —imploro.

Como otras tantas veces, introduce la mano debajo de mi cuerpo, a través de la cara interna de mi muslo hasta llegar a mi clítoris y, con el dedo corazón, me acaricia en círculos, multiplicando el placer al sentirlo dentro y al mismo tiempo jugar con sus dedos en mi húmedo sexo. Los suaves y tiernos besos no cesan. Admito que me hace pedazos esta otra forma de hacerme el amor. «No, Marta...» Las alarmas se encienden en mi cabeza ante la palabra prohibida. ¿Hacer el amor? ¡No! Nosotros siempre follábamos, nunca nos permitimos tal intimidad. Finalmente, y después de mucho controlarme, dos frágiles lágrimas se deslizan por mis mejillas. Sé que Nacho no las verá y por ello me desahogo en silencio. He tocado fondo en cuanto a él y me da miedo este sentimiento tan fuerte.

—Contráete, pequeña —ordena sin aumentar el ritmo de las embestidas. Mantiene la frente recostada en mi nuca y, sorprendiéndome, me susurra al oído —: Pese a todo, te he mentado, para mí también siempre has sido y serás especial.

Hundo la cara en el colchón para que no detecte mi impotencia, gimoteando entrecortadamente. Confirmando con su meditada confesión que no volveré aquí, que da por finalizado nuestro reencuentro, y duele demasiado intuirlo. ¿Por qué tan pronto si sólo llevo unos días en Ibiza? Podemos seguir quedando hasta que me marche... como antes, aunque nada sea igual. Mientras se corre y mi cuerpo se convulsiona satisfecho, mi corazón clama a gritos que detenga esta locura que, aun habiendo transcurrido tiempo, tan presente tengo y tanto daño me está causando en este momento de mi vida en el que tan sola me encuentro...

Hoy no se deja caer contra mí. Esta noche se incorpora en seguida, haciéndome sentir como una mierda. La cama no es lo único que se queda fría, mi cuerpo y mi piel también... pues ya lo echamos de menos. Entonces sé que no

hay marcha atrás.

La he cagado.

—Tengo que ir a trabajar, voy a darme una ducha —me despacha sutilmente y oigo la puerta del baño. Lo capto, cuando salga no espera encontrarme aquí. Marta 3 - Nacho 3—. Mañana cogeré un vuelo hacia Barcelona por negocios y supongo que al regresar ya no estarás en la isla. Espero que todo te vaya bien.

¡No, joder! Me falta el aire; la impotencia me consume a fuego lento. Lo intuía, mi corazón no se equivocaba. ¿¡Por qué me hace esto!? ¿Se está vengando?

¿Acaso me está usando como hice en el pasado yo con él?

—No puedo creerlo, Nacho. —No lo miro. Si levanto la cabeza, verá mi rostro enrojecido y lágrimas corriendo por mis mejillas —. ¿Te marchas así, sin más?

—¿Qué esperabas?

—¿No tienes ni siquiera tiempo de despedirte?

—Acabo de hacerlo, Marta.

12. Inolvidable

¡Veintiséis años! Era una noche especial; celebraba mi cumpleaños y en aquella ocasión era verdad. En el mismo lugar, en el bar. Bailaba con un grupo de chicos que me hacían un corro. Bebía y disfrutaba de la última hora de la señalada fecha. Silvia y Carolina intentaban sacarme de allí, aunque no se lo permití.

—¿Qué os pasa? —protesté bebiendo de mi copa.

—Nacho te está mirando. —Hice un aspaviento ante el comentario de Silvia—. Joder, te lo tiras cuando te da la gana; no sé, en su presencia podrías tener un poco más de tacto. Parece que en cualquier momento va a saltar la barra y...

—No es culpa mía si se cree con otros derechos.

—A ver, Marta, Silvia tiene razón. Míralo, nos da hasta pena.

—Qué exageradas, por Dios.

Lo busqué mirando por encima del hombro y allí lo encontré, sirviendo, pero con los ojos desenchajados puestos en los tipos que se arrimaban a mí y reían divertidos. ¿Qué pretendía? Se comportaba como si fuéramos algo más. Sí, ya llevábamos quedando un año, ¿y qué? Para mí nada había cambiado y suponía en mi vida lo mismo que el primer día que nos conocimos... el chico guapo con el que pasaba buenos ratos, del cual escapaba tras ver el amanecer, porque era algo que me agradaba hacer en su presencia, aunque sin dormir ni despertarnos nunca juntos. Eso hubiese significado ir más allá, algo íntimo, y no se correspondía con la relación que pretendía seguir manteniendo con Nacho Rivas.

No le daba explicaciones al marcharme a escondidas tras los primeros rayos de sol, y esa noche tampoco se las debía.

—¿Por qué no vas? —insistió Carolina, la más sensata de las tres.

—Tampoco la obliguemos...

—Iré, pero, si me monta una escena, nos piramos de aquí y punto.

Salí de allí como pude y me apoyé de malas maneras en la barra. Nacho me asesinaba con la mirada. ¡Me resultó el colmo!

—¿Qué coño te pasa? —le espeté furiosa. Él se alarmó cuando continué—: Sin condiciones ni ataduras, ¿recuerdas? Si te pones en este plan, será mejor que...

—Entra en el almacén.

—¿Qué?

—Espérame allí, por favor.

Como no tenía ganas de discutir, aunque mosqueada, hice lo que me pidió. La copa se me cayó de las manos. Si el almacén resultaba un espacio oscuro, con poca luz, esa noche aún lo era más; lo único que lo alumbraba eran dos velitas en el centro de una mesa detalladamente preparada.

No faltaba ni la tarta. Era de color turquesa y encima tenía dos velas en forma de corazón, de las que sobresalían los números dos y seis. Por un momento no supe si huir o...

—¿Te gusta? —me susurró desde atrás Nacho, rodeándome por la cintura. Tragué desconcertada, nerviosa—. Feliz cumpleaños, pequeña.

—No tenías que...

—Sí. No es el mejor lugar, pero sólo queda una hora para que tu día acabe y no quería ser el único en no felicitarte como merecías... En noches como ésta, odio especialmente mi trabajo, porque no he tenido tiempo de disfrutarlo contigo...

Me besó el hombro desnudo, estremeciéndome.

¿Ya no estaba enfadado?

—Te prometo que el próximo año te regalaré algo mejor. —Me separé en seguida, acojonada ante la idea de prolongar otro año más esa aventura—. Sólo tengo media hora. ¿Cenas conmigo?

—A ver, Nacho...

—Déjalo, ¿vale? Estoy haciendo el esfuerzo de no reclamarte por qué tonteeas con otros en mi presencia. ¿¡No te parece descarado!?! Me estoy tragando mi orgullo, porque no quiero perder el poco tiempo que me concedes... pero ¡basta!

—No me grites.

—Pues siéntate y compláceme.

—No olvides que, estés o no presente, con mi vida y mi cuerpo hago lo que me da la gana.

Acortó los pasos que nos separaban, se quitó la corbata blanca con fiereza y, con los dientes apretados, aseguró sin un ápice de duda:

—Pero ahora, aquí, tú y tu cuerpo sois míos.

—N-Nacho...

No pude decir nada más. Me empujó, me sentó sobre el filo de la mesa y se coló entre mis piernas. Mis manos fueron, por inercia, desabrochando los primeros botones de su camisa oscura.

—Me gusta que lo entiendas —masculló con violencia.

—Yo... —Lo arrimé a mí—. Gracias por la sorpresa —le susurré al oído. Entonces él sonrió—. ¿Q-qué pasa?

—Vas aprendiendo en todos los sentidos, pequeña.

Bajo el calor de la improvisada intimidad, nos dejamos llevar con más pasión que nunca. Al acabar, sentada sobre él, cenamos y soplé risueña aquel número veintiséis... pidiendo un deseo: que aquella noche no acabara... ya que no la olvidaría jamás.

13. El amor duele

Paso la noche en vela; eso sí, en el hotel. Me escapé en cuanto tuve la oportunidad de que él no me viera, pero no he podido pegar ojo. Tengo todas las luces apagadas para que Olaia no sepa que estoy aquí. Siendo sincera, con quien me apetece desahogarme es con Silvia y Carolina, aunque tampoco lo haré. Necesito tiempo para poner mis ideas en orden, mis sentimientos. Vine con la intención de disfrutar, jamás de descubrir que Nacho significó en mi vida mucho más de lo que quise creer. ¿Cuándo pasó? ¿En qué momento abrí mi corazón para que pudiera rompérmelo?

Sentada en la cama y rodeada de chocolatinas, pongo en pausa una emotiva canción de Ed Sheeran. Los párpados me pesan, tengo unas ojeras horribles y los ojos hinchados. La camisa que él se dejó hace un par de noches aquí se ha convertido en mi pijama, ya que todavía conserva su olor y, de algún modo, lo siento más cerca. A estas alturas sé que soy patética... Buscando una salida, abro WhatsApp y entro en el grupo de las mosqueteras.

Marta: Hola, chicas. ¿Qué tal?

Ni Silvia ni Carolina dan señales de vida, de modo que decido darme un baño en el jacuzzi y liberar tensiones.

No tengo otra cosa que hacer.

Ir a Paraíso Ibiza ya no tiene sentido, Nacho no está, y de la playa guardo imágenes que no me apetece traer de vuelta a mi mente.

Me asomo a la terraza contigua, pero está vacía.

Olaia debe de estar disfrutando del día.

Con la esperanza de poder contactar con las chicas, me llevo el teléfono, por si acaso la rubia y la morena responden. Me recojo el cabello en un moño alto, dejo la camisa de Nacho en una esquina y en ropa interior, negra, de encaje, entro en el jacuzzi.

No hay nadie que pueda verme. Por lo que, una vez inmersa hasta el cuello y con las burbujas saltando a mi alrededor, me desnudo por completo. Quiero sentirme tan libre como la Marta Olivares que necesito volver a ser antes de que resulte demasiado tarde... la que se tiene aprendido el papel de fuerte frente a los demás.

Así me muestro cuando mis amigas por fin me reclaman.

Silvia: ¡Hola! Pensaba que hoy no aparecías por aquí... Las malas lenguas dicen que anoche te fuiste con Nacho y que todavía no has aparecido. ¿Os habéis tomado un merecido descanso? ¡Cuánta energía! Y decías no echarlo de menos, ¡no te lo crees ni tú!

Carolina: ¡Hola! ¿Has vuelto ahora?

Marta: Sí... acabo de llegar a la habitación, pero no aviséis a Olaia aún, estoy dándome un baño. Os cuento una novedad, pero no hagáis dramas, por favor: Nacho se ha ido a Barcelona unos días. Tenía compromisos laborales, no sé de qué tipo, tampoco entramos en detalles; cuando vuelva ya estaré en Madrid o en Murcia.

Silvia: ¿¡Qué dices!?! Pero si ayer no nos comentaste nada.

Marta: Ya. Tampoco le di mayor importancia.

Odio mentirles así. No pude contarle porque yo tampoco lo sabía. Admitirlo me resulta duro, ya que con Nacho siempre fue todo tan sencillo... Ahora, desde su tésitura, soy consciente de que no lo fue para él... Quizá me doy cuenta demasiado tarde.

Silvia: ¿Y estás bien?

Marta: Claro, aquí en el jacuzzi con vistas al mar. ¿La peque cómo está? Manda una foto, me muero por abrazarla ya. Y la futura novia, ¿cómo van esos preparativos? Qué ganas de que estemos las tres juntas de nuevo. La novia más guapa junto con las dos mejores damas de honor.

Silvia: Ahí va una foto de ayer. ¡Mírala y muere de amor!

¡Oh, madre mía! Acaricio la pantalla del móvil como si pudiera tocarla. La pequeña Alexia duerme en brazos de Alexander, que al mismo tiempo observa cómo Silvia contempla a la niña.

La imagen no puede ser más tierna.

Han formado una familia preciosa, aunque no ha sido fácil.

Marta: Estáis guapísimos los tres. Me alegro de que todo te vaya tan bien. Os lo merecéis.

Carolina: Qué ganas de veros, está preciosa y no es la única. Yo ya estoy deseando darle un primito. Héctor está muy nervioso y raro, supongo que será por la boda.

Marta: Claro, siempre le ha dado miedo el compromiso... hasta que llegaste tú, rubia. Bueno, os dejo, que con tantas burbujas me estoy mareando. Voy a salir de aquí y hablaré con mi madre. No me llama porque sabe que odio que me controle, pero no imagina las ganas que tengo de verla... Os quiero.

Silvia: ¡Y nosotras!

Carolina: ¡Nosotras también!

Silvia, como si intuyera algo, me envía un privado.

Silvia: Espero que estés bien de verdad... Siento el tema de la encerrona, pensé que podrías aceptar que había algo bonito entre vosotros, pero quizá hemos querido forzar lo que no tiene sentido. Te adoramos como eres y, si eres feliz sola, ¡viva la soltería! No olvides que, si necesitas llamarme, no importa a qué hora, aquí me tienes.

Sonrío tristonza, nostálgica, y dejo el teléfono. Me cubro la cara con las manos y la apoyo en mis rodillas. «¿Qué estás haciendo con tu vida, Marta?» Una vez las chicas ya me advirtieron del error que cometería si no abría mi corazón a tiempo...

—Así que estás aquí.

Me sobresalto con la llegada de Olaia, que me apunta desde el otro lado del muro. Agito la cabeza, desechando el recuerdo.

—Pero... madre mía, ¿y ese careto? Déjame adivinarlo: Nacho.

—¿Qué? No, qué va.

—Pues tengo noticias... Estoy muy perdida. Me he encontrado con él cerca de la playa a primera hora y me ha saludado cordialmente, aunque estaba raro. Cuando he ido a por el desayuno, estando ya sentada, lo he vuelto a ver y... ¡lo he pillado dejándose masajear por otra!

—¿Cuándo? —Me incorporo en seguida—. ¿Ahora? No puede ser.

—Puede, puede —musita con la frente arrugada. Confusa—. ¿Estás desnuda?

—¡Joder!

Salgo pitando hacia dentro, sin acordarme de ese detalle.

El pulso no puede irme más de prisa. ¿Qué demonios está pasando aquí? Es imposible que sea Nacho.

Me cubro con una toalla y abro la puerta para que Olaia entre. Ella no da crédito a mi comportamiento, pero a mí es lo que menos me preocupa. Rebusco entre mis prendas uno de esos petos de tela fina y cortos que tanto me gustan.

Necesito bajar y cerciorarme de que lo que me cuenta es un error.

—¿Estáis juntos o no? —insiste, y me pasa el conjunto de ropa interior.

—Gracias... Te has tenido que confundir. Se ha ido a Barcelona.

—No, está en una de esas camas con la tía encima de su espalda, y déjame decirte que no es especializada en ello. Una profesional no va haciendo toples en horario laboral, ¿o sí?

—¡Que no es él!

—Las mentiras tienen las patas muy cortas y creo que te ha engañado. No le encuentro otra explicación.

—Nacho no es así.

Elijo una camisa básica, negra, debajo del peto. De calzado, me decido por las primeras sandalias planas que encuentro.

—Ya estoy... —Cojo aire—. Acompáñame hasta allí.

—¿Estás segura?

—¡¿Te lo digo en chino o qué?! —vocifero sin paciencia.

Las personas con las que nos cruzamos nos miran extrañados, creyendo que ocurre algo. Es tal el ritmo que llevamos que incluso algunos nos persiguen asustados. A Olaia le hace gracia la situación; reconozco que a mí me tiembla hasta lo imposible.

—Allí, Marta. Está mirando para acá, el muy descarado. ¿Quién coño es esa tía?

Eso mismo me pregunto yo.

Él está bocabajo, pero, como dice Olaia, tiene la mirada fija en el camino de madera que determina el inicio de la playa... en nosotras. La chica no es la misma del otro día y a él no lo incómoda que yo esté asistiendo a la desagradable escena.

Es cierto que se agarrota con mi presencia, pero, lejos de mostrarse arrepentido, se tumba por completo, con los ojos cerrados, y me ignora, como si no me conociera de nada.

—Marta, ¿adónde vas? Acércate y reclámale.

—¡No pienso rebajarme! —Huyo con la respiración acelerada y el corazón resquebrajándose en los pedazos que faltaban por estallar—. Ese maldito hijo de puta no me pisotea más.

—Pues devuélvesela y líate con otro en sus narices.

—No, Olaia, no soy tan inhumana como él cree.

—¿En serio piensa eso de ti? ¿No me lo vas a contar?

—¡No me apetece hablar!

Cierro de un portazo la habitación de la *suite* y me siento con las piernas encima del sofá sin importarme si lo ensucio con los zapatos llenos de arena. Miro a la nada.

Tengo tantos pensamientos, emociones y sentimientos contradictorios que no sé cómo administrarlos. No voy a volver a llorar por él, no lo merece. Anoche lo consiguió, el día que nos despedimos también, aunque no me vio y se acabó.

No me convertiré en un alma en pena por alguien que sólo está demostrando querer hacerme daño...

Marta 3 - Nacho 5.

—¿Nos hacemos una maratón de películas? —le pregunto a Olaia, que no sabe cómo actuar tras mi violento comportamiento—. Empezamos por *Pretty woman*, Carol y Silvia no hubieran elegido otra. Yo no soy mucho de género romántico, pero... No me mires así, qué más da que sean las doce de la mañana o que fuera haya un sol espléndido del que disfrutar. ¡No me apetece nada de eso!

—Ya... Vale... —Señala el teléfono—. ¿Te importa si pido unos churros con chocolate? Era lo que estaba desayunando cuando se me han atragantado.

—Claro.

Enciendo la televisión con el mando a distancia y pongo música mientras busco la película en plataformas como Netflix, HBO o en el videoclub del hotel.

La canción que suena de Bruno Mars no es la apropiada para el momento

de crisis que estoy atravesando... pero la letra me pone la piel de gallina y empiezo a ser un poco masoquista...

—Ejem... Ya está aquí el desayuno. Mira qué pinta —comenta la morena quitándole hierro a la situación. Hay una tensión que nos empeñamos en disimular—. ¿Te apetece?

—Venga, vamos a atiborrarnos.

Pillo un churro y lo mojo en el chocolate, pero los ojos de Olaia me controlan hasta incomodarme.

Le reclamo con una señal en plan «¿qué diablos te pasa?».

—¿Cuándo vas a romperte? —pregunta finalmente—. No me creo tu calma. Es imposible tratándose de ti.

—¿En serio eso esperas? Me conoces poco. Nacho no merece otra cosa. Y si no cambias de tema...

—Ya... Es sólo que me sorprendes...

—No empecemos. Dale al *play*.

Nos acurrucamos las dos juntas y acabamos con los churros con chocolate. Tengo la sensación de que ella también está inquieta y por su bien espero que no se trate de otra encerrona, no es momento para juegos. De hecho, preferiría estar tirada en la cama, recordando y llorando, pero sería darles la razón y demostrar sensibilidad.

¿De qué me serviría si ahora sé que lo he perdido?

* * *

—He pedido sushi para el almuerzo —comenta Olaia un par de horas después—. De postre, fresas con nata y sirope de chocolate. ¿Cómo lo ves?

—Bien, pero estoy muerta de sueño.

—No te duermas, Marta. Ésta es mi película favorita. ¿A ti no te gusta *El diario de Noa*?

—Es demasiado ñoña...

A las cinco de la tarde, no puedo más. Me apoyo en el hombro de Olaia y doy lo que creo que es una corta cabezada.

Cuando me despierto, miro la hora y descubro que no, que ya son las ocho y media de la tarde. Sigo estando agotada, pero me desvelo con los temblores del cuerpo de mi amiga.

—¿Estás llorando? —Bostezo—. ¿No me digas que es por la película?

—Max me ha llamado para pedirme perdón. Quiere verme, venir... ¿Qué hago? Estoy hecha un lío; lo quiero.

—Yo... no sé qué decirte, soy pésima en esto y no quiero meter la pata. Silvia ya pagó las consecuencias de mis malos consejos.

La abrazo con fuerza a punto de acompañarla en el llanto. He soñado con Nacho; allí lo sucedido era una mera pesadilla y volver a la realidad también es duro. Aunque no entiendo tanto drama... Me ha decepcionado, ha dejado de ser el chico que conocí; siento más de lo que pensé por él, pero... ¿es tan fuerte como para tenerme derrotada?

—El amor duele, Olaia. Duele demasiado.

—Qué sabrás... Tú nunca te has enamorado. —Repentinamente se alarma y me señala con el mentón. Sigo la dirección de su mirada, perpleja, cuando añade —: Joder, hay alguien ahí.

El sonido de la puerta abriéndose nos avisa de que tiene razón, no estamos solas. Por un instante el pánico se apodera de nosotras y no sabemos cómo reaccionar. Hasta que, temblando, me libero de los brazos de Olaia impulsada por la necesidad de protegerla.

De un salto, vierto al suelo los restos de comida basura que tenemos a nuestro alrededor y corro por un cuchillo. Es lo primero que se me ocurre, nerviosa como estoy. Me cuesta atinar, pero consigo uno afilado lo antes posible, temiendo que Olaia esté en peligro.

De regreso, freno mis pasos en seco.

Ella no está asustada.

El que se ha infiltrado no es otro que Nacho.

—Fuera —lo increpo descargando todo el dolor que contengo y que él está causando—. No tienes derecho a colarte aquí cuando te dé la gana. ¡No quiero verte más!

—Baja el cuchillo. Necesito hablar contigo.

14. El error de no abrir un corazón a tiempo

—Ya no más películas románticas —me quejé masticando las palomitas. Silvia, Carolina y yo estábamos sentadas en el sofá del piso que compartía con la rubia —. Sois ridículas.

—¿En serio nunca te has planteado que todo no será siempre así? Algún día las cosas cambiarán.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté a Silvia, y bebí un poco de Coca-Cola —. ¿Y tú por qué asientes, Carol? Odio que habléis a medias. O lo soltáis todo o es mejor que os estéis calladitas.

—Sin problema, te lo explico. Yo, casada con Álex, y la rubia ya sabes que no es de relaciones esporádicas. Algún día se independizará como yo y tú echarás de menos tener a alguien...

—A Nacho, por ejemplo.

—¡Ya están las tontas diciendo tonterías! —Me levanté y les quité el mando. Yo misma elegiría una serie, y no sería otra que «Sexo en Nueva York»—. Si tú te quieres lanzar al vacío por un tío como ella con Álex, allá vosotras, pero a mí dejadme en paz.

—Peque, la vida no será siempre una fiesta —insistió Silvia.

—Buf, qué pesada, tía. Cuando se vaya, yo me quedaré disfrutando de todo y punto. ¿Que la echaré de menos como a ti?, pues claro, pero estar sola no hará que me replantee nada. La soledad es buena a veces. Tengo claro lo que quiero en mi vida y es no depender sentimentalmente de nadie, eso jamás.

—¿Seguro?

—¡Sí, Carol, sí! Y, hala, vemos un capítulo y nos vamos de copas. Se acabó esta estúpida conversación. Qué manera de ponerlos profundos y joderlo todo. ¡Ilusas!

—No es depender de nadie, es compartir con alguien —puntualizó Carol con su eterna dulzura—. Pero, si no abres tu corazón a tiempo, quizá cuando lo entiendas sea demasiado tarde.

—¿En serio me estáis dando este sermón? Del romanticismo pasáis al dramatismo con facilidad. Y a mí nunca me pasará.

15. Prometiste no hacerme daño

—Ehh... os dejo solos —dice Olaia, cohibida—. Ya hablaremos.

—¿Vas a estar bien? —me preocupo.

No olvido la llamada de Max.

—Sí, supongo.

—Cualquier cosa...

—Lo mismo te digo —me interrumpe de camino a la salida. La mirada que le brinda a Nacho no tiene desperdicio—. Cuídamela.

Éste se queda inmóvil en la entrada, con las manos en los bolsillos del pantalón, negro y roto como de costumbre y camisa ancha, blanca. Tiene una expresión dura, cansada.

Me limito a dejar el cuchillo en la mesilla, abarrotada de golosinas y otras tantas delicias saturadas de calorías.

—¿De qué te has sorprendido esta mañana, Marta? —habla finalmente—. Es el mismo pacto que siempre mantuvimos en Madrid, no entiendo tu indignación.

—Pero nunca lo presencié y, además, una vez me dejaste claro que, mientras estuviste conmigo, no necesitaste buscar a otras. Asumí que aquí sería igual. ¿O era mentira?

—No, sabes que odio mentir. Dime algo, ¿tú sí podías y puedes hacer lo que te plazca y delante de mí? Eso es muy egoísta por tu parte.

—¿Me estás tomando el pelo? —Estallo frente a su serenidad e indiferencia. ¿De qué va?—. ¡Me mentiste ayer al decirme que te ibas cuando en realidad lo hiciste para estar con otra!

—Tenía mis motivos.

—¿Y cuáles son? —reclamo, tragando saliva al ver que se acerca muy despacio—. Si has venido para burlarte de mí, no te lo pienso consentir, Nacho. Ya lo has hecho bastante.

Se aprieta el puente de la nariz, chirría los dientes y masculla:

—Y vuelven a estar ahí.

—¿¡El qué!?

Nacho intenta tocarme.

Doy un paso atrás, advirtiéndolo de que ni se atreva.

—Me prometiste no hacerme daño —balbuceo, y me tiembla el labio al añadir—, y en apenas unos días has terminado destrozándome.

—¡Maldita seas! Por esto te lo prometí. —Señala mis ojos con impotencia—. Aquella noche los vi vidriosos por primera vez, y no lo soporté. Necesité hacerte saber que te mimaría el tiempo que estuvieras a mi lado y que ninguna otra sería competencia para ti. Anoche se empañaron de nuevo dos veces y comprendí el daño que te causaba, aunque desconozco el motivo.

»Y ahora vuelves a tenerlos así, tristes, llorosos, apagados y, a pesar de no sentir lo mismo por ti, sigo sin tolerarlo. Pero sé que no reconocerás haberte sentido o sentirte tan vulnerable, forma parte de ti. Aun así, aprendí a conocer tus debilidades.

Giro la cara cuando me la enmarca y aprieto los dientes.

Las manos le tiemblan.

—Descubrí tu nostalgia ante la foto que me hiciste y supe que teníamos que acabar con este vínculo de nuevo, pero esta vez para siempre. Por algún motivo no te ha hecho bien este reencuentro y no me siento capaz de calmarte, ya no.

—Ya... la despedida, no sin antes echarme el maldito polvo que estabas deseando.

—No lo pude evitar, necesitaba tenerte por última vez.

Cierro los ojos y aprieto muy fuerte los párpados para no caer en la tentación de mirarlo. Las lágrimas se derraman sin consuelo. Esta vez no intento ocultarme, es inevitable.

Permito que por primera vez me vea llorar de verdad.

—No, Marta, basta. —Las seca suavemente con la yema de sus dedos, propiciando que termine rompiéndome con un estruendoso llanto—. Maldita sea, quise evitarte esto. Por eso te mentí, te dije que me iba; sin embargo, cuando me encontré con Olaia, tuve claro que sería imposible esconderme tantos días, así que...

—¿Q-qué?

—Aproveché que desapareció un momento para pedirle el favor a una amiga... Tenía claro que te avisaría y de ahí que esperara tu llegada sin miedo, sino todo lo contrario, desafiándote.

—¿¡Y qué pretendías conseguir!?

—Que no volvieras a buscarme y acabar de una vez por todas con esto. Te

daría una explicación, pero cuando ya estuvieras en Madrid y no tuviéramos la oportunidad de caer en el mismo error. Desde ayer ya no quiero verte más. Lo siento.

—No... no. Abrázame, por favor.

Dice que no rápidamente con la cabeza, hasta que suplico de nuevo, esta vez sin hablar. Abro los brazos, lanzándome a los suyos sin esperar otra negativa. Al verme así, se rinde y me aprieta contra su pecho, donde me acurruco con desesperación.

Temo que me suelte.

—¿Qué te ha pasado, Nacho?

—Que se acabó, que me niego a volver a engancharme a ti y, tienes razón, lo consigues con facilidad si te lo propones.

—¿Es miedo, entonces?

—Es protección, orgullo propio.

A pesar de la dureza de sus palabras, su ternura es infinita, aunque abrazándome con tanta fuerza que incluso me lastima.

No me quejo, al revés, lo necesito.

—Ya me pisoteaste suficiente en el pasado y aquí has vuelto a intentar sentirte superior a mí, dominarme con tu apasionado carácter, pero no soy el idiota de antes.

—Lo sé... Lo he podido comprobar en más de una ocasión. Te pillé besando a otra mientras yo esperaba que fueras a buscarme.

—¿Qué?

Me aparta violentamente y me zarandea para que lo mire.

Sobresaltada, lo hago.

—Ahora entiendo tu berrinche, es lo mismo de siempre. No soportas que, estando en el mismo lugar que yo, no te preste toda mi atención, que se la entregue a otra.

—¡No entiendes nada!

Me libero de un manotazo, volviéndome de espaldas.

Me da vergüenza confesar en voz alta lo que voy a admitir.

—Sí, Nacho, todos teníais razón, nunca fue sólo sexo. Me negué a creerlo, me puse una coraza para que no me hicieran daño, pero en este viaje he descubierto que no fui inmune al amor, a ti... que me enamoré y todos estos

meses te enterré en lo más hondo de mi pecho para no sufrir, pero de alguna forma lo hice. Luego me aferré a mis amigas y, ahora que ellas tienen su vida, que estoy sola, me he dado cuenta de todo. Es cierto, soy así de egoísta.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Que te quiero, Nacho... Te quiero como tú me quisiste y no supe valorar. Te quiero como me pediste desesperadamente que lo hiciera, aunque sin palabras, la última noche que nos vimos...

Me dejo caer en el sofá, me cubro la cara con las manos y me mezo hacia delante y hacia atrás. No puedo creer que el momento del que tanto he huido, desde que en mi adolescencia me rompieran por primera vez el corazón, haya llegado.

Me lo prometí y he resquebrajado cada una de las promesas que me hice acerca del amor. Marta Olivares ganó una batalla, pero Nacho Rivas ha ganado la guerra.

—Sólo estás confundida —intenta convencerme, y advierto su peso hundiéndose en el hueco de mi izquierda—. Dime que es así, Marta, deja de jugar.

—No. Quiero seguir siendo tu pequeña.

Me armo de valor, observándolo. Entonces una presión desconocida, una ansiedad que me destroza, se instala en cada centímetro de mi piel y me empuja hacia él, el hombre que me hizo ver el mundo de otro modo, el que me demostró que el amor no tenía por qué doler... mientras yo le enseñaba todo lo contrario.

El hombre que marcó mi vida... El temor de perderlo me domina.

Y en el fondo sé que ya lo he hecho.

—Tranquilízate, por favor —suplico e intento besarlo.

—No, Marta, ¡no, joder!

—No me rechaces esta noche —repito la frase que él mismo pronunció ayer, cuando me dijo que era su turno

—No va a servirte de nada.

—Me da igual. No soporto este vacío, Nacho. Tengo miedo.

Carraspea y traga con dificultad.

La situación lo ha sobrepasado, como a mí el día en el que la escena fue a la inversa. Por ello entiendo su desconcertada actitud.

—Me partes el alma, ¿lo sabes? —Me acaricia el rostro, secándose las lágrimas al tiempo que me roza los labios. Sollozo—. No me tienes acostumbrado a esto.

—Aun así, dejarás que me marche. Decides perderme.

—No puedo perder algo que nunca ha sido mío.

—¿Tanto daño te hice? —pregunto contra su boca. Él se bebe mis suspiros, afligido, tratándome con una delicadeza que no merezco—. Quiero saberlo.

—Te lo di todo, fui exactamente lo que necesitaste que fuera. Me dediqué a ti pese a que despreciaras *lo nuestro*. Estuve presente cada minuto que así lo pediste. Fueron los quince meses más desconcertantes, completos e intensos de toda mi vida. ¿Entiendes cuánto?

No sé qué decir.

Percibo ese maldito despecho que intenta arrinconar para no lastimarme. Soy consciente de lo mucho que lo atormenta no poder darme lo que ahora reclamo.

—Te amé —confiesa cerrando los ojos. Mi corazón se quiebra al oírlo hablar en pasado y relevando la profundidad de sus sentimientos por mí por primera vez—. Te amé más que a nada.

—Perdóname... Dame una oportunidad, por favor.

—Ya no. No sirvo para entregarme a medias, y es lo único que puedo ofrecerte en este momento de mi vida.

—¿Y si te pido que te quedes esta noche?

—No me harás replantearme nada. Es muy tarde, Marta.

Enredo las manos en su cabello, escurriéndolas luego por su cuello, su pecho, buscando la forma de deshacerme de su camisa sin renunciar a sus labios. Ahora quiero todo lo que fue mío... Me maldigo por no haberlo valorado y haberme comportado como una maldita niñata que sólo miraba por su placer y bienestar. Éste es mi castigo y es mi deber respetarlo... aunque no sé cómo voy a hacerlo.

—Quítatela, Nacho. Esto no es un error... sino la despedida que necesito — es mi forma de convencerlo—, que merecemos.

Finalmente me ayuda a despojarlo de la prenda y acaricio su piel, estremecida y con la ternura que siempre me ha pedido, esa que no le he mostrado jamás. Nacho echa la cabeza hacia atrás y se deja llevar, no sin gruñir, pero no de placer... es dolor.

—¿Qué dicen los tatuajes? —musito rozándolos con la yema de los dedos—. ¿Q-qué ocultan?

—Marta...

—Por favor.

—Pero no pidas más... —sentencia—. El león significa el animal en el que me convertí al perder a una mujer. El reloj, el tiempo que me costó olvidarla. Las alas, la libertad que alcancé cuando lo conseguí. Y las palabras, una frase que me recordaba a ella.

—¿C-cuál?

Traga, se tensa y cierra los ojos al confesar:

—Susúrramelo al oído.

—Esa... esa... Hablas de mí, ¿verdad? —Contrae el rostro—. Estás lleno de mí, de los recuerdos que te hicieron daño, de los que te convirtieron en otro.

—Ya pasó.

—¡No! —Histérica, barro con la mano todo lo que hay en la mesa, lanzándolo al suelo—. Porque ahora tú estás más vivo en mí que nunca y no te puedo tener.

—Deja de repetirlo —me ordena furioso.

—No quiero.

—Entonces será mejor que me vaya. Esto no nos va a llevar a ninguna parte.

—¡No! —Me aferro a su cuerpo, acorralándolo para que no me deje—. Si no querías hacerme daño, ¿por qué liarte con otra o apartarme de tu lado? ¿Por qué me obligaste a hacerte esa promesa en la playa? ¡Tengo muchas preguntas y necesito respuestas! Me estoy volviendo loca... Pensé que me querías, no como antes... pero que algo quedaba en ti. ¿Qué callabas?

—Aquí no, Marta. —Empuña mis dos manos con una de las suyas, limitando mi movilidad—. No puedo lastimarte más.

—¿Sí mediante una fría llamada?

—Ya lo entenderás. Llama a Olaia, no puedo seguir aquí.

—¿¡Qué temes!?! —Me zarandeo hasta liberarme y luego sacudo su impasible cuerpo—. No puedes irte dejándome así.

—¡Ya basta!

—Yo tampoco pude estar con otros en todos esos meses que compartí contigo —confieso desesperada, de una vez por todas—. No sabía por qué, simplemente me producían rechazo otras manos sobre mi piel. Y con un beso de otra persona bastó para que me diera cuenta, pero pensé que sería algo pasajero...

—¡Qué te calles, joder!

—¿Por qué? Era algo que te atormentaba...

—Y no fuiste capaz de tranquilizarme entonces. —Escupe las palabras con

una frialdad que me hiela—. Ahora ya no quiero saber nada, ¡nada! No confío en ti. No sé qué pretendes. O quizá no quiero reconocer que es tu forma de actuar cuando te sientes desplazada.

Doy un paso atrás cuando se muestra tan violento como jamás lo he visto. Tumba la mesa bocabajo de un golpe y da un puñetazo en seco a la pared. Está fuera de sí. Su mirada parece perdida. Su semblante está pálido; los labios, morados, y la respiración, agitada.

—Si me quedo, querrás convencerme y no funcionaría. Ahora no te quiero como un hombre debe querer a una mujer. Te utilizaría para mi placer, porque siempre serás mi debilidad en la cama... pero nada más. No tengo nada mejor que ofrecerte. Te hice una promesa que no cumplí tratando de hacer justo lo contrario. Pensé que estarías preparada para mí, para desgastarnos en la intimidad y luego marcharte como si nada. Pero nos equivocamos.

—Nacho...

—No, Marta. El resto de la historia la conocerás en otro momento, cuando estés ya muy lejos de aquí. —Levanta las manos prohibiendo que me acerque, mientras camina hacia atrás, marcando una dolorosa barrera—. No me presiones o esto es lo que vas a conseguir, que descargue mi ira de la forma más agresiva. No quiero que te quedes con ese recuerdo.

—No me importa, no te marches así. No soportaré estar aquí sabiendo lo que sé... sintiendo lo que siento.

—Entonces vete de Ibiza.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo mejor. —Se tira del pelo y, frente a la puerta, sin camisa y derrotado como está, confiesa—: Esta vez no te detendré; ya lo intenté una vez y me costó mucho recuperarme.

—¡Nacho!

La puerta se cierra de un portazo; salgo corriendo para intentar abrirla, pero, aunque empleo todas mis fuerzas, soy incapaz. Él la ha atrancado desde fuera... Llorando, apoyo la espalda contra la madera y resbalo hasta quedar en el suelo.

—Te amo —sollozo contra la puerta, aporreándola—. Te amo.

16. ¿Poner punto y final?

—¿Qué te pasa? Estás inquieta.

—Nada —le respondí tumbada en su sofá, dándole la espalda y de cara a la ventana para ver el ya famoso amanecer—. Esta semana no podré venir.

—¿Por qué?

Él me acarició la cintura; me mantuve impasible, como de costumbre, evitando rozarlo con mis manos para que la distancia fuera más evidente que nunca. La conversación con Álex me atormentaba, ¿había llegado el momento de poner punto y final?

Temía, sí, por primera vez temía que Nacho se hubiera encaprichado de mí, que se hubiese acostumbrado a lo que teníamos. Me gustaba, a esas alturas le tenía cariño, me atraía como ningún otro; de hecho, en esos quince meses sólo me di un inocente beso con otro, rechazándolo en seguida, pues la imagen de un rubio se coló en medio. Sin embargo, no era más que eso, ya rutina quizá, afecto... protección.

—No me gusta que estés tan callada, ¿pongo una película?

—No...

—De miedo, acción, nada romántico; sé que no te gusta ese género.

—No te preocupes, me iré en breve.

—Quédate esta noche —me pidió con voz quebrada. Dios mío, el pulso se me aceleró a mil por hora—. Dime que sí, pelirroja. Sabes que me encanta estar así.

—Ya...

—¿Y a ti?

—Nacho... —supliqué, cerrando los ojos—. No sigas por ahí.

—Quiero escuchar de tus labios, y en susurros, todo eso que no te atreves a decir en voz alta.

Me di la vuelta, quedando cara a cara con él. No fui capaz de mirarlo a los ojos; estaba confusa por lo que debía hacer y lo que realmente quería. Entonces la Marta egoísta habló por mí, obviando el daño que podría causarle a Nacho de darle esperanzas. Se le tendría que pasar... no le quedaba otra.

No renunciaría a lo que teníamos. No estaba dispuesta a buscar en otro lado lo que él me ofrecía con tanta entrega.

—¿Adónde vas? —preguntó confuso—. ¿Qué vas a hacer?

—Susurrarte al oído lo mucho que me gustas, lo que me apasiona estar a tu lado, lo bien que me haces sentir cuando me tratas como yo no sé corresponderte.

—Te lo perdono —se apoyó en mi frente; lo evité—, pero no me rechaces.

—No olvides los límites, Nacho.

Cerré los ojos momentáneamente o así lo creí.

Al abrirlos, él estaba dormido; ya había amanecido y sus calientes labios descansaban sobre mi frente. Me abrazaba como si me fuera a escapar, mientras yo, incluso de forma inconsciente, mantenía mi coraza interpuesta entre los dos. ¡Joder! No dudé en huir de allí; sería la primera y última vez que tendría un descuido como aquel.

Ya sólo me prestaría a sus juegos en el sexo.

17. El poder de las mosqueteras

Llamo a la habitación de Olaia tras una noche infernal de lágrimas y arrepentimiento, que no quiero recordar. De nada me ha servido estar pensando «si hubiera...».

No puedo cambiar el pasado, aunque en estos momentos daría todo lo que tengo por hacerlo, pero sé que es imposible.

—Ya está aquí el desa... —se interrumpe la morena cuando finalmente abre.

Está enrollada en una sábana, sonrojándose al encontrarse conmigo, por lo que deduzco que no es a mí a quien esperaba.

También intuyo que no está sola.

—Venía a... bueno... molesto, ¿verdad?

—¡No! Es Max, me sorprendió hace unas horas cogiendo un vuelo...

—Ah, no tienes que darme explicaciones, boba.

—¿Nacho y tú?

Levanto la mirada hacia el techo. ¿Cómo se lo explico?

—No funcionaría, Olaia. Me voy a Murcia hoy mismo. Aprovecha tu estancia con Max, ¿vale? Yo ya no tengo nada que hacer aquí.

—¿Qué dices?

Antes de que me derrumbe, me despido rápidamente y entro en mi habitación. Olaia me persigue, colándose detrás de mí.

No tarda en emitir un jadeo al ver el desorden del salón.

—Pero ¿qué ha pasado, Marta?

—Es una historia muy larga —me excuso, entrando en el vestidor para cerrar ya la última maleta—. Te la cuento cuando regreses. Tú sólo disfruta y medita bien las decisiones que vayas a tomar. Es fácil cometer un error que determine tu vida.

—Ay, Señor. ¿Dónde está mi Marta? Me la han cambiado.

Le sonrío sin ganas y reviso a mi alrededor para no olvidarme nada. Entonces me tropiezo con esa imagen en el espejo, la de la chica de la sonrisa alegre que hoy ha perfilado sus labios en rojo para seguirlo pareciendo; la que se

ha puesto su vestido más llamativo, de color grana, con la esperanza de que en el aeropuerto aparezca el hombre del que está enamorada y la rescate como le sucedió a la protagonista de *Pretty woman*.

¿Quién iba a decir que Marta Olivares soñaría con un final de cuento?

Hay algo que ha cambiado, y es que la luz de los ojos de esa chica no brilla, porque sabe que son meras fantasías y que ese final de cuento, ahora que lo desea, ella no lo tendrá.

—¿Quieres que te acompañe?

Le digo que no a Olaia, arrastrando las maletas hacia la salida, aunque todavía me queda ordenar el salón.

—No te preocupes, Max y yo nos encargaremos de esto... Siento que hayas tenido que venir a Ibiza por mi culpa y...

—Ni se te ocurra decirlo, por mis amigas haría cualquier cosa.

—Gracias, Marta.

—Diviértete mucho. —La abrazo y le doy dos besos antes de emocionarme de nuevo—. Nos vemos en Madrid.

—Claro.

Me despido definitivamente y entro en el ascensor con un suspiro, recorriendo con la mirada cada rincón, esos en los que he vivido distintas emociones estos días, no todas buenas, muchas de ellas malas, y en los que he conocido una parte de mí que no creía ni que existiera... sorprendiéndome. La tentación de acortar los metros que nos separan a Nacho y a mí se intensifica, se vuelve urgente, pero me contengo, respetando su decisión, por dolosa que me resulte. Nunca he sido paciente... ahora me obligo a ello.

Ya en el taxi, me vengo abajo. El recuerdo de la conversación que mantuvimos la última vez en Madrid me visita de nuevo, haciéndome más largo el agónico trayecto.

Temo no partir pronto de aquí y correr en dirección contraria a la que debo, hacia el rechazo: los brazos de Nacho Rivas.

Sin duda hoy no es uno de los mejores días de mi vida, incluso la suerte me ha abandonado. Tras la llorera por no poder dar marcha atrás en el tiempo, por no haber recorrido de vuelta aquella escalera, me dan la noticia de que el próximo vuelo que me pueden asignar con destino a Murcia sale en tres días.

Desconsolada, me siento encima de una de las maletas en medio del concurrido aeropuerto y saco el teléfono. Podría hacer una llamada a tres, pero es una sola voz la que necesito oír.

—¿Marta?

—Sí, Silvia —susurro, llorando desconsoladamente, sin importarme que los que caminan cerca piensen que estoy loca—. ¿Tienes un minuto?

—Claro. Espera... Nene, ya vuelvo, ¿vale? Te quiero. —Se me escapa una sonrisa al reconocerlos tan pegajosos—. Dime, Marta. ¿Qué te pasa? ¿Estás resfriada?

—No...

—¿Estás llorando? —cuestiona como si fuese imposible—. ¿Me oyes? ¿Qué está ocurriendo? ¿Es Olaia?

—Me he enamorado, Silvia.

—¿Que qué? Pero ¿de quién? Si sólo llevas seis días allí y tú no eres así.

Nunca me ha dolido esa frase tan recurrente dirigida a mí; hoy me mata, me molesta, me hiere.

—¿Queréis dejar de hacerme sentir que no tengo sentimientos? También sufro.

—Marta... lo siento. ¿Hacemos una videollamada y nos vemos? No sabes cómo me gustaría poder abrazarte en este momento.

—Yo también te echo de menos...

La llamada se corta, aunque en seguida el teléfono suena de nuevo. Esta vez el rostro de mi amiga está ahí, calmándome de alguna manera.

La maternidad le ha sentado muy bien; está un poco más rellenita, tiene la larga melena suelta como de costumbre y sus ojos oscuros brillan más de lo que nunca pude imaginar.

—No me digas que me lo advertiste —le imploro, y beso la pantalla como si pudiera hacerle llegar el beso. Ella me imita con una sonrisa fingida—. Él ya no me quiere, Silvia. Lo he perdido y el corazón me duele, mucho.

—Nacho... —reflexiona en voz alta—. Todo esto es culpa mía, la idea fue mía. Si no te hubiéramos...

—No empieces tú también. Sólo has adelantado algo que hubiese llegado igualmente, porque, desde nuestro encuentro en Madrid, teníais razón, no pude dejar de pensar en él. Acepté vuestra propuesta no sólo por Olaia, pues vi la oportunidad de pasar unos días con él y, después de su invitación, lo necesitaba. Pero me negué a...

—Chis, lo sé. ¿Y dónde estás?

—Intentando adelantar el vuelo de regreso, pero no puedo; el destino también está en mi contra.

—Quizá es porque no es el momento de que vuelvas. —Me niego en rotundo, sé lo que vendrá a continuación—. ¿Vas a tirar la toalla tan fácilmente?

—No soporto su rechazo, me quiero morir.

Detrás de Silvia se asoma Alexander meciendo a la pequeña sin quitarle ojo a su mujer. Ella le ofrece un lugar a su derecha, mostrándome la estampa de los tres.

Las lágrimas aumentan.

—Martita, no estás acostumbrada a sufrir por un hombre, ¿eh? —Silvia le da un codazo a su marido por la broma. Yo me limito a asentir. Sé que lo hace desde el cariño—. Vamos, ¿qué haces ahí? Eres muy terca, ¿te vas a dar por vencida?

—Sólo quiero volver a casa.

—Si te hago sentir como en ella, ¿me juras que lucharás? —La alocada idea de Silvia consigue hacerme sonreír. Nunca cambiará—. ¿Me prometes que harás todo lo posible para que esto no quede en un reencuentro de verano?

—Silvia...

—¿Sí o no?

—Responde, Marta, no me gusta que hagas sufrir a mi mujer.

Le enseño el dedo corazón a Álex, regalándole con el gesto una impertinente peineta, y asiento, aceptando el absurdo trato.

—Te prometo que a pesar de la distancia compensaré cada segundo que no he estado a tu lado en este tiempo y en el que, por mi culpa, te has sentido sola. Me apoyaste en mi peor momento y no pienso fallarte, Marta. Pero júrame también que, mientras busco la forma, te vas a mantener fuerte.

—Lo seré... —le miento como sé que ella hace conmigo.

* * *

—¿Quieres dejar de comer helados? Llevas dos días alimentándote nada más que de esa porquería. Pareces una zombi. ¿Te has visto, Marta?

—¿Y tú quieres dejar de controlar mis comidas, Olaia? —replico chasqueando la lengua—. Vete ya, Max te espera. ¡Menuda paciencia está teniendo!

—Claro, por hacerte compañía a ti y no dejarte sola.

Suena la palabra mágica y como una idiota se me empañan los ojos. Le prometí a Silvia hace un par de días que sería fuerte; como era de esperar, ella no ha cumplido su promesa, porque, estando tan lejos, es imposible, pero yo sí lo estoy intentando.

Después de llevar varias noches sin dormir, he entendido que, por mi salud, he de cuidarme. Cuando flaqueo, me encierro en el baño para que Olaia no me vea. Aunque mi reclusión ha ido más allá, ya que no he vuelto a salir de la habitación. Se han convertido en las vacaciones peor aprovechadas de toda mi vida.

—Marta, ¿te has enfadado? —Hago un aspaviento y dejo el helado en la mesa—. Lo siento, a veces soy un poco bocazas.

—No te preocupes, es una tontería. ¿A qué hora sale mi vuelo mañana? ¿Y cuándo empezarás a llevar tus cosas a Madrid?

—A las tres y, sobre lo de compartir piso, quería hablar contigo...

—Entiendo, te irás a vivir con Max cuando te instales en la capital, ¿no?

Baja la cabeza un poco avergonzada. Y yo no me lo puedo creer.

Intento hacerme la fuerte, pero la mente me juega una mala pasada, recordándome que todos los que pasan por mi vida se van. ¿Qué he de pensar ya? Quizá la única culpable sea yo.

—Te ayudaré a encontrar una compañera para los gastos —comenta, haciendo *zapping* y, de este modo, evitarme—. Lo siento...

—¡Estoy harta de esa frase!

Me incorporo y salgo pitando hacia el baño, aislándome. Me siento encima del retrete y rompo a llorar. Ya no puedo más.

Mis amigas me abandonan y Nacho me odia. Mi madre me llamó ayer para decirme que se va lo que queda de mes, tres semanas, a Andalucía y que no estará en casa. En el trabajo la cosa pinta peor, ya que me han dado quince días más de descanso.

¿Qué más me puede pasar?

—Marta, abre, por favor.

Olaia aporrea la puerta.

—¡No quiero ver a nadie! —grito sin calma—. ¡A nadie!

—¿Ni a mí?

—¿Carol? —pregunto con un nudo en la garganta. Reconocería la voz de mis amigas incluso en susurros—. ¿Estás ahí?

—Claro; ábreme, anda.

No me lo puedo creer. Me lanzo sobre ella en cuanto la veo. Sus brazos me consuelan como no es capaz de imaginar. Su olor me transporta a la casa que ambas todavía compartimos, cumpliéndose de alguna manera las palabras de Silvia.

No tienen ni idea de cuánto las quiero.

—¿Qué ha pasado con mi Marta? —bromea dándome una vuelta. Parezco una mendiga, lo sé—. Prepárate, que nos vamos.

—¿Qué? —El pulso se me acelera—. ¿A Madrid?

—Ni hablar. A mi despedida de soltera.

—Pero si dijiste que no la harías, Silvia no llega hasta el mes que viene.

—¿Y para qué está la tecnología? —Saca el móvil y aparece Silvia, muy guapa, maquillada como una puerta y vestida de blanco. No entiendo nada—. Ella vendrá con nosotras incluso desde Brasil. Ya está preparada, así que no la hagas esperar.

—¿Estáis locas?

—Te prometí que no te fallaría —dice Silvia, y me lanza un beso que me llega al alma. Son las mejores—. ¡Vamos, que se hace tarde y la noche es joven!

Me llevo el teléfono al corazón mientras atraigo a Carolina hacia mí, que por cierto también está guapísima de blanco, como la morena.

Sus ojos están igual de empañados que los míos.

—Jo... y yo, ¿qué?

—Tú también —invito a Olaia para que se una a nosotras.

No sé cómo he sido tan estúpida de pensar que no estarían haciendo de las suyas. Desde que nos conocimos, siempre ha sido así. Nos hemos apoyado en momentos en los que incluso tendríamos que habernos regañado y de ahí que se desencadenaran situaciones que nos han pasado factura luego.

—Bueno, venga, ¡que nos vamos de fiesta! —chilla Silvia con alegría—. Álex se ha quedado con la peque.

—Pero ¿dónde estás? —pregunto, separándome.

—En el jardín de mi casa.

Las cuatro soltamos una carcajada, ya que estas cosas sólo se le pueden ocurrir a ella. Pero les debo una y decido salir a comerme Ibiza con mis amigas. Así que me meto en la ducha mientras ellas me ayudan a escoger atuendo, librándome de la camiseta que no me quito ni para dormir. Así han pasado los dos días... con un moño, descalza y, durante las últimas cuarenta y ocho horas,

enganchada al helado de chocolate. Reconozco que he estado más agotada de lo habitual y que sólo quería dormir. Raro en mí, ya que soy tan nerviosa que incluso conciliar el sueño me supone una odisea.

—Más tarde os busco —nos avisa Olaia—. No quiero dejar a Max toda la noche solo. En la playa habrá fuegos artificiales y una superfiesta ibicenca, aprovechémosla. Tiene que estar guay.

—A la playa, no —replico, secándome el pelo—. A otro lado.

—Ya veremos —comenta Carolina—. Ahora, manos a la obra, que le he prometido a Héctor que me portaría bien y sólo tengo una noche para desinhibirme.

—¿Te quedas el mismo tiempo que yo?

—Claro, sólo he venido para eso. Tenemos que celebrar que por fin me caso, rodeada de mis seres queridos y en una boda de ensueño. Aunque el novio esté exageradamente nervioso.

—¡Sí! —clamamos todas al unísono.

Sobre las diez de la noche, salimos del hotel. Me siento hasta extraña respirando aire puro, libre, después de tanto encierro.

Carolina y yo vamos entusiasmadas cogidas de la mano, con el teléfono en alto para mostrarle a Silvia el ambiente. Las tres, de blanco, con el pelo ondulado y maquillaje en tonos tierra, aunque cada una en su estilo. Silvia, con falda y camisa; Carol, vestido, y yo... pantalón corto y top palabra de honor, sin zapatos, disfrutando de la sensación de la fina arena deslizándose bajo mis pies. Porque al final hemos acabado en la playa.

—Es precioso —musita Carolina—. Olaia tenía razón, no nos podemos perder esto. Mirad, globos desapareciendo en el cielo.

—¡Qué pasada, chicas! —Silvia se comporta como si realmente estuviera aquí, saltando y brincando—. ¿Unas copas? Yo sin alcohol, que todavía estoy en la cuarentena. Y vamos a cenar algo, me muero de hambre.

Sonrío de nuevo. Allí ni siquiera ha anochecido... Es adorable.

Las guío a la otra punta de la playa, alejadas de Paraíso Ibiza. Allí nos encontramos un restaurante al aire libre. Tiene mesas muy bajas y cojines alrededor de éstas en la arena, música animada de fondo y parrilla a escasos metros, que desprende un olor exquisito.

En cuanto nos miramos, nos decantamos por quedarnos.

—¿Pedimos chuletones? —propongo, sentándome. Carol se acomoda a mi derecha y ponemos a Silvia enfrente—. Y cóctel sin alcohol, solidarizándonos

contigo... Gracias, chicas, no os imagináis cuánto necesitaba esto.

—Siempre estaríamos juntas, ¿lo has olvidado?

¡Otra vez las ganas de llorar! Seré boba. Lo cierto es que, si me hubiesen preguntado si alguna vez había imaginado una noche como ésta, las habría llamado chifladas, ya que es tan surrealista como especial.

—Vamos a brindar —musita Carol sonriendo; irradia felicidad. Quién nos iba a decir que Héctor Muñoz sería el culpable—. Por nosotras, chicas.

—¡Y por el poder de las mosqueteras! —añade Silvia—. Porque somos capaces de recorrernos medio mundo, sin hacerlo, fingiendo que no hay distancia, cuando la hay, y disfrutar de la misma manera que como si estuviéramos las tres ahí.

—Sois las mejores, nenas —apostillo.

Para terminar de animarnos la noche, suena Sia, volviéndonos locas. Silvia y yo adoramos este tema; en el pasado nos sentimos muy identificadas con la letra de la canción... Bueno, yo hasta hace relativamente poco, concretamente antes de aterrizar en Ibiza.

—*One, two, three, drink...* —canturreo a pleno pulmón, formando un corro con Carol y el móvil, en el que Silvia se mueve al ritmo de la melodía como nosotras.

Entusiasmada ante el reencuentro de las mosqueteras, agito las caderas y me dejo llevar. Entonces recuerdo: «Si te hago sentir como en casa, ¿me juras que lucharás? ¿Me prometes que harás todo lo posible para que esto no quede en un reencuentro de verano?».

¿Y qué es luchar? ¿Decir palabras vacías sin expresar lo que verdaderamente sentimos? ¿Sin decirle «te amo» a esa persona que nos ha cambiado la vida? La última vez que hablé con él le confesé que sentía algo por él, pero sin ser clara y hablando en pasado; no me atreví a expresar en voz alta esa palabra que define lo que siento ahora. ¿Seré capaz o no podré nunca? De alguna forma intuyo que Nacho me necesita; no sé hasta qué punto, pero presiento que le gustaría estar a mi lado y que la desconfianza no se lo permite... Me niego a creer que esa manera de tocarme no esté expresando algo...

—Chicas, ahora vengo, ¿vale? —Carol y Silvia en seguida me observan—. Tengo que ir... No puedo marcharme sin intentarlo una vez más.

—Martita, no te rindas; yo no lo hice con el mujeriego de Héctor y míranos.

—Lo sé, Carol. He aprendido un poco... ¡Silvia!, no llores.

—Es que no me acostumbro a verte así, tan tierna y enamorada.

Sonriendo, me despido de ellas y recorro los metros que nos separan a Nacho y a mí en esta playa.

No sé cuántos minutos tardo en acortar la distancia a través de la orilla, pero, una vez que llego, lo veo de perfil. Está de fiesta.

En seguida reconozco su estado: borracho, bebiendo, mal.

Parece haberse manchado y se sacude el pantalón corto, beige, e intenta limpiarse con una servilleta la camiseta de manga corta, más ceñida en esta ocasión. También va descalzo y en la mano lleva una copa bastante cargada. A su lado, el grupo de los que intuyo que son sus amigos. Entre ellos, la chica con la que se besaba aquel día. Pestañeo varias veces, huyendo del picor de mis ojos.

—Nacho... —lo llamo.

18. Esto no tiene por qué acabar mal

A la semana siguiente, allí estábamos de nuevo, como si nada... callándose una vez más después de mi espantada. No era capaz de reprocharme mi seca actitud... y su paciencia me conmovía.

—¿Por qué haces esto? —me quejé, andando a trompicones.

Nacho prácticamente me llevaba en volandas desde el portal de su casa hasta la puerta de ésta; me había vendado los ojos. ¡Odiaba no saber a qué me enfrentaba!, por no mencionar que me parecía algo ñoño y, por supuesto, no era mi estilo.

—Ya estamos, ¿preparada?

—Pues no, no me molan estas tonterías.

—Chis, no lo echés todo a perder, pelirroja.

Con expresión aburrída, esperé a que desanudara el pañuelo. Una vez que éste cayó, no di crédito a lo que había preparado en el modesto salón de su piso. No sólo me recordó a lo vivido en mi cumpleaños, sino que me transportó... La luz brillaba por su ausencia, pero había velas encendidas en la mesa, donde la cena estaba lista. Por el olor, distinguí que había cocinado la carne al horno con verduras que tanto me gustaba.

El ambiente era íntimo, romántico. Él iba preparado para la ocasión, con una camisa, vaqueros y corbata.

—Esto, ¿qué es? —Me planché con las manos el peto vaquero largo de H&M y me rasqué la frente—. A ver, Nacho, he venido a pasar un rato y...

—Necesito que hablemos, pequeña.

Lo dijo tan serio que me preocupó e incluso me acaloré. Me recogí el pelo en una cola de caballo y caminé hasta estar delante de la mesa. Aquello parecía una cita en toda regla. Había hasta copas para brindar. ¿Qué tenía planeado?

No era una fecha especial...

—¿Celebramos algo? —pregunté, tomando asiento.

—Espero que sí.

—No empieces con frases a medias.

—Todo depende de ti. —Se situó en la silla de mi derecha y empezó a servir en los platos. Advertí sus nervios por cómo evitaba mirarme—. Me voy a vivir a Ibiza.

Puse los ojos en blanco, me estaba tomando el pelo.

¡Sería idiota!

—Qué pinta tiene la carne —comenté cortándola con el cuchillo, y la probé como si no hubiese oído nada—. Dios, esta salsa te sale increíble. Por cierto, no le cuentes a nadie esta especie de ¿cita?, sabes que tengo una reputación que mantener.

—Me alegro de que te tomes la noticia así.

—Claro, ya cuando estés allí, me invitas y nos vamos un día de fiesta —me burlé probando las verduras, hasta que lo miré de reojo y me percaté de lo inquieto que estaba—. No me lo creo. ¿Es verdad?

—No te mentiría en esto. El bar cambia de jefe y no me compensa la oferta que me hace el nuevo. Un amigo ibicenco me ha propuesto alquilarme un local y, si me va bien, tengo derecho a compra. No quiero seguir estancado, busco algo más, crecer en todos los sentidos. Emprender.

—Es precipitado, ¿no?

Aparté la cena y tomé un poco de cerveza.

Había también champán, en una cubitera, pero aún no habíamos abierto la botella.

—¿Te vendrías conmigo? —Escupí la bebida, atragantándome ante su pregunta—. ¿Te atreverías a probar allí?

—¿C-cómo?

—Marta, quiero formalizar esto de alguna manera, lo necesito.

—¿A qué te refieres con *e-esto*?

—A lo nuestro.

¿¡Qué nuestro!?

Oh, Dios mío. Me levanté nerviosa y fui hasta la ventana; la que necesitaba algo era yo. ¡Aire! Saqué la cabeza, hiperventilando. Me agarroté cuando Nacho me alcanzó y me pidió que me diera la vuelta. Me daba vergüenza mirarlo a la cara.

¡Estaba loco!

—Eh, te voy a cuidar, pelirroja. No temas.

—No necesito que nadie me cuide. —Me liberé, a la defensiva—. ¿Te estás escuchando? Dime que se trata de una broma pesada.

—¿Tengo pinta de estar bromeando?

—Es decir, que te vas y pretendes arrastrarme contigo. T-tú no estás bien de la cabeza.

Sonrió y me rodeó por la cintura. Pocas veces había temblado tanto como esa noche. De miedo, sí; por ridículo que pareciera, sentí pánico, agobio, como si me estuvieran encerrando en un cuarto oscuro, sin salida. Entonces recordé la conversación con Alexander, a la que ya llevaba varios días dándole vueltas, valorando si empezar a alejarme de Nacho.

—Sabías que algún día llegaría este momento, ¿no? —me retó divertido—. No he esperado todo este tiempo siendo tu fiel amigo, camarero y amante para perderte ahora.

Madre mía, parecía entusiasmado y convencido de que aceptaría. ¿¡Cómo se le ocurría!?

—Está bien, relájate —cedió, y me retiró un mechón de cabello que se había soltado del coletero—. Te lo propongo de otra forma. Iremos más despacio: podrías visitarme los fines de semana e ir adaptándote. Soportaré la distancia sabiendo cuál es la recompensa: tú, sin reservas. Te quiero sólo para mí, pequeña.

—A-a ver... que no, no, no. Suéltame.

—¿Qué pasa?

—¿¡Cómo que qué pasa!?! Yo no pienso ir a ninguna parte ni formalizar nada. Si te vas, dejaremos de vernos y punto. ¿¡Cómo se te ocurre imaginar que lo dejaré todo por ti!?!

Mis palabras lo decepcionaron, sus facciones así lo manifestaron. Pero Nacho no se daba por vencido si se trataba de mí, algo que debería haber tenido en cuenta antes de llegar tan lejos.

—Quizá porque llevamos quince meses viéndonos casi a diario, es decir, juntos.

—No revueltos —puntalicé, quedándome detrás de la silla, distanciándome. No quería ni que me tocara—. Creía que todo estaba claro entre nosotros.

—Pero es inevitable sentir cuando compartes tanto con alguien. Niégame que no me echas de menos cuando no vienes, o que no estás pendiente del teléfono por si te llamo. Dime que, si estuviera con otras, no te importaría,

porque a mí me mata sólo imaginarte así con otro. No puedo hacerlo, me duele, pequeña. Y no, yo no he podido tocar a nadie más desde que te conocí... desde que te colaste en aquel almacén, rompiendo mis esquemas.

—¿Q-qué estás diciendo?

Por un segundo tuve la sensación de que me desvanecería.

—Ya te lo he dicho, te quiero para mí, pelirroja; en todos los sentidos, no me importa si no eres tan expresiva o cariñosa como me gustaría, si no me abrazas como yo necesito que lo hagas. Tu mirada no es distinta a la mía y yo...

—¡No lo digas! —Entré en pánico, no podía tragar ni mi propia saliva—. ¡No te acerques!

—¿Puedes relajarte? Ven aquí, hablemos como adultos.

Como no obedecí, fue él quien se acercó a mí; me acorraló, allí de pie como estábamos, y me levantó el mentón, persiguiendo mi mirada.

El corazón me palpitaba de prisa y la cabeza me estallaba. El primero albergaba la posibilidad de que nos diéramos una oportunidad, pero la mente era más fuerte y no soporté la tensión de visualizarme atada a alguien. No estaba preparada para asumir responsabilidades tan estables todavía.

—¿Qué significa para ti, pelirroja? —Intenté esquivarlo. Me lo prohibió—. ¿Qué he sido en tu vida todos estos meses? Porque te aseguro que para mí eres mucho más que la chica con la que follo. Derriba esa coraza que te impones; sé que sientes algo, no me creo que seas tan fría. A mi lado eres otra, siempre caliente en la cama y fuera de ella, distante, pero feliz. Y yo te quiero con cada uno de tus defectos, ¿lo entiendes?

—Nacho, no me hagas esto.

—¿Por qué? —Descansó su frente contra la mía y me besó. No le correspondí, arrancándole un gruñido—. ¿De verdad te conozco tan poco?

Algo crujió en mi interior, recordándome que no podía seguir siendo egoísta. No con él. Alexander tenía razón y Nacho no merecía que lo siguiera lastimando, pues lo nuestro nunca sería más de lo que era.

Una relación esporádica en la que yo no quería avanzar.

—Lo siento... Lo siento mucho.

—Si me voy sin ti, no volverás a verme —sentenció, y dejó caer los brazos, mostrando dolor en sus facciones—. No me seguirás utilizando cuando tú quieras y como tú quieras.

—¡Cállate!

—No, pequeña. No. ¿Sabes todo lo que he tenido que soportar para no

perderte? ¿¡Sabes lo que es no saber si estás con otro cuando no estás conmigo y no tener el derecho de reclamarte por ello porque jamás me lo concediste!?

Se apoyó contra la pared, sin dar crédito, con la cabeza hacia atrás, y cerró los puños.

—He aguantado porque, cuando volvías, me hacías olvidarlo. Te tenía y nada importaba. Sonreías, disfrutabas conmigo y parecías plena. ¿¡Qué te falta a mi lado!?

—N-no puedo, Nacho.

Me desconcertó cuando acertó la distancia hacia la puerta y la abrió. No, no se iba, me estaba echando a mí.

—Sólo si no vas a darnos una oportunidad —recalcó, cerrándome el paso cuando me dispuse a salir—. No tienes por qué irte así, intentémoslo. Por favor, pequeña, piénsalo. Siempre hemos sido más que dos amigos.

Me acarició la mejilla, con dedos temblorosos.

—Esto no tiene por qué acabar mal, tendré paciencia.

—Yo... yo no siento lo mismo —balbuceé sin ser capaz de mirarlo—. T-te estás equivocando.

—Mientes —masculló desesperado, negando con la cabeza—. No te engañes.

—¡Es la verdad!

—Maldita sea. ¡Cuando te arrepientas, será tarde!

—¡Que me dejes!

Huí por las escaleras, y empecé a llorar al llegar al último peldaño, al oír:

—¡Te odio como jamás imaginé, como quizá siempre has merecido, por dejarme así! —Y añadió con un desgarrador lamento—. Si no vuelves ahora, nunca te lo perdonaré, pelirroja, nunca.

19. Ni contigo... ni sin ti

El mundo cede bajo mis pies ante aquellos preciosos ojos que me contemplan inyectados en sangre, enrojecidos por el alcohol... Nacho camina en mi dirección; una vez que llega hasta mí, se rasca el mentón y se saca del bolsillo un cigarrillo.

—¿Cómo estás? —Me encojo de hombros—. Pensaba que habías vuelto a Madrid.

—No pude cambiar el vuelo, pero mañana me iré, aunque a Murcia.

—Buen viaje.

—Nacho... —Lo agarro de la muñeca antes de que se dé la vuelta. Él suspira, mirando de reojo mi mano aferrada a la suya—. ¿Podemos hablar?

Cuando va a responderme, su amiga más especial se acerca y lo abraza desde atrás, susurrándole algo al oído. No le importa mi presencia; por el contrario, parece divertirse con la interrupción. Yo, sin saber cómo actuar, lo libero. Es la primera vez que no exploto, que me controlo, porque sé que he perdido cualquier derecho.

—He de irme —me excuso dando un paso atrás.

—Espera, no nos han presentado —dice la morena, sonriéndole a un Nacho estático, sin expresión alguna—. Soy Alisa, la chica del jefe. ¿Tú eres?

—Alisa —le advierte éste, interponiéndose entre ambas—, déjanos solos.

—¿Por qué?

—Estoy hablando con ella. Es Marta y lo sabes. Fuera.

—Pero...

—Que te vayas; luego te busco y aclaramos esto.

Antes de largarse, me lanza una mirada envenenada, a la que respondo ignorándola. No la culparé de mi error.

—No es verdad —masculla Nacho, y bebe un largo trago hasta acabar con la copa. Acto seguido entierra el cigarrillo en la arena—. Ella no es nada mío.

—Pero sí te la has tirado estos días, ¿no?

Se aprieta el puente de la nariz, respondiéndome sin hacerlo.

—No te ha costado pasar página —le reprocho decepcionada—. Me quedó claro que podías sustituirme en seguida, aunque sinceramente esperé que tuvieras un poco de respeto, por lo menos hasta que me contaras lo que no podías decirme cara a cara. Eres un cobarde, Nacho, y acabas de demostrarme que no vales nada.

No obtengo reacción por su parte.

Me escucha, me mira y guarda silencio.

—¿No tienes nada que decir? ¿Tan poco te importo?

—No me encuentro bien, Marta. Me voy a casa.

Se tambalea. Sus brazos se agitan intentando sostenerse antes de caer de rodillas. Me parece que tiene la mirada perdida, que está desorientado.

Su rostro se tiñe de blanco.

—¿Qué pasa, Nacho? —Lo zarandeo—. Háblame, por favor.

—Estoy mareado.

Echo un vistazo a su grupo y sé que, si aviso a un amigo, también vendrá la tal Alisa, de modo que empleo todas mis fuerzas para levantarlo lo justo y arrastrarlo conmigo unos metros más abajo, cerca de la orilla, sin que llegue a tocarla.

Nacho se queja entre gemidos.

—Voy a por agua; mantente despierto, por favor.

Salgo corriendo, compro varias botellas de agua natural y, al volver, me arrojo a su lado. La bilis se me sube a la garganta al encontrarlo a punto de desmayarse. Todos los que están a unos metros se convierten en sombras para mí, aunque ninguno nos presta atención. No somos los únicos que nos hallamos tirados buscando intimidad, por lo que cada pareja está sumergida en su burbuja, olvidándose del resto del mundo.

—¿Marta? —balbucea Nacho, levantando la mano—. ¿Eres tú?

—Sí, joder. Bebe, toma.

Le apoyo la cabeza en mis rodillas para mantenerla un poco erguida.

—¿Mejor? —pregunto, acariciando su frente bañada en sudor.

—Algo, sí. Todo da vueltas.

—Estás borracho.

—¿Qué haces aquí?

—Cuidarte; no pienso dejarte solo, pese a que te lo mereces.

—¿Qué has hecho conmigo, pelirroja? —Vacío la botella en su cara, espabilándolo. Se sacude, sentándose de golpe al quedarse sin aire, aunque sin

estabilidad—. No me voy a callar, aunque me ahogues. Me has destrozado la vida, ¿lo sabes?

—Deja de decir tonterías; si ya estás bien, me voy.

—Esto se ha convertido en un infierno. —Detengo mis pasos al oírlo hablar sin apenas voz—. Ni contigo ni sin ti. No puedo.

Tengo el alma hecha pedazos al saber que está con otra. No soporto la idea de sus manos sobre ella mientras yo lloraba por haberlo perdido. La Marta del pasado se habría ido sin necesitar explicaciones, pero la de ahora se ha vuelto tan vulnerable que, en el fondo, las necesito para poder pasar página.

—Tengo un mensaje escrito y preparado para enviarte —continúa su relato, implorándome en silencio que no me vaya. Finalmente me siento a su lado—, pero sé que, una vez que lo leas, no habrá marcha atrás y no sé si estoy preparado... y ahora que sé que no estás en Madrid, incluso lo estoy menos. Siento no haberte dado esas respuestas antes. No podía.

—¿P-por qué?

—Porque te conozco. —Sonríe a medias y roza mis pies descalzos con los suyos—. Sé lo que intentarás y no seré capaz de rechazarte, pero tampoco de aceptar que conseguirás tu propósito con una sola noche, que te bastará con tocarme para demostrarme que, si se trata de ti, mi autocontrol queda anulado, que no te olvido.

—Nacho...

—Necesitaba tiempo para eliminarte de mi vida antes de mostrarte lo que sentía.

—P-pero yo quiero verlo ahora que lo sigues sintiendo.

—No debemos...

—Por favor.

Rebusca entre sus bolsillos y saca el teléfono. Teclea despacio; apenas tiene fuerza, su tono de voz denota debilidad, cansancio.

Le cuesta sostenerse.

—Tú ganas una vez más; léelo, pero al terminar no digas nada —me ordena, cediéndome el móvil. Lo sostengo temblando—. Simplemente vete y acaba con esto.

Lo que me muestra es una nota guardada y la acompaña una imagen de ambos juntos, una que no conocía. Estamos los dos tumbados en el sofá de su antiguo piso, en Madrid, supongo que a la espera de contemplar el amanecer.

Yo estoy dormida y él me besa la frente.

Una gota cae en la pantalla del iPhone, es la primera de las muchas lágrimas que sé que derramaré según lea cada párrafo de esa nota que ya nunca me mandará.

Y ahora, ¿qué, pequeña? ¿Por dónde empiezo?

Hace diez meses, me rompiste el corazón, y han pasado dos desde que creí haberte olvidado. Sin embargo, hace tres semanas nos cruzamos de nuevo, allí, en el mismo lugar en el que nos conocimos. Me había jurado que la chica que tenía delante, con esa melena color fuego, no me causaría más daño, pero te tuve en frente y la necesidad de tenerte me dominó... aunque el rechazo no tardó en llegar.

Así eres tú, tan impredecible que me convenciste de que no merecías la pena... eras la misma, ni un ápice de ti había cambiado. Mi regreso a Ibiza estuvo lleno de confusión y sí, me tiré a todas cuantas pude en esos días de margen que me diste, hasta que apareciste aquí. Sentí rabia, impotencia; invadíás mi terreno y no te pertenecía. Éste no era tu sitio, pero te familiarizaste con él con la misma facilidad que a mí me hundiste en la miseria. Quise demostrarte que aquí yo no era ese Nacho imbécil que te suplicaba, aquí mi vida no era la del camarero que te servía. Entonces lo puse todo a tus pies en un cumpleaños que no merecías después de nuestro adiós. Cuando le sonreíste a Kevin, mi empleado, tras servirnos las copas de champán, recordé con rabia que justo así empezamos. Sí, dudé de ti y casi te odié. Pero volviste a hacerlo, envolviéndome con tu sensualidad, conquistándome con tus armas de mujer. Necesité tocarte tanto como respirar... rindiéndome a medias.

Tras esa noche, has ido venciendo uno a uno los soldados que inventé en mi piel para protegerme de ti. De nada sirvió... pero me negué a admitirlo. Sustituí tus besos por los de otra, allí, ese día que me espías sin ser consciente de ello. No fue suficiente. No me llenaban contigo tan cerca. Y tú seguías ganando terreno, recordándome lo cómodo que estaba contigo, lo especial, sin serlo, que me hacías sentir. Quería huir, pero no podía.

Entonces vi las lágrimas en tus ojos, en la playa; te arranqué la promesa al percibir tus miedos, pero desaparecieron en seguida, de ahí mis repentinos cambios; la cabeza me gritaba que era uno de tus caprichos y el corazón me aullaba que aquello era algo más profundo. Fui el juguete de ambos, por tu culpa una vez más... Siempre tú. Por ello te juro que traté de negarme, intentando no caer de nuevo, allí, en la orilla de mar, y enfurecí al no poder controlarme. En mi apartamento la escena se volvió a repetir: demostraste debilidad y en escasos minutos sufrí nuevamente por ti al descubrir tu tristeza. Prometiste irte sin mirar atrás y no lo hiciste; no lo hiciste, pequeña. Lo complicaste todo. Yo te habría tomado por la chica sin sentimientos que me dejó y nada de esto habría pasado... Te reté para que te marcharas de mi casa, te traté mal, pero eres tan cabezona... y cuando hiciste el amago de intentarlo, volvieron las lágrimas y, egoístamente, necesité tenerte por última vez. No era un simple polvo, era mi despedida. Fue mucho más.

Y luego, ¿qué pasaría? No me dejarías, no cuando ya me tenías donde querías. Y tuve que tenderte una trampa con una de tantas amigas a las que acudí al principio de llegar a Ibiza. Te hice creer que me compartías con la certeza de que no lo tolerarías, tu orgullo no te lo permitiría. Pero, al ver cómo te marchabas tras la escena del masaje con ella, supe el daño que te había hecho y volví a buscarte para calmarte, pero te confesaste y pediste más de lo que puedo dar. Me destrozaste al revelar que, mientras yo sufría pensando si estabas con otro, tú me respetabas, pero te lo callaste, y no por cobardía. ¿Sabes cuántas noches me desvelaste por ello? No tienes ni idea, Marta.

Nunca debí confiar en ti. Has puesto mi vida al revés otra vez. Y sí, no lo niego, cuando me despedí y atranqué la puerta de la suite con la ayuda de uno de los empleados, fui a buscar a Alisa, una amiga... siento ser tan brusco, pero necesito que entiendas hasta qué punto me rindo ante ti. Me la he

follado estos días, borracho, obligándome a aceptar otra piel que no sea la tuya... Lúcido no soy capaz. Te veo a ti; mientras estoy dentro de otras, eres tú, y sé que no puedo vivir así. Tampoco contigo, pues temo que me hagas tanto daño que no pueda volver a recuperarme...

Poco a poco te fuiste clavando en mi corazón y sacarte de él es imposible, pero he aprendido a ocupar tu vacío y no estoy preparado para vivir en la constante montaña rusa a la que me sometías. Quizá algún día lo esté... No seré tan egoísta de pedirte que me esperes, porque no sé si alguna vez te buscaré. ¿Esto es lo que querías oír? Tú ganas, pelirroja, de nuevo lo haces. Te has ido y te has llevado parte de mí; me quedo con la otra mitad, sobreviviendo en esta vida que poco sentido tiene sin ti... aunque no sé si mucho contigo.

—¿Por qué me echas de tu vida si me necesitas en ella? —le recrimino hipando, con el corazón encogido—. No es justo.

—La vida no es justa, pequeña. ¿Cuándo te vas a dar cuenta?

—¿Y si te digo que no me importa que hayas estado con otras, que pesa más lo que sientes por mí? ¿Qué pasaría si me olvido de todo esto y te suplico que lo intentemos?

—Te respondería que no esperaba otra cosa de ti.

Introduce la mano entre los mechones de mi pelo, suspirando.

—Pero prefiero hacerme daño a hacértelo a ti. No ha funcionado antes, Marta, ¿por qué ahora sí?

—Porque... —Me trabo. Pese a lo que he reflexionado justo antes de correr a sus brazos, me cuesta mostrarme sin corazas. Me preocupa ser así de introvertida sentimentalmente y no estar a la altura de lo que Nacho siempre ha merecido—. Ya lo sabes... No soy tan expresiva, ¿recuerdas?

—Lo doy por hecho, pequeña.

—¿Y por qué no me reclamas que lo haga?

—¿De qué nos serviría? —Seca mis lágrimas—. No quiero intentarlo, no ahora. Me haces daño, Marta. Me hiciste pasar un infierno cuando te perdí.

—He cambiado, Nacho. ¿No entiendes que ahora yo también me entrego a ti a pesar de tu rechazo? ¿Qué tendría que pasar para que aceptaras que estar sin mí te dolerá más que estar conmigo?

—No lo sé.

—No te haré daño —prometo, sin darme por vencida.

—También lo sé, es imposible causarme más del que ya me hiciste.

Lo pierdo, se me escapa aun siendo mío.

Me arrimo más a él y sondeo sus labios, suplicándole que me bese, que arranque este pesar de mi pecho, esta angustia que provoca que me falte el aire hasta casi ahogarme.

Nacho me esquivaba y acto seguido me acurrucaba contra su cuello. Ahí lloro, descargando el profundo dolor que me produce saber que está tan dolido que no puede perdonarme.

¿Cómo ha pasado todo esto?

—No puedo más —confiesa sin fuerzas—. En todos los sentidos. No puedo.

Agotado, se deja caer hacia atrás y, abrazados como tantas veces hemos visto amanecer, contemplamos los fuegos artificiales. La magia nos rodea, por segundos nada ha cambiado.

Podría parecer cualquiera de esas noches en las que, después de cenar de manera informal, como dos amigos, terminábamos acariciándonos, entregándonos y recuperándonos.

—Finjamos que es una despedida temporal —le imploro y alzo la cabeza. Nuestras tristes miradas se encuentran—, que pronto nos veremos de nuevo.

—Marta, te he...

—Por favor, déjame creerlo así. Sé que algo te hará recapacitar y entenderás que prefieres vivir sufriendo los cambios de esta loca emocional que estar sin ella.

—Sigues siendo tan testaruda... —murmura afligido—. Te he echado de menos, ¿lo sabes? Te diría tantas cosas que no puedo.

—Susúrramelo al oído —suplico contra su boca.

—Pequeña, no nos hagas esto —gime atormentado—. No debo, no cuando sé que no puedo darte lo que necesitas.

Presiona sus labios en mi frente y luego, agarrotado, se levanta. Agacho la cabeza, no quiero ver cómo se va con ella. Los nervios me producen náuseas. Pasan minutos. Entonces miro hacia arriba y el grupo de amigos de Nacho sigue ahí, también Alisa.

—¡Nacho! —grito y, aunque no lo veo, me incorporo para ir a buscarlo.

—¿Por qué no lo dejas en paz? —me intercepta su amiga.

—No es cosa tuya.

No tengo más que decir; si hay algo que tengo claro es que no pelearé con otra mujer por un hombre. Tendemos a culpar a terceros, pero, si no les damos paso, ellos no pueden entrar en una relación que esté empezando o terminando, da igual.

Subo las escaleras de su apartamento y entonces lo descubro allí. Se halla sentado en el último escalón, el más escondido, para que nadie lo vea. Tiene una

botella de cerveza en la mano.

No puedo describir cuánto me conmueve la escena, lo mucho que se me encoje el corazón ante la guerra que está batallando en su interior acerca de mí... Despacio, llego hasta él y me arrodillo a sus pies. Nacho cierra los ojos, evitando cruzar conmigo su mirada, tan vidriosa como la mía.

—Pídeme que me quede contigo —imploro, y rozo sus facciones.

—Sabes que esta noche lo haría, que me tentarías con facilidad, pero no es real. No soy yo ahora mismo.

—Aun borracho me quieres —intento convencernos a ambos—. Me amas.

—Basta, Marta.

—No quiero irme, por favor.

Da un trago amargo a la cerveza. Espero a que termine y entonces me apodero de la botella. La dejo a un lado y rebusco entre sus bolsillos las llaves de su casa. Una vez que me hago con ellas, lo obligo a incorporarse para que entremos.

Lo llevo directo al baño; ahí lo despojo poco a poco de sus prendas. Mientras lo desnudo, lleno la bañera... Nacho gime, se queja, pero no se niega. Sus tatuajes me recuerdan todo lo que sé, y lo que desconozco, de su sufrimiento y se me parte el alma.

—Ven, entra —susurro sin apenas voz.

Lo ayudo y, una vez en la bañera, se hunde hasta el cuello. Desde fuera lo enjabono, le masajeo el cabello, el cuello, el pecho. Desciendo lentamente, pero entonces Nacho se agarrota y me sujeta de la muñeca, prohibiéndome avanzar.

—Por favor —insisto.

—No me hagas esto, pequeña.

Asiento con la cabeza a pesar de tener la certeza de que está a un paso de cederse a mi voluntad. Lo observo callada, esperando a que se encuentre lo suficientemente fuerte como para salir. Cuando veo que se incorpora, le preparo la toalla y lo arropo.

Él vuelve a permitirme que lo cuide, confiando en mí.

En cuanto entramos en su habitación, se deja caer en la cama de lado. Yo no dudo en acompañarlo, seguir mimándolo mientras él batalla de nuevo con los ojos cerrados. Se niega a rendirse y es justamente lo que yo necesito esta noche de él.

—Siento mucho no haberte tratado como merecías. —Me arrastro por el colchón y le susurro al oído—: Dime que todavía no es tarde. Reclámame que te

diga lo que atesoro en mi corazón, que te grite lo mucho que te necesito conmigo.

Se mantiene en silencio, inmóvil. Y decido tomar la iniciativa. Me desnudo por y para él, tumbándome de nuevo en la misma posición para rodearlo con mis piernas. Al sentir nuestras pieles fundidas, abre los ojos, me observa. Aprieta la mandíbula al tiempo que lo guío hacia mi interior, uniéndonos en uno solo.

—Hazme el amor. —Me subo encima con delicadeza, ternura, dulzura, y lo beso. Nacho gruñe—. Házmelo.

Suspira con fuerza, entreabre los labios y los fricciona con los míos. Sus manos se posan en mi cintura y me incita a mecirme, arrancándonos un lamento a ambos.

—Quiéreme, Nacho...

—Maldita seas, Marta, nunca he dejado de hacerlo.

Sollozo, entregándome con todo ese amor que no he sabido transmitirle, con toda esa pasión que, sin saberlo, he seguido guardando para él, con cada uno de mis sentidos... Temo que cuando amanezca sus recuerdos sean vagos, que no recapacite y asuma esta noche como el error que no ha debido cometer.

Temo despertar y estar sola... lo que querría decir que lo he perdido para siempre... y no estoy preparada para asumir que me he quedado sin lo más maravilloso que me ha pasado en la vida.

20. ¿Duelo?

Era el primer día que faltaba en la empresa desde que empecé a trabajar allí, pero esa mañana no me encontraba bien. Tenía un fuerte pellizco en el estómago, también me dolía el pecho... No lo asumí, lo achaqué a un inminente resfriado.

—Ya he avisado —me dijo Carolina sentándose a los pies de mi cama—. ¿Seguro que no te importa que te deje sola? No podemos ausentarnos las dos en la oficina y al salir... he quedado con Héctor, pero si quieres le digo que...

—No te preocupes, de verdad.

—¿Por qué no llamas a Nacho y que te haga compañía?

Carraspeé, me hice la fuerte y musité como si no me importara:

—Anoche *lo dejé*. Le ha surgido un proyecto en Ibiza y paso de guardarle respeto en la distancia.

—¿Qué me estás contando?

—No empieces, Carol. Sabíamos que este día llegaría.

—Ya... Entonces, tu malestar se debe al duelo.

—¿Duelo? —Fruncí el ceño—. ¿Qué duelo?

—El de cuando pierdes a alguien de alguna manera.

—Joder, no empieces... no me apetece que me eches la charla.

—Vale; me voy a trabajar, que llego tarde.

Asentí y la empujé cariñosamente cuando fue a darme un abrazo. No quería romperme, no tenía por qué hacerlo.

Se terminaba una etapa y empezaba otra, ¿no?

Me incliné de lado hacia mi mesilla y saqué mi diario.

Lo contemplé y, por primera vez, no supe cómo empezar, cómo explicarle a esas páginas que ya no se volverían a rellenar de momentos con Nacho... porque el capítulo de esa historia pasada acababa ahí y dudaba de que tuviera algo nuevo que contar en el futuro. «Te echaré de menos, Nacho Rivas» fue lo único que pude escribir antes de llorar tras haberlo evitado durante toda la noche.

21. Susúrramelo al oído

—Pequeña, ¿qué voy a hacer contigo?

¿Nacho? Lucho contra mis propios párpados para abrirlos, pero me pesan demasiado. Me cuesta respirar y noto un pinchazo en el pecho, como si me lo estuvieran oprimiendo. Reconozco la sensación, es esa ansiedad que no me abandona últimamente. El temor de que aquí acabe algo que ni siquiera quise empezar.

—Me estoy volviendo loco. Hace unas horas te dije que me habías destrozado la vida y ahora... no sé cómo me siento. Me prohibí pasar la noche contigo cuando llegaste, esa en la que vimos amanecer. Me fui en cuanto caíste rendida. ¿Sabes por qué?

Finjo estar exactamente como él cree que aún estoy, dormida bocarriba, aunque las ganas de abrazarlo y preguntarle me consumen por dentro.

—Porque, si te veo así, adormecida, te siento mía; necesito más y la angustia de perderte me destroza. ¿Cómo superar este enganche emocional que me ata a ti? No me permites pasar página, pequeña. Me obligas a querer más; más de ti, de ese carácter que tanto daño me hace a veces; más de tu locura, de tu pasión... de ese amor que no sabes demostrar y que yo necesito para olvidar el pasado que me distancia de ti.

Tomo aire y dejo de fingir que estoy dormida; persigo poder hablar con total libertad.

La luz me molesta.

Enfoco con los ojos aun entrecerrados, encontrándome con Nacho a escasos centímetros de mí. Éste carraspea. Nuestros cuerpos están desnudos, ceñidos aún. Contemplo su rostro, el tatuaje de su cuello, cerca de su oído, con su frase...

Nuestra.

—¿Qué te pasa, Marta?

—Nada...

—Chis —me tranquiliza Nacho, acunándome la cara y besando cada rincón de ésta. Dios, cuánto necesito esto—. ¿Y por qué lloras?

—De rabia, de impotencia. Te escucho y me odio por no poder eliminar el dolor que te provoqué. También porque podría haberte perdido para siempre. ¿Te das cuenta? He empleado más tiempo en pelear, en luchar conmigo misma, que en valorar lo realmente importarte. Cometemos el error de pensar que siempre habrá un mañana para enmendar errores, pero no todo el mundo goza de ese privilegio. Y yo todavía no sé si seré uno de los afortunados.

—Marta... mi pequeña pelirroja, tan vulnerable... Me duele pensar que soy el causante de que tu alegría se apague.

Se deja caer en mi pecho, aferrándose con fuerza.

—Sé que te cuesta expresar tus sentimientos, pero dímelo, necesito oírte decir —me suplica desesperadamente y me mira—. Necesito intentarlo de nuevo o sé que no podré seguir adelante. Tienes razón... te amo demasiado como para olvidarte.

Asiento entre lágrimas, sin poder hablar.

Las palabras no me salen.

—Recuerdo vagamente que anoche me preguntaste qué tenía que suceder para rendirme ante ti; afirmaste que ocurriría algo que me haría recapacitar, pensar que tal vez sí se puede... y así ha sido.

—¿Q-qué?

—Haberte sentido mía en todos los sentidos. No sólo me has entregado tu piel, tu placer; por primera te he tenido en cuerpo y alma. Contra ello no puedo luchar. Lo llevo esperando varios años.

—N-no, no lo hagas... ¿Qué más necesitas de mí? Dímelo.

—Susúrramelo al oído —musita sabiendo cómo me siento—, como si me estuvieras contando un secreto, uno muy nuestro, ¿recuerdas? Susúrramelo al oído.

Cierro los ojos, acariciando a ciegas las facciones de su atormentado rostro.

—Te amo, Nacho —susurro tan bajito que apenas es audible—. Te amé ayer, te amo hoy y te amaré mañana. Lo hice en el pasado, lo sigo sintiendo en el presente y te corresponderé en el futuro... Sólo dime qué va a pasar con nosotros...

—No lo sé... No puedo prometerte un final de cuento de esos que tanto odias, tendrás que conformarte con uno más sencillo, como éste, espontáneo, incierto... a veces son los más bonitos, aunque predecibles. Tampoco puedo prometerte que todo saldrá bien, pero te juro que me dejaré la piel para que esto funcione.

—No sueltes mi mano —le pido persiguiendo su mirada—. No la sueltes y haré que sea para siempre. Me conformo con esto... de momento, lo hago... pero necesito recuperarte.

—Nunca me has perdido, pequeña.

Epílogo

Semanas después

Adoro este sol, que sus rayos apunten a nuestros cuerpos desnudos mientras hacemos el amor como si fuera la última vez. Las manos de Nacho me guían por las caderas y yo arqueo el cuerpo hacia atrás, dejando caer mi larga y desordenada melena entre sus muslos. Me acaricia con sensualidad, reclamándome con delicadeza, hasta que finalmente caigo contra él.

Su boca me busca, la mía lo encuentra.

—¿Estás mejor? —me pregunta preocupado—. Ha sido una noche horrible.

—¿Lo dudas...? —Sonreímos—. Eres mi medicina.

—No sabes cuánto odio tener que ir a trabajar ahora.

—Mmm, a mí dame unos minutos —musito acurrucándome en su pecho—.

Me encanta estar aquí.

—Y a mí, pero te tengo una mala noticia: tú no vienes, necesitas descansar y, en cuanto lleguemos a Madrid, irás al médico para que te haga un chequeo.

—Ni hablar, no me quedo en casa; acepté vivir aquí con la condición de colaborar. Supervisar no se me da mal, ¿verdad?

—Desde luego, todos te adoran ya.

«Excepto Alisa, que no ha vuelto a venir.»

Se me escapa una risita y Nacho, cómplice, hace un movimiento inesperado. Cuando vuelvo a abrir los ojos, ya estoy debajo de su cuerpo, con él contemplándome de esa manera tan especial que me vuelve loca.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Enarca una ceja—. ¿Qué tramas, pelirroja?

—Nada malo.

—Entonces estás pensando... en lo mucho que me amas —intenta adivinar, acariciándome el pelo—. Lo sé.

—Claro que te...

—Chis.

Pone el dedo en mis labios... Más ñoña de lo que jamás me he imaginado, me acerco a su oído y susurro:

—Claro que te amo... —Y repito—: Te amo. Te amo mucho.

—Mi pequeña traviesa. —Me abraza con vehemencia—. Me estás regalando los mejores días de mi vida.

—Y tú a mí.

La soledad me ha abandonado, como los miedos. Hoy sé que puedo ser todo lo que Nacho necesita en su vida, porque no me imagino no amanecer así... enredados en la cama, con la brisa de este mes de septiembre entrando por la ventana y nosotros sonriendo por la felicidad que nos produce esta nueva oportunidad, una que no volveremos a desperdiciar.

No sabemos qué nos deparará el destino. Es algo de lo que nos hemos concienciado.

—Oh... joder, otra vez.

—Eh, pequeña.

Le hago señas para que me ayude y salgo corriendo hacia el baño. Allí, de rodillas, vomito de nuevo. No sé cómo es posible que siga echando algo si me he pasado la noche aquí... Nacho me echa agua en la frente y, en cuanto acabo, me lavo la boca y me coge en brazos y para llevarme de vuelta hasta nuestra habitación. Está pálido y las manos le tiemblan tanto que no es capaz de atinar a coger el teléfono.

—Voy a llamar a Kevin y le diré que llegaré más tarde; nos vamos a urgencias ya.

—No te preocupes, compraré suero líquido en la farmacia y se me pasará. No me sentó bien la cena, y mira que estaban buenos los calamares en su tinta. —Le señalo las maletas y le guiño un ojo—. Además, tengo que terminar de prepararlas. En unas horas cogeremos el vuelo, que estamos a dos días de la boda de Carol y Silvia llega esta noche.

Me parece que está incómodo cuando pregunta:

—Con la píldora, todo bien, ¿no?

—Claro. —Doy un salto al entender el doble sentido de su frase. ¡Está loco! —. A ver, Nacho, que es un virus.

—¿Y si algo hubiera fallado? Puede pasar, en la vida no todo es blanco o negro, también hay grises. Y los accidentes se producen.

—Es imposible. —Se me escapa una carcajada—. No me puedo creer que estemos hablando de esto. ¿Me ayudas a preparar las maletas?

—Y luego vamos al hospital —insiste, y me da una camiseta suya para que me la ponga. Él también decide taparse un poco—. No quiero volver a caer en la

tentación y, desnudos, eso no es viable.

—Insaciable...

—Si se trata de ti, no lo dudes. —Me besa de nuevo—. Voy a hacer la llamada.

—Vale.

Aprovecho para hablar con Carol.

No me puedo ni imaginar lo nerviosa que debe de estar. En cuarenta y ocho horas su gran día habrá llegado. Aunque no es el único acontecimiento especial. El reencuentro de las mosqueteras será mañana y tenemos tanto que contarnos...

—Hola, rubia —le digo en cuanto descuelga—. ¿Cómo estás?

—Histérica...

—¿Y esa voz? —Mientras hablamos, me agacho y continúo haciendo el equipaje de ambos—. Carol, ¿todo bien?

—Sí, es sólo que Héctor está muy esquivo; eso me inquieta. Lleva una semana evitándome incluso en la cama. Dice que es para darle más emoción al enlace, pero me parece excesivo.

—¡Es superbonito! Y romántico, como a ti te gusta. Ya verás como todo va a salir a la perfección, como tú soñabas.

—Silvia dice que no me preocupe...

—Claro que no, rubia. Espera, te llamo en unos minutos, que no puedo cerrar la maleta y no quiero que se me olvide nada, ¿vale?

—Vale... Me muero por veros.

—Y yo. No estés triste, que en unas horas estaré allí.

—Cuento hasta los segundos... Ahora hablamos.

—Te quiero, Carol.

—¿Y si me falla? —cuestiona de pronto, asustada.

—¿Qué? ¡No! Te prometo que en dos días estarás dando el «sí, quiero» y esta conversación quedará en una anécdota más.

—¿Y si algo sale mal?

—Le corto la *churra* a Héctor —bromeo, haciéndola reír—. Oh, mira lo que aparece por aquí, mi diario. La noche antes de la boda te dejaré leerlo; ya verás cómo se te pasan los nervios con mis chorradas. Te hago *spoiler*: la última página antes de prestártelo la rellenaré mañana mismo, así que estarás al día.

—Cuento con ello. —Baja la voz—. Viene Héctor, te dejo.

—Vale. Cuídate y deja de llorar... Te conozco el tono.

—Los nervios, ya te tocará.

—Ni hablar, por el altar sí que no paso. Venga, luego hablamos.

Dejo el teléfono en el suelo y piso la maldita maleta.

—¡Joder, esto no se cierra!

—Pero qué salvaje eres. Así que nunca pasarás por el altar. —Nacho me abraza por detrás y mi cuerpo se viene abajo. Si me toca, no me concentro en otra cosa—. Tengo algo para ti, pequeña.

—¿El qué? —Lo miro por encima del hombro. Es guapísimo—. ¿Qué tramas?

—Chis.

Abre la palma de la mano, mostrándome un colgante de oro blanco; es un corazón y tiene unas letras grabadas. El detalle me emociona, es precioso; especial, como él.

—Es mi manera de pedirte y ofrecerte un compromiso; es distinta al resto, tal como eres tú. Nada de bodas, algo simbólico, real. —El pulso se me acelera—. ¿Puedo? —Me señala el cuello.

—S-sí.

La fina cadena se desliza por mi piel y, una vez puesta, aprieto el colgante muy fuerte. Luego, con los ojos empañados, leo en silencio la frase que Nacho pronuncia en voz alta:

—Susúrramelo al oído... siempre.

Me besa desde atrás, pero lo aferro del mentón y prometo sin duda alguna:

—Siempre, Nacho... y por siempre.

Enamórate de las tres historias que componen la serie:

Dímelo en silencio

Susúrramelo al oído

Confiésamelo sin palabras

Descubre más de Patricia Geller en www.patricia-geller.es.

Síguela en las redes sociales:

https://twitter.com/Patricia_Geller

<https://www.facebook.com/PatriciaGellerAutora>

<https://www.instagram.com/patriciageller/>

Biografía



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. La trilogía «La chica de servicio» fue su primera novela, a la que siguieron *Culpable*, *No me prives de tu piel* y la bilogía «En plena confusión». En la actualidad ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y su obra en

www.facebook.com/patricia.gr.980
librolachicadelservicio.blogspot.com.es/

Susúrramelo al oído
Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Arthur Studio / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Geller, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

ISBN: 978-84-08-18001-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

